



**Campesinas de San Juan: proceso de autorreconocimiento identitario y acción social para
transformar su territorio**

Sonia Estela Sierra Echeverry

Tesis de maestría presentada para optar al título de Maestría en Antropología

Asesora

Alexandra Urán Carmona, doctora en Ciencias Sociales

Universidad de Antioquia
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Maestría en Antropología
Medellín, Antioquia, Colombia
2024

Cita	(Sierra Echeverry, 2024)
Referencia	Sierra Echeverry, S. E. (2024). <i>Campesinas de San Juan: proceso de autorreconocimiento identitario y acción social para transformar su territorio</i> [Tesis de maestría]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.
Estilo APA 7 (2020)	



Maestría en Antropología, Cohorte VII.

Grupo de Investigación Medio Ambiente y Sociedad (MASO).



CRAI María Teresa Uribe (Facultad de Ciencias Sociales y Humanas)

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Agradecimientos

A mi madre y a mi padre, por el apoyo, la libertad y el compromiso que me dieron y enseñaron para hacer posibles mis sueños. A las campesinas de San Juan, porque su generosidad y confianza me permitieron hacer visible el mundo que quieren transformar con su trabajo colectivo, así como tener más motivos para escribir acerca de lo que las mujeres hacemos. A mi asesora, por sus observaciones, su compromiso con esta investigación y los diálogos con los que construimos este proceso. A mis hermanos, por su afecto, apoyo y preguntas. A mis compañeras y compañero de la cohorte VII de la Maestría de Antropología, por la feliz coincidencia de encontrarnos virtual y presencialmente, así como a las profesoras y los profesores de la Maestría. A mis amigas y amigos de Colombia y México, que tanto me han acompañado, por sus palabras, amor y risas. A mi hijo Alejo, por la confianza, las ideas, los abrazos, la música que llenó estos años y por el amor que me permitió entender los miedos. A la vida y a esas energías que están más allá de lo tangible, por tantas oportunidades que me siguen dando.

Tabla de contenido

Resumen.....	7
Abstract.....	8
Introducción	9
Capítulo 1. Las mujeres se transforman en actoras sociales	27
1.1 De la organización a ser actoras sociales	27
1.2 La lideresa que emergió de un matriarcado	31
1.3 La lideresa con un patriarca como modelo.....	33
1.4 Las lideresas del nuevo milenio.....	35
1.5 Autonomía y negociación en el invernadero	40
1.5.1 Adaptabilidad y resiliencia campesina	42
1.5.2 Resistencia ante el dominio masculino del saber agrícola	43
1.6 La cocina, invención colectiva	47
1.7 Redescubrimiento de saberes	51
1.8 Conclusiones del Capítulo 1	54
Capítulo 2. Acción colectiva para el reconocimiento y reterritorialización del territorio	57
2.1 Transformaciones del territorio, territorialidades, desterritorializaciones y huellas	57
2.2 En resistencia ante procesos de desterritorialización.....	61
2.3 Territorialidad en el invernadero: un proceso de resiliencia	69
2.4 Territorialidad en la “escuela vieja”: el territorio como refugio	71
2.4.1 Activar la memoria para generar territorialidad	71
2.4.2 Activar el convite y producir territorialidad.....	74
2.5 Conclusiones del Capítulo 2.....	78
Capítulo 3. Las identidades de la mujer campesina	82

3.1 Las transformaciones identitarias. Marco conceptual.....	82
3.2 La identidad heredada. La mujer de la casa	86
3.3 Hacia las identidades elegidas	89
3.3.1 Nuevos roles como marcadores de identidad.....	90
3.3.2 Identidad afrodescendiente.....	93
3.3.3 Construcción de una identidad colectiva	96
3.4 La identidad colectiva como transformadora de las relaciones de género.....	101
3.5 Conclusiones del Capítulo 3.....	106
4 Conclusiones	109
4.1 El ejercicio de la acción social	109
4.2 El ejercicio de la territorialidad	111
4.3 El ejercicio de la identidad colectiva	113
Referencias.....	116
Anexos	122

Lista de figuras

Figura 1 Mapa del territorio veredal en el noroccidente del municipio, el cual está ubicado en la región norte del departamento de Antioquia.....	17
Figura 2 Mapa de actores.....	67
Figura 3 Cartografía sobre la relación de las mujeres con distintos lugares de San Juan	75
Figura 4 Taller colectivo sobre la participación de las mujeres de la Asociación con los diferentes grupos organizados de la vereda.	99

Resumen

Esta es una monografía acerca de un grupo de campesinas perteneciente a la vereda San Juan del municipio de San Pedro de los Milagros, que en 2002 se integró como Asociación de Mujeres Campesinas y Negras, en busca de opciones laborales e independencia para las mujeres, y en reacción a un modelo económico concentrado en la ganadería-lechería que desplazó la agricultura y que no ofreció entonces ni ahora alternativas de empleo para las campesinas. Bajo ese contexto, el objetivo de la investigación consistió en analizar cómo la conformación de la Asociación y su proyecto productivo derivaron en procesos de transformación identitaria, de reconocimiento de los retos que se imponen a su territorio y propuestas de acción social entre las mujeres. Para ello, la investigación se apoyó conceptualmente en las categorías de identidad, organización social y territorio; la metodología abarcó una etnografía con las campesinas, con quienes se realizaron entrevistas semiestructuradas, entrevistas a profundidad, talleres y cartografías sobre el territorio y su trabajo organizativo. Adicionalmente, el análisis se basó en las experiencias de las mujeres a partir de teorías feministas. Entre los hallazgos, se encontró que, pese a que los proyectos productivos no representan la independencia esperada, las campesinas han alcanzado, o están en proceso de alcanzar, otros resultados intangibles; así es como ellas han convertido la organización en un instrumento para la acción colectiva dirigida a ejercicios de territorialidad en el centro de su vereda e iniciado procesos de autonomía y autorreconocimiento identitario transformando sus propias percepciones y las de la comunidad sobre los roles, espacios e identidades de las mujeres campesinas.

Palabras clave: mujeres, campesinas, identidad, territorialidad, actoras sociales, autonomía, género, vereda San Juan, San Pedro de los Milagros

Abstract

This is a case study about a group of peasant farmers from the *vereda* of San Juan on the municipality of San Pedro de Los Milagros, which in 2002 came together into the Association of Black Female Peasants (Asociación de Mujeres Campesinas y Negras) while looking for labor and autonomy options for women, as well as reacting to an economic model based on dairy farming which pushed out agriculture and left no economic options for them. The objective of this study was to analyze how the formation of their Association and its productive project led to processes of identity transformation, recognition of the challenges that are imposed on their territory and to the birth of proposals of social action between women. The research was conceptually supported on the categories of identity, social organization and territory; the methodology included an ethnography with the female peasants, with whom semi-structured interviews, in-depth interviews and cartographies of their territory and organized work were carried out, while the analysis was based on women's experiences using feminist theories. Among the findings, we find that despite the productive projects not leading to the expected independence, the peasant women have reached or are in the process of reaching some other intangible results; they have turned organizing into an instrument for collective actions aimed at exercises of territorialization in the center of their *vereda*, as well as begun processes of autonomy and self-recognition of their identities, transforming their and their community's perception on the roles, spaces and identities of peasant women.

Keywords: Women, peasant women, identity, territoriality, social actors, autonomy, gender, *vereda* San Juan, San Pedro de los Milagros

Introducción

Problema de investigación

“Campesinas de San Juan: proceso de autorreconocimiento identitario y acción social para transformar su territorio” es una investigación acerca de la experiencia organizativa de un grupo de mujeres –Asociación de Mujeres Campesinas y Negras de la vereda San Juan, en San Pedro de los Milagros–, resultado de una toma de conciencia identitaria colectiva dirigida a modificar condiciones y lugares que les han sido asignados por un sistema cultural, económico y político que históricamente no ha abierto espacios de producción y acción para las mujeres.

Ubicado en el la región norte de Antioquia, a 44 kilómetros de Medellín, el municipio de San Pedro de los Milagros pasó de tener una economía agrícola a un sistema de ganadería-lechería hegemónico que es la base actual de su economía. Sin embargo, esto ha derivado en la depreciación monetaria y social de la agricultura con una serie de afectaciones en la vida campesina. En ese contexto, en particular estas mujeres campesinas vinculadas a la Asociación han resentido con mayor pulso estos cambios que impactan en la economía familiar y en la cultura alimentaria que, a su vez, ha venido limitando todavía más las opciones laborales para ellas. Adicionalmente, a esa concentración económica se sumaba la escasa presencia de trabajo organizativo y político que históricamente había existido en el municipio, más allá del tradicional sistema de partidos. De esta manera, también en el campo social los espacios de acción de las mujeres eran limitados, lo que redujo sus identidades al mundo doméstico.

Fue en medio de esa transición socioeconómica y de ausencia de espacios de acción que varias mujeres, hace más de dos décadas, construyeron un proceso organizativo a través de su Asociación, con la que han buscado reconocimiento social y opciones laborales para la mujer campesina.

Por lo tanto, en este contexto, y teniendo en cuenta que la literatura ha señalado la importancia de los procesos productivos autónomos que inciden directamente en el empoderamiento de las mujeres, esta investigación se planteó como objetivo analizar cómo la conformación de una Asociación, en tanto forma de organización social, así como su proyecto productivo detonaron procesos de transformación identitaria, de reconocimiento de los retos que se imponen a su territorio y propuestas de acción por parte de las mujeres.

Para ello, se tuvo como base la hipótesis de que esta estrategia de organización es a la vez un proceso de emprendimiento económico y un proceso identitario. Esto tendría como evidencia inicial el hecho de autonombrarse como Mujeres Campesinas y Negras; es decir, una forma de autorreconocimiento en la que se revelaría además la necesidad de resaltar su género y otros atributos culturales como su etnicidad.

Justificación

La historia sobre cómo nació la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras de la vereda San Juan encuentra paralelos con la de muchas otras organizaciones de mujeres rurales en Colombia y América Latina; de ahí el propósito de contribuir con esta investigación a los estudios acerca de las mujeres campesinas, los desafíos que enfrentan las organizaciones rurales de mujeres y los impactos que estas organizaciones traen a las vidas familiar y comunitaria.

En el año 2002, cuando las mujeres se agruparon, el liderazgo de otras mujeres fue el principal aglutinador; más tarde, probaron a mejorar la producción de sus huertas domésticas y, a la par, se registraron como una organización de economía solidaria ante la Cámara de Comercio. Tomar un nombre supuso un ejercicio inédito en sus vidas, dado que fue el primer gesto de autorreconocimiento de sus identidades más allá del lugar que hasta entonces tenían asignado: la casa.

Cabe resaltar que el nacimiento y desarrollo de la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras de la vereda San Juan en San Pedro de los Milagros, en 2002, coincide con uno de los periodos de mayor transformación hacia el reconocimiento al campesinado en Colombia –aunque también de mayor violencia–. Por lo tanto, es preciso recordar que es la Constitución la que establece el carácter pluriétnico y multicultural del país (Colombia. Constitución Política de Colombia, 1991), pero luego serán los propios campesinos los que con sus demandas abrirán espacios legítimos y tangibles para ser reconocidos, como el caso de la acción de tutela que interpusieron para que el campesinado fuera identificado y diferenciado de otros grupos sociales durante los procesos censales y que resolvió la Corte Suprema de Justicia en Sentencia STP2028. De tal modo que en este contexto ha cobrado protagonismo el trabajo de mujeres en organizaciones, desde las cuales han podido incidir en la vida social de sus comunidades, pero también en la formulación de políticas públicas con enfoque de género (Fajardo y Arias, 2017). Sin embargo, fue

desde los años setenta del siglo pasado cuando comenzaron a hacerse más visibles las demandas de las mujeres rurales (Díaz, 2002).

De acuerdo con esta información, consideramos que los crecientes esfuerzos organizativos de las mujeres rurales requieren ser difundidos y analizados desde las ciencias sociales y en sus contextos específicos, para ser situados en diálogo con otras experiencias de mujeres en el país y en el mundo, y tomando en cuenta, además, que este grupo de mujeres reclama la necesidad de tener una narrativa propia. En ese orden de ideas, esta investigación buscó precisamente visibilizar ese esfuerzo que por más de 20 años han sostenido estas mujeres de San Juan, en San Pedro de los Milagros.

Estructura de contenidos

Esta investigación está organizada en tres capítulos definidos con base en las tres categorías anunciadas desde el objetivo general: la *organización social*, el *territorio* y la *identidad*. Si bien en la estructura de contenidos se definen en este orden, se considera que las tres categorías son procesos interrelacionados que se han dado de forma procesual y simultáneamente.

El Capítulo 1, con apoyo de la teoría sobre la organización y la acción social, recoge la historia de la Asociación y sus proyectos económicos en el invernadero y la producción de alimentos que se situó como la base para un trabajo más amplio: el de acción social. Al tiempo que se presentan los logros tangibles –junto a los desafíos que enfrentan para alcanzarlos–, se da cuenta de otros resultados menos tangibles y no nombrados, como la construcción, aún parcial, de una autonomía y la recuperación de saberes campesinos.

Con apoyo de la literatura en torno al territorio, se presentan en el Capítulo 2 varios procesos de territorialidad con los cuales las campesinas organizadas han reconfigurado el territorio de su vereda. En esa medida, la etnografía permite, desde la voz de las mujeres, recuperar la historia de la conformación del centro veredal alrededor de una antigua escuela donde ahora ellas y otros grupos organizados han emprendido una rehabilitación del espacio con el proyecto de crear un centro para la vida comunitaria. Como resultado, este proyecto, que activó la acción social retomando prácticas campesinas como el convite y el trabajo en red, representa una recuperación modélica de una ruina rural que es patrimonio histórico y cultural; y, por lo tanto, configura un territorio imaginado como posibilidad para la comunidad; en suma, se trata de un ejercicio de

territorialidad donde las campesinas ofrecen una respuesta tangible a los desafíos que enfrenta su territorio.

El Capítulo 3, el cual encuentra soporte en la teoría sobre la identidad, se enfocó en el tránsito de una identidad genérica heredada hacia una identidad colectiva, que es resultado de su esfuerzo por transformar unas condiciones sociales. Para ello, se recogió el proceso múltiple que las mujeres hacen por revisar sus identidades tradicionales, apropiarse de atributos culturales invisibilizados, asumir nuevos roles identitarios e integrarse como mujeres en una identidad colectiva. Se mostró que, si bien ese proceso de transformación identitaria no derivó en la transformación radical de condiciones estructurales a partir del proceso de construcción de su identidad colectiva y del ejercicio de la negociación, las campesinas organizadas sí han conseguido replantear lugares asignados y abrir espacios de acción política en los mundos privado y público.

Marco epistemológico

Analizar la estructura social, a partir del género, como propuso Moore (1991), y de los problemas sociales con base en las “experiencias de las mujeres”, de acuerdo con Harding (1998), son teorías feministas que orientan esta investigación (p. 22).

Las campesinas y la autora del estudio construimos un análisis desde la perspectiva de la mujer. Este sumó las historias pasadas y presentes de ellas, sus opiniones acerca de la situación de las mujeres en la vereda, así como en otros contextos. No obstante que en ese intercambio no se acudió a definiciones teóricas, sí se discutieron problemáticas particulares que enfrentan las mujeres rurales. Teniendo en cuenta este contexto, se asumió el concepto de género para comprender cómo, en la vereda de la que son originarias, ellas el poder económico –simbolizado por la figura del hombre ganadero y respaldado por los poderes religioso y político– es el que ha concentrado la voz sobre las preguntas y los problemas de ese territorio. De tal modo que esta investigación buscó dar cuenta de los problemas, preguntas y experiencias de las campesinas. Siguiendo la propuesta de Bartra (1998), para el análisis se añadieron otras categorías relacionadas con el género, como el trabajo invisible y el patriarcado.

En ese sentido, esta es una investigación basada en una etnografía con mujeres, que asume sus experiencias y subjetividades como lugares de conocimiento que deben contarse en sus propios términos; por consiguiente, ese conocimiento comprende los saberes tradicionales campesinos, sus

interpretaciones de la realidad, su capacidad de interpelar a la sociedad e, incluso, las dudas sobre su propio ejercicio asociativo.

Ahora bien, el significado de “experiencias de las mujeres” comprende el tipo de acciones con el cual ellas han buscado modificar unas condiciones económicas y culturales que son históricas. En ese sentido, por experiencias de las mujeres no se refiere a todo lo vivido por ellas, sino a las experiencias que, como señala la misma Harding (1998), comprometen una “lucha política” (p. 23); por lo tanto, se entiende que su emergencia en el espacio público, su demanda por participar en la toma de decisiones y su ejercicio de la negociación configuran acciones de tipo político.

Así entonces, a partir de la pregunta de Harding (1998), “¿pueden considerarse como conocimiento las ‘verdades subjetivas’?” (p. 13), se buscó responder al objetivo inicial de la investigación con base en las percepciones, individuales y colectivas que nos compartieron las mujeres. En esa medida, se propuso activar preguntas críticas en torno del contexto familiar, económico, social, religioso y cultural en los que se ha afincado una concepción genérica en la que la figura masculina es proveedora y dueña del conocimiento y la escena pública.

Como parte de la atención a estas subjetividades, una decisión central en la investigación consistió en reconocer la importancia de los procesos y no solo de los resultados finales. Por ello, esta investigación resaltó la condición procesual que viven las campesinas, de ahí que se proponga que su autonomía e identidad colectiva están en construcción. Consideramos necesario que las ciencias sociales fijen su atención en estos modelos organizativos que presentan evidencias de un proceso no concluido del logro de los objetivos. Por otra parte, también creemos necesario que las investigaciones den cuenta de aquellos logros no tangibles y casi nunca nombrados ni percibidos, pero que permiten hablar de una reconfiguración histórica de los roles y lugares asignados a las mujeres. No hay que olvidar que estas reconfiguraciones no han provenido de nadie más que de las propias mujeres y sus experiencias.

Resaltamos que esta investigación no se refiere a la situación de “la mujer” de San Juan – no existe aquella noción universal de la mujer, de acuerdo con Harding (1998) –, sino a la situación de un grupo de mujeres campesinas que responde colectivamente a unas condiciones históricas particulares. Tampoco se buscó responder a los problemas del territorio desde la perspectiva masculina y del poder económico o de gobiernos, sino a las problemáticas que las mujeres formulan y, todavía más, a las que han podido percibir desde su proceso organizativo. Por otra parte, nos

referimos a esta como una investigación realizada “con” mujeres en el entendido de que es un trabajo compartido y horizontal, que busca romper con la figura de poder que representa ser escritora del proceso que hemos desarrollado.

En ese orden de ideas, se asumieron los estudios feministas como orientadores, dado que permiten comprender los desafíos, las contradicciones y los procesos vividos por las mujeres al pensarse a sí mismas; es decir, al revisar sus identidades y construir nuevas que cuestionen las formas de pensamiento en las que persiste la analogía mujer-naturaleza y hombre-cultura (Ortner, 1979). Estas autoras permiten hablar de las subjetividades, las contradicciones, así como las dudas. A lo largo de esta investigación se ha elegido incluir elementos subjetivos-reflexivos, que pueden plantearse desde una posición dialéctica, como esas dudas de las campesinas sobre su propio trabajo, pero también como una manera de reivindicar los espacios en continua construcción y la no homogeneidad al interior de las organizaciones.

Marco conceptual

Como se explicó, esta investigación analizó el trabajo de las campesinas desde tres categorías: la *organización social*, el *territorio* y la *identidad*; por lo tanto, se abordarán ahora los referentes conceptuales de cada una de estas categorías.

El trabajo campesino implica desde su origen la organización social o comunitaria. En esa medida, la familia es una primera forma de organización que integra planeación, toma de decisiones, producción, intercambio, solidaridad y distribución. No obstante, la importancia de esa primera estructura radica en que los campesinos son “colectividades mayores” o “nudos sociales”, que comparten una historia, un imaginario y un territorio (Bartra, 2014, pp. 271-272). Por lo tanto, la acción del trabajo campesino no impacta solo en ellos como individuos o en sus familias, sino en el resto de la sociedad y en un territorio compartido.

Por su parte, Vargas (1987) enunció dos formas de organizaciones al interior de la economía campesina: las simples, de cooperación para labores productivas, y las complejas, para producción y comercialización. Sin embargo, lo que encuentra en común en todas ellas es que surgen de procesos de “autodefensa, reconstrucción y recomposición del campesinado” frente a la economía capitalista (p. 107).

Ahora bien, la literatura acerca de las organizaciones de mujeres campesinas señala cómo diversas formas de asociación van más allá de los fines económicos y, por ende, se constituyen en espacios para la actividad política, la decisión colectiva y la puesta de proyectos de vida a futuro para el territorio (Chamorro-Caicedo, 2020). Para los términos de esta investigación, se entiende el proyecto asociativo de las mujeres de San Juan como una organización constituida en un lugar para construir acuerdos hacia la acción social con el fin de mejorar sus condiciones de vida y las de su territorio.

Para ello, se asumen los postulados de Torres (2002), quien interpreta hoy la *organización* como “una colectividad instituida con miras a unos objetivos definidos, un orden normativo propio, unos rangos de autoridad y unos sistemas de acción coordinados” (p. 206). Adicionalmente, a la organización le caracteriza la acción colectiva que hacen posible los actores sociales mediante relaciones de interlocución, cooperación y negociación entre sí, con otros sectores de la sociedad y con el Estado (Torres, 2002). Al respecto, en el Capítulo 1 se abordan diversas concepciones sobre los actores sociales.

Bajo estas premisas, esta investigación se planteó entre sus objetivos explicar las formas en que el trabajo de las mujeres organizadas advierte los desafíos que enfrenta su territorio y contribuye a la resolución de estos. Por lo tanto, la categoría en torno al territorio posibilita relacionar cómo las acciones sobre el medio espacio-temporal impactan en la vida social.

Partimos de la noción del territorio como espacio físico, delimitado geográficamente, que resulta afectado por las acciones físicas de las personas que lo habitan y transitan. No obstante, las relaciones con el territorio que esta investigación abarca se asocian con la concepción del territorio como signifiante de y en varias dimensiones: “apropiado” (Porto-Gonçalves, 2009, p. 123); “pertenencia” (Montañez y Delgado, 1998, p. 130); “semantizado” (García, 1976, p. 94); y espacio donde el ser humano deja “huella” (Ther Ríos, 2012, p. 497). Adicionalmente, los procesos sociales y económicos en la vereda evidencian relaciones de poder sobre el territorio ante las cuales las mujeres abrieron un proceso asociativo para la toma de decisiones y la búsqueda de autonomía a través del autorreconocimiento de una identidad colectiva. En ese sentido, el poder es una condición central al abordar la categoría del territorio.

Dicho esto, se propone interpretar el territorio como “espacio físico e imaginado que es y fue transformado por la naturaleza y por las acciones de instituciones, individuos y grupos, con

distintos intereses y formas de poder”. Finalmente, cabe resaltar que en esta investigación se da cuenta también del territorio imaginado concebido como proyecto por las campesinas.

La tercera categoría es la identidad, que es uno de los conceptos que más ha estudiado la Antropología; en esa medida, Agier (2000) agrupó en dos los abordajes de ese concepto desde la disciplina antropológica: por un lado, encontró un entendimiento “esencialista” de la identidad que la presenta como un producto terminado (p. 8); por otro lado, señaló una aproximación relacional donde la identidad problematiza la cultura. Ahí entonces ubicó el surgimiento de “pequeñas narrativas identitarias” (p. 11) que ocupan los espacios que dejaron grandes narrativas. Por lo tanto, en esta investigación se entiende el proceso de transformación de las campesinas de San Juan dentro de estas narrativas identitarias que, de acuerdo con Agier (2000), con frecuencia tienen dificultades para presentar “la especificidad que reclaman” (p. 11).

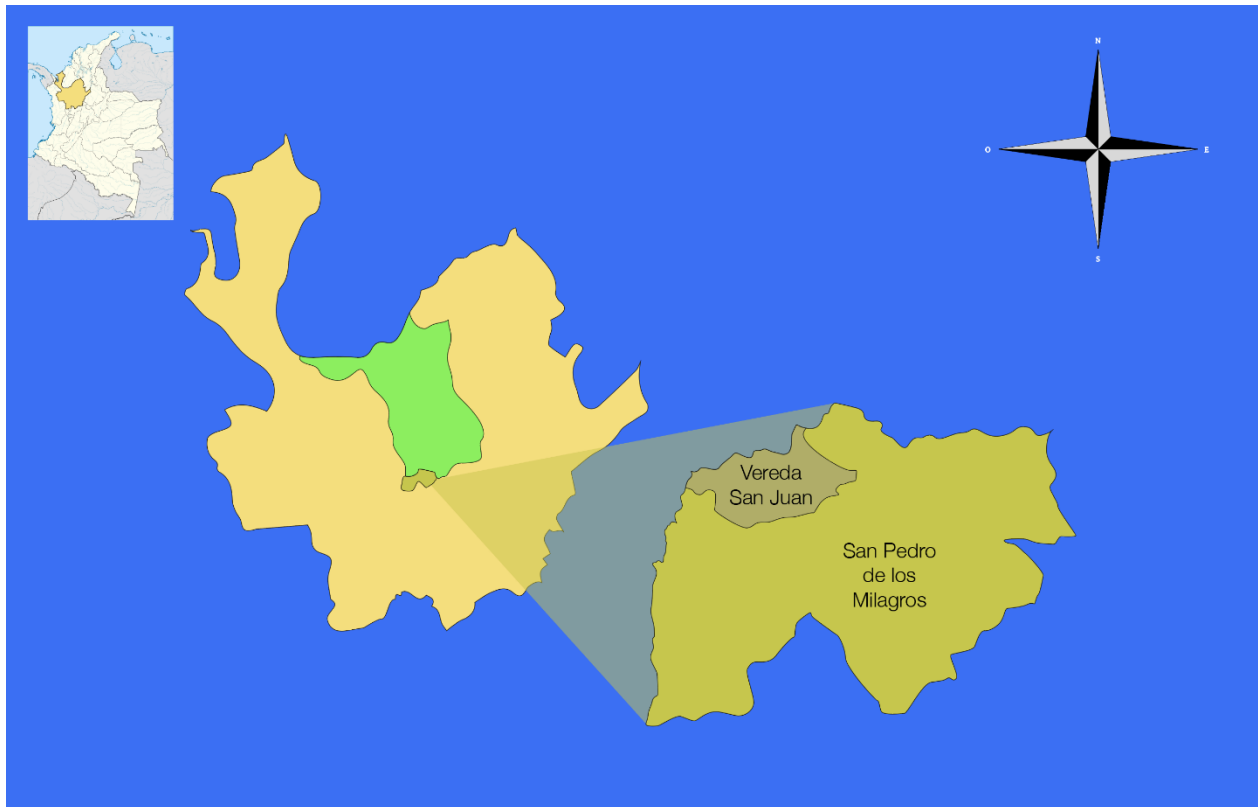
De modo que para esta investigación proponemos comprender la identidad como “el proceso personal o colectivo mediante el cual se asumen unos atributos culturales, roles y lugares que permiten el autorreconocimiento, así como el reconocimiento o la diferenciación con otros”. En esa medida, se tiene como punto de partida que el atributo cultural donde se reconoce este grupo de mujeres es el género, categoría que al apropiarse no solo las aglutina al interior de la Asociación, sino que hacia afuera las distingue del resto de su comunidad.

Con respecto al espacio geográfico de esta investigación, hay que aclarar que no existe una bibliografía relacionada con organizaciones campesinas de mujeres en el municipio de San Pedro de los Milagros. Sin embargo, se registraron algunos estudios relacionados con la gestión ambiental (Álvarez, 2012; Arboleda et al., 2020) y la producción lechera (Arrieta et al., 2015), pero el más importante –que se tomó como una fuente de esta investigación– es un estudio de la agricultura en la vereda (Góez, 1976) que, aunque conservado de forma parcial en el repositorio de la Universidad Nacional, revela aspectos específicos de la historia social y económica de esta.

Contexto social

Figura 1

Mapa del territorio veredal en el noroccidente del municipio, el cual está ubicado en la región norte del departamento de Antioquia



Nota. Foto: creación propia

San Juan es una de las 20 veredas del municipio de San Pedro de los Milagros. Esta se ubica al occidente del municipio, a ocho kilómetros del casco urbano. De acuerdo con el Departamento Administrativo Nacional de Estadística [DANE] (2014), tiene una población de 576 habitantes, en tanto que el municipio tiene 27.498 habitantes, de acuerdo con el Plan de Desarrollo Municipal 2020-2023; sus principales actividades son la ganadería y, en menor medida, la agricultura, como ocurre en el resto del municipio donde, según el mismo Plan, la actividad económica se basa principalmente en la ganadería y la lechería. Sin embargo, aunque tuvo una marcada vocación agropecuaria, la producción de cultivos cayó, dado que la mayoría de las tierras se ha destinado a la explotación ganadera y la lechería. En el mismo sentido, el Plan Agropecuario Municipal 2016-

2019 reportaba que alrededor del 85 % del territorio está dedicado principalmente a la producción ganadera, en tanto que la agroindustria ha crecido en otras veredas del municipio.

La vereda San Juan, que es parte de la región del Altiplano Norte de Antioquia, históricamente conocido como el Valle de los Osos (Arango, 2013), se encuentra conectada geográfica, histórica y culturalmente con los municipios de Belmira, Sopetrán y San Jerónimo, con los que comparte además su afrodescendencia, toda vez que los de la región fueron suelos de explotación minera (Correa, 2008). Aunque las campesinas han demandado el reconocimiento de la población afrodescendiente en la vereda, este reconocimiento no ha configurado otras acciones y no existe en la zona una “titulación colectiva” (Corantioquia, 2014, p. 103); tampoco existe información sobre la caracterización étnica de esta población en los planes de gobierno del municipio. En ese sentido, se advierte una invisibilización histórica de ese grupo social; San Juan, es una de las tres veredas del Municipio con población afrodescendiente.

En términos geográficos, la vereda posee un tipo de “bosque muy húmedo montano bajo” (Tobón, 1997, p. 6), con alturas que superan los 2.700 metros hacia un ramal de la Cordillera Central; de igual modo, sus montañas se conectan con el páramo de San Inés, en Belmira. Adicionalmente, en la vereda se encuentra una de las cuatro microcuencas del municipio, integrada por tres quebradas que se unen en el centro veredal, en la llamada quebrada San Juan que llega después hasta el embalse de Río Grande.

No obstante, su riqueza natural se ha visto impactada por procesos económicos. En primer lugar, esto se debe a la minería, actividad que se practicó entre los siglos XVII y XX (Arango, 2013). De hecho, la bibliografía registra que todavía en las cuatro primeras décadas del siglo XX se titularon ocho minas en la vereda (Arango, 1939). En segundo lugar, por la ganadería, que es la producción predominante en la actualidad y que habría sido la que ocasionó buena parte de la pérdida forestal y de fauna, como lo reiteran los testimonios de las campesinas. Como medida de mitigación de estos daños, los bosques altos de San Juan se integraron al Sistema de Páramos Altoandinos de Antioquia (SPANNA) a partir de la adquisición de tierras por Corantioquia, entre 1997 y 2003 (Polanco, 2009), pero el paisaje natural se transformó una vez que los montes de redujeron, como consecuencia de la ganadería, como sucede en todo el municipio y en los pueblos del Altiplano Norte de Antioquia.

Aunque fue una producción dominante, la minería comenzó a decaer, como en otras zonas, cuando inició la II Guerra Mundial (Poveda, 1987). Sin embargo, pocos años después comenzó en

la región el predominio de la ganadería; un informe de la Unidad de Restitución de Tierras (URT) sobre la microzona en el Norte de Antioquia, que incluye a San Pedro de los Milagros, ubicó el auge de la explotación ganadera desde de los años cincuenta del siglo XX, que se fortaleció en 1964 con la creación de la Cooperativa Lechera de Antioquia (Colanta), la cual tiene una de sus mayores plantas en San Pedro de los Milagros (2018).

Empero, todavía en los años sesenta y setenta del siglo pasado, la agricultura era la principal actividad para las familias campesinas de la vereda (Góez, 1976), en particular como cultivadoras de papa y maíz; no obstante, el maíz en la actualidad solo se cultiva en algunas huertas familiares y casi todo se destina a silaje para animales.

Fue al terminar el siglo XX cuando la ganadería se consolidó; al respecto, Murgueitio (1999) registró que en esta región del Altiplano Norte más de 70 % del área se dedicaba a la ganadería de leche sola o combinada con cultivos de papa. De ahí entonces que la producción que hoy predomina es la de una “ganadería extensiva tradicional” (Corantioquia, 2000, p. 101), impulsada por grandes y medianos terratenientes, que ha relegado la agricultura al pancoger, dado que los campesinos se han adaptado como pequeños ganaderos de lechería o jornaleros en San Juan y otras veredas. No obstante, hay grandes diferencias entre el ganadero dueño de grandes y medianas extensiones de tierra, con tecnología en sus establos, y el pequeño que, como en el caso de las familias de este grupo de mujeres, tiene entre una y cinco vacas, en el mejor de los casos.

Dicho esto, queremos recuperar aquí los hechos relativos al conflicto armado que han afectado la vereda y al municipio. A raíz de su ubicación, San Juan fue zona de tránsito de grupos guerrilleros a finales de los años ochenta e, incluso, desde ahí partieron los guerrilleros del EPL-M19 para una toma del municipio en agosto de 1986 (Agencia EFE, 1986). Posteriormente, el municipio, de acuerdo con el documento citado de la URT, pasó de utilizarse como lugar de tránsito de grupos guerrilleros, para, a finales de los años noventa y comienzos de milenio, ser una de las zonas más afectadas por la presencia de paramilitares y guerrilleros de las FARC (Unidad de Restitución de Tierras [URT], 2018, p. 26; Redacción El Tiempo, 1997).

Como resultado, una de las consecuencias del paramilitarismo que registran las campesinas consistió en la prohibición de venta de mercado en las tiendas del centro de San Juan. Décadas después nadie ha cambiado esto. Como evidencia de la reaparición de estos grupos en la vereda, a finales de 2021, se pintó en un tanque de leche, ubicado sobre la carretera hacia la cabecera municipal, el grafiti “AGC presente”; las campesinas, como otros integrantes de la comunidad, lo

atribuyen a las Autodefensas Gaitatinistas de Colombia; tres años después, nadie ha borrado esa marca de este grupo al margen de la ley.

Cabe anotar que cuando el paramilitarismo estaba en la región, a inicios de milenio, nació la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras de la Vereda San Juan. Con Meertens (2010) se acoge aquí la necesidad de visibilizar cómo, en medio del conflicto armado y a pesar de este, nuevos procesos y posicionamientos organizativos de mujeres rurales han surgido en Colombia; dentro de ellos se ubica a este grupo de mujeres de la vereda San Juan.

Metodología

Esta es una etnografía con “enfoque descriptivo” (Runcinam, como se citó en Guber, 2011, p. 16), dado que incluye las experiencias de las campesinas y, a la luz de la teoría sociocultural, propone un análisis antropológico. De este modo, se privilegiaron las voces de las mujeres como una forma de reconocer sus propias interpretaciones de la realidad (Guber, 2011).

En términos metodológicos, esta investigación se apoya también en el Periodismo tanto como herramienta en la etapa de recolección de información como en la etapa de procesamiento de esa información donde los testimonios y las narraciones fortalecen la descripción etnográfica. Así entonces, esta es una propuesta interdisciplinaria, aunque el objetivo principal es la investigación antropológica.

Si bien existen diferencias entre el trabajo de la Antropología y el Periodismo, en esta investigación se buscó reconocer las coincidencias en cuanto al trabajo profundo con las fuentes de información que ambas disciplinas comparten, así como en el objetivo de concederle voz a las personas. En esa medida, la Antropología y el Periodismo comparten también la premisa de explicar los hechos sociales a partir de la experiencia única de *estar ahí* con las comunidades o en los lugares donde ocurren esos hechos, y hacer de ese acercamiento un espacio del conocimiento. Aunque ambas disciplinas observan los detalles y los presentan como definitorios de esos hechos, en esta investigación se eligieron aquellos detalles que posibilitan representar la realidad etnográfica; los detalles no son aquí elementos que den color a la escritura, sino elementos que contribuyen a responder los objetivos.

Por otra parte, es evidente que la diferencia central entre ambas disciplinas estriba en que la Antropología propone un análisis de la realidad soportado en teorías científicas y que construye

un diálogo entre referentes propuestos por esta y otras disciplinas, en tanto que el periodismo está soportado en los hechos. Para mí, como periodista cultural, ha sido un nuevo aprendizaje y un desafío el abordaje teórico de los hechos culturales. Finalmente, en este proceso de señalar coincidencias y diferencias entre Antropología y Periodismo, es crucial recordar cómo a las dos disciplinas las une, desde sus definiciones, la responsabilidad ética con los grupos sociales a los que se acercan.

Recolección de la información

Las etapas en las que se propuso desarrollar esta investigación se definieron desde el proyecto original: indagación teórica y diseño del proyecto de investigación; trabajo de campo en la comunidad; análisis de la información con base en el trabajo de campo y la conceptualización, así como la escritura final. Asimismo, los cambios más importantes en la cronología de la investigación se relacionaron con la incorporación de nuevas categorías, acogiendo el proceso que Guber (2011) definió como “categorización diferida” (p. 77). Es decir, esas categorías emergentes son hallazgos que contribuyeron a la interpretación etnográfica y que se hallan tanto durante el trabajo de campo —“el convite”, por ejemplo, que practican las campesinas—, como a partir de la bibliografía —“la autonomía” y “las actoras sociales” que permiten ampliar la explicación sobre el trabajo de ellas—.

Una vez que las decisiones sobre la recolección y el uso de la información se fueron acordaron con las campesinas, que se contó con sus consentimientos para entrevistarlas —que se presentan como anexos— y que ellas conocieron el compromiso de utilizar sus testimonios exclusivamente para los fines de la investigación, se inició el proceso de trabajo de campo, el cual involucró la convivencia cotidiana con la comunidad y la observación participante. Quiero acotar que, aunque las entrevistadas no demandaron omitir sus nombres, en algunos casos, por el contenido de sus afirmaciones, elegí el anonimato para comentarios relacionados con el tema de orden público y/o donde involucraba a terceros de la comunidad; también elegí no utilizar ni los nombres ni los apellidos reales de algunos de los demás integrantes de la comunidad veredal, excepto en el caso de personajes históricos.

En el segundo semestre de 2022, durante un periodo de más de cuatro semanas, conviví y compartí con las mujeres asociadas; durante este tiempo se realizaron entrevistas semiestructuradas

y a profundidad con 11 integrantes de las 12 que, para el momento en que se hizo el trabajo de campo, tenía la Asociación, así como con dos de las fundadoras que ya no pertenecen al grupo; se adelantaron una serie de actividades grupales asociadas a las actividades de su praxis cotidiana y sus actividades productivas, lo que permitió gradualmente ir construyendo la confianza, esto generó más afinidad y empatía con el grupo lo que posteriormente me permitió abordar de manera más profunda los temas más concretos de la investigación. De esta forma se pudieron interpretar desde una posición dialéctica subjetiva, las formas de cambio que viven las mujeres asociadas y, si bien se está considerando una perspectiva histórica que da cuenta de los orígenes y contexto en que emergió la Asociación, la investigación interpela más aún por entender el presente de las mujeres que forman parte de esta organización y les da voz con respecto a sus propias dudas e inquietudes sobre el futuro de la organización misma y el de ellas como mujeres campesinas.

En la primera etapa, el trabajo de campo implicó tener encuentros con ellas, individuales o colectivos, en sus dos espacios de trabajo asociativo: el invernadero y la “escuela vieja”. No obstante, esos primeros encuentros mostraron la necesidad de construir confianza, antes de comenzar a recolectar información. Escribí en mi diario de campo que advertía desconfianza y que entendía aquello porque sabía que las campesinas habían sufrido el robo de algunas ideas y proyectos, y también por su sospecha compartida hacia capacitadores que estereotipan a las organizaciones de mujeres (a las que califican de “chismosas”) y que aún operan con una visión paternalista donde el Estado o la institución son los portadores del conocimiento. Aunque escribí que iba a necesitar tiempo para construir esa confianza, entendí que ese proceso es parte del trabajo de campo y que la confianza se sigue construyendo.

Ahora bien, parte de la desconfianza de las mujeres se expresaba en su pregunta acerca de lo que busca la Antropología. Mientras que existe una relativa claridad sobre lo que hacen los representantes institucionales, en el entendido de que ofrecen una capacitación, y también sobre los fines del Periodismo –mi profesión primera–, no es así con la Antropología. Lo que hice con su pregunta fue incorporarla a varios momentos de conversación; de tal modo que las respuestas trataron de explicar que se trata de una ciencia social que busca comprender y describir la cultura, y que el proceso de ellas, al organizarse en la Asociación, es un proceso cultural. De igual modo, se planteó que el interés de esta investigación ha sido comprender y aportar, con la experiencia de ellas, a investigaciones que se realizan acerca de las mujeres campesinas en el país y en el mundo,

y que, finalmente, la Antropología posibilita explicar cómo el trabajo que ellas vienen realizando desde hace más de 20 años ha transformado sus vidas y la de su comunidad.

En gran parte, la construcción de la confianza fue posible a partir de estos encuentros cotidianos de conversación. La conversación, que como se verá en el capítulo sobre la identidad se entiende como una estrategia en la construcción de negociaciones de las mujeres (Torres, 2002), fue una herramienta de conocimiento diferente a las entrevistas. Así, la conversación fue un espacio no planeado que se produjo en medio de los trabajos de las mujeres o mientras caminaban hacia sus casas; de la misma manera, la conversación aparece en el trabajo campesino cuando están cultivando en el campo. Por lo tanto, consideramos que ese ejercicio de conversar en medio de las dinámicas de sus vidas, a veces de forma atropellada y, en consecuencia, difícil de registrar, es una herramienta definitoria para la observación participante del grupo y para la “atención flotante” a la que se refiere Guber (2011, p. 75).

Como resultado, a estos espacios de conversación les siguieron las entrevistas con las asociadas, que constituyeron la segunda etapa del trabajo de campo. Por una parte, se trató de entrevistas semiestructuradas enfocadas en sus producciones campesinas y, por otra parte, fueron entrevistas a profundidad; de hecho, varias campesinas las permitieron en sus casas, lo cual proporcionó otra perspectiva y cercanía; para las entrevistas a profundidad el enfoque fue diferente, esto es, se buscó hablar de sus historias de vida y de las de sus familias, del lugar histórico que se le ha dado a la mujer en la vereda y en la actualidad, de lo que ha impactado la Asociación en ellas y sus familias, y de lo que piensan sobre la vida en la vereda.

Aunado a esto, una de las experiencias que más valoro del trabajo de campo radicó en la convivencia cotidiana y reiterada; las campesinas me permitieron como investigadora preparar los alimentos con ellas, asistir a turnos de trabajo en el invernadero, compartir almuerzos, festivales y convites, caminar por los ramales de la vereda, participar en las capacitaciones y en la vida social. Esta experiencia es lo que Guber (2011) entiende como la “redundancia de la vida social” (p. 100).

Una tercera parte del trabajo de campo comprendió talleres y cartografías en los que participaron la mayoría de las integrantes de la Asociación; el primero de estos talleres y cartografías fue sobre sus percepciones sobre el territorio; el segundo, en torno del impacto que en la vereda tienen los individuos, grupos e instituciones; y el tercero fue acerca de la participación de ellas en los distintos grupos organizados. Finalmente, en la recolección de información se acudió

a fuentes escritas, así como a entrevistas con autoridades y otras personas de la comunidad; sin embargo, no fueron las fuentes primarias del presente estudio.

Procesamiento de la información

Harding (1998) distinguió los métodos de la metodología; los primeros, planteó, son “las técnicas para recabar información” (p. 11); por otra parte, la metodología es “una teoría sobre los procedimientos que sigue o debería seguir la investigación” y una manera de analizarlos (p. 12).

Por consiguiente, para el procesamiento de la información se codificó el material de campo y, con base en lo que expone la teoría acerca de la organización, el territorio y la identidad, así como los referentes conceptuales sobre las categorías emergentes, se realizó el análisis que soporta la escritura etnográfica.

En primer lugar, realicé personalmente la transcripción y luego la codificación de las entrevistas, así como de las notas del diario de campo a partir del software Maxqda. En esa ordenación de la información se generó una clasificación con un archivo para cada una de las campesinas; de manera paralela se generó un sistema de códigos con las categorías generales: mujeres organizando, identidad territorio y vida social. Dentro de cada uno de estos se generaron subcategorías y observables y, acto seguido, se incorporaron memos analíticos.

Para la escritura de cada uno de los capítulos, se eligió partir de los objetivos específicos y responderlos. Esto se hizo, en primer lugar, con base en la teoría, para después presentar la etnografía y finalmente proponer un análisis. Por lo tanto, la escritura reconfiguró categorías toda vez que en el trabajo de campo se pudo advertir, entre las campesinas, diferentes interpretaciones de su realidad, las cuales reflejan procesos de autonomía, emergencia de los actores sociales y transformación de relaciones de poder.

Una investigación situada

Finalmente, como lo proponen varias teóricas feministas, quiero resaltar que esta es una investigación situada (Haraway, 1995; Harding, 1998). Soy mujer y, como las campesinas con quienes se realizó esta investigación, soy originaria de San Pedro de los Milagros. Como ellas, percibí aquella transformación del campo, cuando se adoptó la producción de la ganadería-lechería

y se desplazó la agricultura; en esa medida, la imagen que tengo de entonces es la de la paulatina desaparición de montes y cultivos, porque los terrenos se fueron adaptando como potreros para la ganadería. Como algunas de estas campesinas, estudié en los colegios del municipio y viví la dinámica cultural local marcada por la vida religiosa y conservadora, desde la cual se ha configurado un discurso de exaltación de unas figuras de poder económico y político, al tiempo que un ocultamiento de atributos culturales propios. Luego migré, me formé en el Periodismo desde donde he desarrollado un interés y una escritura en torno de la cultura y el trabajo de las mujeres, temas que ahora indago desde la ciencia antropológica. De tal modo que, esta investigación representa una forma de allanar esos espacios vacíos de la historia de mi lugar de origen y, para mí, diversos reencuentros con elementos de mi propia historia, y en particular con la sociedad, solo que ahora provista de herramientas de pensamiento que me permiten llevar a cabo preguntas en torno a las experiencias de otras mujeres del lugar, quienes son parte de esos grupos que no han tenido la voz en la historia oficial de la región. Por tanto, y con algo de conocimiento de causa, esta investigación asume una reflexión crítica frente a los efectos de esos discursos hegemónicos y las relaciones políticas económicas que se han reproducido en San Pedro de los Milagros. Pero resalto que constituye también una toma de posición sobre un modelo regional estructural, piramidal, privado y patriarcal, donde los atributos culturales se observan de un modo retórico y esencialista, y las políticas hacia las organizaciones y grupos sociales son entendidas siempre bajo un énfasis asistencialista y paternalista.

Es por ello que esta investigación toma como referentes los trabajos de investigadoras que desde América Latina (León y Deere, 1997; Díaz, 2002; Villarreal, 2004; Vargas, 2008) han analizado tanto el trabajo de la mujer campesina como su trayectoria e impulso de organizaciones sociales desde las cuales ellas, en colectivo, han abierto espacios de toma de decisión e iniciado procesos de tránsito de experiencias asociativas hacia acciones de trabajo comunitario.

Es así como esta investigación ha definido unos ejes, con base en teorías de las ciencias sociales, sin embargo, tanto la subjetividad de la investigadora como las dudas expresadas por las campesinas son reiteradas porque consideramos que éstas reflejan un estado de incertidumbre en el que viven muchas de estas mujeres campesinas, lo que constituye una pregunta abierta sobre el futuro de las campesinas del país y del mundo.

Enunciadas estas etapas de la investigación que concluyen en esta monografía, se llevará a cabo un proceso de socialización con las mujeres campesinas que comprende compartir los

resultados, entablar una conversación sobre los mismos y construir una exposición a partir de los registros fotográficos que quedará como memoria de la Asociación.

Concluyo esta introducción resaltando que esta tesis de Maestría es producto del proceso de formación de investigadores del Grupo de Investigación Medio Ambiente y Sociedad (MASO).

Capítulo 1. Las mujeres se transforman en actoras sociales

La Asociación de Mujeres Campesinas y Negras de San Juan se formó en 2002 con fines productivos; sin embargo, durante más de dos décadas ha vivido un proceso con transformaciones en la vida social y comunitaria; asimismo, se abrieron espacios de acción y toma de decisiones de las mujeres que han impactado en su territorio y en la reconstrucción de sus identidades. Por lo tanto, este capítulo aborda el origen y la transformación de esa organización.

La historia de la asociación está enraizada tanto en la forma de organización de antiguas lideresas rurales, como en las prácticas comunitarias campesinas para producción de alimentos y productos agrícolas. Derivado de lo anterior, se aborda aquí el impacto de dicha asociación tanto desde el punto de vista productivo-económico, así como de otros logros menos tangibles, tales como la transformación de las mujeres en actoras sociales, el inicio de un proceso de construcción de autonomía y la recuperación de saberes tradicionales.

1.1 De la organización a ser actoras sociales

Es preciso tomar como punto de partida que uno de los ejes del Acuerdo de Paz en Colombia es la Reforma Rural, y que las campesinas y los campesinos han sido una de las poblaciones más afectadas por el conflicto armado. El proyecto de reconciliación del país requiere del reconocimiento de las experiencias y acciones colectivas de las comunidades campesinas en la actualidad y, de manera particular, de las mujeres rurales que, de acuerdo con la literatura, son la población con mayores niveles de pobreza (Díaz, 2002; Villarreal, 2004; Farah y Pérez, 2004) y, en consecuencia, con menores ingresos (Fajardo y Arias, 2017).

Aunque las fundadoras de la Asociación se reconocen como herederas de mujeres y hombres que, con distintas formas de liderazgos, aglutinaban a la comunidad campesina, no se situaron bajo el manto de un partido político o institución alguna de la comunidad. Aunque la Asociación nació con fines productivos, al estar organizadas, las mujeres hicieron suya la toma de decisiones, gestionaron proyectos y recursos para desarrollarlos; asimismo, negociaron espacios con el Estado.

Como se anunció en la introducción, esta investigación acoge la definición que sobre la organización planteó Torres (2002), porque con esta Asociación se han alcanzado condiciones

como el fortalecimiento de la acción colectiva, la capacidad de negociación con otros actores, el reconocimiento de problemas, derechos y soluciones, así como el enriquecimiento del tejido social.

No obstante que las Juntas de Acción Comunal han sido los espacios de participación social más tradicionales y visibles, en las comunidades han surgido otros modelos como los de asociación, cooperativa, agremiaciones, organizaciones comunitarias, organizaciones campesinas, microempresas, emprendimientos campesinos y grupos culturales.

Por tal motivo, hay que recordar, como se planteó en la introducción, que el trabajo campesino implica en su origen lo comunitario y que la familia es una primera forma de organización. En ese sentido, su impacto social se retomó en la conceptualización que del campesinado formuló el Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICAHN) y que refiere que el campesino –y la campesina, añadimos aquí– está “inmerso en formas de organización social basadas en el trabajo familiar y comunitario” (Acosta et al., 2018, p. 7).

En ese orden de ideas, se planteó como premisa del presente capítulo que los lazos de familiaridad entre ellas, emanados de su trabajo, así como la extensión de ese tipo de vínculo hacía una idea más comunitaria son la raíz y fortaleza de esta Asociación. De modo que, sobre estas bases, las mujeres de San Juan continuarán ampliando su horizonte, de tal forma que, aún sin proponérselo como un fin, han introducido a la vereda la figura de la actora social, una figura que interpela con el rol que otras mujeres campesinas han tomado en Colombia y en el mundo. A partir de esto, se presentarán los conceptos y elementos etnográficos que permitirán ir validando dicho enunciado.

Esta investigación reconoce con la figura de actora social al grupo de mujeres organizadas de la vereda San Juan, diferente de los demás miembros de la sociedad, entendidos como instituciones, grupos e individuos. Se trata de campesinas que conocen y persiguen el ejercicio de sus derechos con lo cual no son individuos pasivos, sino actoras sociales. Este cambio de lugar supone también una revisión de sus identidades como mujeres campesinas.

El surgimiento de las mujeres como actor colectivo en Colombia tiene como detonador la creación de la Asociación Nacional de Mujeres Campesinas e Indígenas (ANMUCIC) en 1985 (León y Deere, 1997). No obstante, desde los años setenta hubo movilizaciones de mujeres en demanda de mejores servicios y condiciones de salud y educación (Villarreal, 2004). De hecho, Díaz (2002) ubicó el surgimiento de las mujeres campesinas como actoras sociales en 1972, cuando son reconocidas como un sector específico de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos

(ANUC). Empero, ese reconocimiento dista mucho del concepto de actora social que aquí se acoge, debido a que en ese momento se reducía ese rol al campo de las “relaciones públicas” de la misma organización (p. 13).

Sin embargo, a partir de la Constitución de 1991 se abrieron espacios de reconocimiento a sectores tradicionalmente invisibilizados; asimismo, se construyeron alternativas de acción social para las mujeres y en específico las campesinas de Colombia; aun así, solo fue a partir de la Sentencia C-644/12 donde la Corte Constitucional determinó que el campesino era sujeto de especial protección. Paralelamente, en lo jurídico otro precedente es el de la Ley de la Mujer Rural (2002); más tarde, fueron los propios campesinos organizados quienes interpusieron una acción de tutela con el propósito de que en el Censo de 2018 fueran visibilizados, de esta manera la Corte Suprema de Justicia falló a su favor para que los instrumentos censales incluyeran a los campesinos.

Pero a pesar de la visibilización en lo jurídico, en los hechos, el conflicto armado, que causó el desplazamiento forzado de “más de 7 millones de personas” (Gutiérrez y Marín, 2018, p. 21), frenó el surgimiento de organizaciones sociales, incluidas las campesinas, dado que los líderes y lideresas sociales fueron –y todavía lo son– uno de los sectores que más sufrieron las consecuencias del conflicto.

Aún en este contexto, sectores invisibilizados como el de las mujeres, generaron alternativas de organización, casi siempre con motivaciones económicas en sus inicios, pero también con activación de procesos de fortalecimiento sociocultural. Por lo tanto, es bajo esta doble condición de la emergencia de las mujeres en organizaciones sociales, y del conflicto armado y social en el país, que la Asociación de Mujeres organizadas de San Juan se constituyó como actora social.

Antes de continuar con el desarrollo de este planteamiento, conviene establecer las diferencias conceptuales entre las figuras de individuo, agente, sujeto, actor y, finalmente, actor social, que se asumieron de la Sociología y las Ciencias Políticas. En su teoría del campo social, Bourdieu (1997) se refiere al agente actuante, que no es otro que el sujeto dotado de un “sentido práctico” (p. 40), a quien perfila con una suma de atributos, esto es, preferencias, estructuras cognitivas duraderas y esquemas de acción.

Pero es Touraine (1994) quien situó las diferencias entre individuo, sujeto y actor dentro de una transición que se produce una vez que ese individuo elige “transformar las relaciones sociales” (p. 207). En ese sentido, Touraine (1994) advirtió cómo en cualquier individuo coexisten vida,

pensamiento, experiencia y conciencia; por lo tanto, su espacio de operación está determinado por el lugar que ocupa en la organización social. Así, cuando el individuo elige obrar como actor entonces se hace sujeto apartándose de una postura individualista. Pese a que Touraine analizó el poder de la subjetividad, el ser o sentido de dicho sujeto depende del acto, de una decisión de transformar la sociedad.

En esa medida, Touraine (1994) definió al actor como “aquel que modifica el ambiente material y sobre todo social en el cual está colocado, al transformar la división del trabajo, los criterios de decisión, las relaciones de dominación o las orientaciones culturales” (p. 208). Por consiguiente, su definición permite entender el papel del actor social como un ejercicio que abre los espacios de toma de decisión y genera autonomía. De tal modo que ese actuar sobre la sociedad y el ejercicio de transformarla es lo que entraña la noción de actor social. No obstante, es necesario ampliar el concepto de actor social una vez que este elige transformar la sociedad junto con otros sujetos-actores. Sobre esto, García (2007), desde las Ciencias Políticas, se refirió al actor colectivo del siguiente modo:

[...] aquella entidad I) cuyos miembros están integrados en torno a similares —o, al menos, convergentes— intereses, percepciones y creencias con respecto a un problema, II) que cuenta con cierto grado de organización y recursos y con mecanismos para la resolución de conflictos internos, III) que tiene los medios y la capacidad para decidir y/o actuar intencionada y estratégicamente para la consecución de un objetivo común como unidad suficientemente cohesionada, lo que le identifica y diferencia frente al resto y IV) a la que, por tanto, se le puede atribuir alguna responsabilidad por sus decisiones y/o actuaciones. En otras palabras, un actor es una unidad de decisión-acción responsable. (p. 206)

Esas conceptualizaciones llevan a identificar a las mujeres rurales de San Juan como actoras sociales, cohesionadas en torno a una serie de percepciones y objetivos con conciencia de sus decisiones y acciones. Por lo tanto, resulta notorio, con base en García (2007), que existe una clara diferenciación entre el grupo de mujeres-actoras sociales y el resto de las mujeres, hombres e instituciones de la vereda, una diferencia que se reconoce en la comunidad y más allá de ella, y que las campesinas organizadas acogen como una nueva identidad.

No obstante, y pese a que Touraine (1994) en su definición de actor social incorporó la transformación de las “formas de dominación” como una de las características de este tipo de sujetos (p. 208), es preciso reconocer que el espacio de operación de nuestro estudio de caso, las herramientas y prácticas de este grupo de mujeres en particular, distan de plantearse estos objetivos de modo específico y consciente como principio de acción, pero que, en cambio, su actuar sí constituye un espacio de resistencia ante formas de dominación adoptadas y aceptadas socialmente; en esa medida, ha conseguido cambios en las relaciones, lenguaje y visibilidad.

Las formas de dominación reconocidas socialmente son las económicas, concentradas en la figura del ganadero, que actúa como individuo, desvinculado de toda forma de estructura social que implique el compartir la toma de decisiones. Persiste, entre este grupo de mujeres y frente a esta figura, una ambivalencia: por una parte, se trata de reconocimiento social, pero por otra la conciencia de la necesidad de irrumpir con otras prácticas en medio de modelos económicos y políticos únicos, con el objetivo de transformar sus condiciones de vida. Como lo señala León (1994), no hay que observar la acción política de las mujeres exclusivamente a través de espacios de política tradicional formal, sino en los mundos “doméstico y comunitario” (p. 14).

Por lo tanto, para comprender cómo se transformaron en actoras sociales las mujeres de San Juan, es decir, en sujetos políticos, es necesario abordar dos antecedentes históricos y sociales: los liderazgos de mujeres y el trabajo familiar y comunitario campesino. Ambos se representan en las historias de vida paralelas de dos campesinas de San Juan, que, además fueron fundadoras de la Asociación.

1.2 La lideresa que emergió de un matriarcado

Victoria Velásquez recuerda que su mamá, Amparo Zapata –conocida como Amparo Ñata– y su abuela, Bárbara Rosa Zapata Jaramillo, eran mujeres descendientes de mineros que trabajan solas la tierra. Tenían vacas, comercializaban quesos y cultivos, y compartían lo que sembraban con otras mujeres. Entonces, a finales de los años cincuenta, las mujeres en Colombia comenzaban a ejercer su derecho al voto (Díaz, 2002) que, aunque no se pudo llevar a cabalidad en la vereda, fue abriendo espacios políticos.

Cada jueves, la madre de Victoria preparaba la cuyabra, es decir, el atao con quesos, moras y arracachas, de lo que ella producía, junto con lo de otras mujeres de la vereda, para llevarlo al

día siguiente por el camino viejo del Alto de Medina, hasta Bello y Medellín. Los hombres no tenían esas motivaciones; así lo relata Victoria:

A diferencia de los hombres, las mujeres compartían: si la una tenía haba sembrada, les daba a las otras cuando se hacían las visitas. Crecí en una familia más bien matriarcal; mi madre, mis abuelas, eran las que mandaban en el hogar; de ahí nace para mí un empoderamiento como mujer. Como a mi abuela, a mi madre le tocó sola y se dedicó a la parte comunitaria; fue una mujer con mucha visión, era para que hubiera nacido en esta época. Cuando la mataron ya iban a hacer un puesto de salud en la vereda que ella estaba impulsando. (V. Velásquez, comunicación personal, 11 de abril, 2023).

En una parcela, en el centro de la vereda, Amparo Zapata educó sola a sus hijos, puesto que el padre los dejó, entre otras causas, porque no quería que ellos estudiaran. Como lideresa social, Zapata entendía los problemas de la comunidad, por eso a comienzos de los años sesenta fue una de las personas que tramitó ante la Gobernación de Antioquia la conclusión de la carretera hasta el centro de San Juan; fue inspectora de policía en la vereda; es importante mencionar que esa inspección estaba en un terreno que su familia donó con ese fin, pero un alcalde lo vendió, de ahí que San Juan ya no cuente con inspección.

Victoria recuerda que su madre Amparo, además de que producía y vendía productos derivados de la leche, fue una de las primeras integrantes de la cooperativa Colanta; esto constituyó un precedente para romper un mandato de género donde las mujeres no tenían lugar en la economía ganadera. Pero además, cuenta que ella entendía, a su manera y en su tiempo, el poder de la sororidad de las mujeres: en el patio de su casa tenía grupos de baile y teatro con otras mujeres, y con ella se refugiaban mujeres que habían sido violentadas. “La vereda era machista y muy discriminatoria; la mujer tenía que volverse casi otro hombre; mostrar que era más verraca que ellos”, relata Victoria.

La lideresa Amparo Zapata, referente actual para las mujeres organizadas, fue una activa integrante del partido Liberal, algo insólito en San Pedro de los Milagros, el cual era siempre gobernado por conservadores con apoyo desde el púlpito de la iglesia. A esta lideresa la mataron en 1987, en su propia casa de San Juan, cuando alimentaba a su hija menor, y en la época en que formaba parte de la campaña del candidato liberal a la Alcaldía para la primera elección de alcaldes

en Colombia. Finalmente, y contra la tradición, los liberales se quedaron con la Alcaldía. Además, la muerte de Amparo Zapata antecedió las de otros líderes liberales, asesinados en municipios vecinos a la vereda San Juan; se trata de la primera mujer asesinada en zonas rurales del municipio. Tres décadas después, con la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras (2011), se reconoció que el suyo había sido un crimen político.

Victoria Velásquez, una de las fundadoras de la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras de la vereda San Juan, heredó ese liderazgo de su madre Amparo; siendo adolescente fue representante en la Acción Comunal, luego fue integrante del programa de veeduría de hogares de Bienestar Familiar y cocreadora del Festival del Recuerdo. Como resultado, esas experiencias las llevó a inicios del Milenio a la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras de San Juan en tanto aprendizajes para la consolidación de este nuevo proyecto organizativo. Cuando hoy las integrantes de la Asociación narran la historia de su organización no solo recuerdan lo que ha pasado en las dos décadas de vida de su organización, sino las historias de lideresas, como Amparo Zapata:

A pesar de que no tenían el conocimiento intelectual, fueron capaces de ir a Medellín a donde les tocaba: “Es que San Juan necesita electrificación”; “es que San Juan necesita carretera”. Esas mujeres fueron voceras, cuando en ese tiempo, tristemente, las mujeres no teníamos ni voz ni voto. Por eso hoy nos sentimos orgullosas. (M. Medina, comunicación personal, 11 de octubre, 2022).

1.3 La lideresa con un patriarca como modelo

Nubia Barrientos, “La Negra”, otra de las fundadoras de la Asociación, aprendió del liderazgo campesino de su padre de crianza, Cruz Barrientos. Era un padre de ocho hijos, que enviudó y no volvió a casarse. Al cuidado de los menores quedaron las hijas mayores, entre ellas estaba la madre de Nubia, Olga. “Don Cruz”, que trabajaba la tierra. Al mismo tiempo, acogió a sobrinos, nietos, primos y recién llegados, 22 en total; entre sus hijos de crianza estaba Nubia. En esa generosidad del patriarca de la familia es donde Nubia encuentra el origen de su liderazgo y la capacidad de pensar en los demás.

La lideresa social Nubia Barrientos aprendió de aquel hombre la práctica solidaria de hacer convites para construir para los otros. Pasados los años, el convite se retomó en los festivales del

Recuerdo y hoy es una estrategia en el trabajo de la Asociación de Mujeres. Pero también es la base de sus historias; por ejemplo, la casa donde Nubia vive se levantó con un convite que organizó don Cruz:

El papito me dijo: “Mija, saque un materialcito de la quebrada —cuando eso uno sacaba arena, piedra—, vayan recogiénola y, mientras, yo pienso dónde les voy a dar un pedacito para que hagan una casita”. Recogimos arena en costales, la piedra la apilonamos para que una volqueta fuera y la trajera, y varias personas iban y ayudaban. Hicimos dizque un convite: les dábamos almuerzo y ellos nos ayudaban con el trabajo. (N. Barrientos, comunicación personal, 5 de octubre, 2022).

Con la llegada del milenio, Nubia Barrientos y las hermanas Victoria y Magali Velásquez fueron más allá de lo que hicieron las antiguas lideresas y los líderes del pasado, dado que no solo iban a pedir recursos, sino que concibieron la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras de la vereda San Juan. Es Nubia quien trae a la conversación la escena, así como lo evidencia el siguiente relato:

En 2002 formamos el grupo de la Asociación. Victoria, Magali y mi persona nos sentamos en esa cancha (en el centro de la vereda) y nos pusimos a pensar qué debería ser. Todas tres dijimos que de mujeres. Citamos a la gente y fundamos esto. (N. Barrientos, comunicación personal, 5 de octubre, 2022)

Las mujeres adquirieron un nombre, Asociación de Mujeres Campesinas y Negras de San Juan, que no solo las integraba y presentaba, sino que se conformó con base en su historia de mujeres del campo, con un origen étnico y una pertenencia a su vereda. Por lo tanto, bajo esta forma de organización se hicieron visibles dimensiones que no habían sido nombradas hasta entonces; en particular la dimensión de género es la que las aglutina, dado que como mujeres comparten históricamente unas condiciones de subordinación determinadas por un orden de género que legitima tal subordinación (Mingo, 1997). Así entonces, el recurso que las mujeres construyen para transformar dicho orden es el de ser actoras sociales.

En efecto, con la integración y aparición como actoras de las campesinas, en la escena social se produce un quiebre en la medida en que persiguen alterar el lugar que han ocupado y que se les asignó en no uno, sino un “doble proceso de subordinación”, como mujeres y como campesinas (Villarreal, 2004, p. 121).

Una acción de las campesinas al constituirse en actoras sociales está en la decisión primera de hacerse visiblemente unidas. En ese sentido, conformarse y presentarse juntas a nombre de una Asociación no tiene precedente en la vereda. En consecuencia, la emergencia de ellas ha transformado la vereda en la medida en que se sitúan como una nueva figura, aglutinada, por fuera de las coincidencias religiosas o los intereses económicos. Por consiguiente, se trata de un acto nacido de una toma de decisión –solo posible una vez que actúan en colectivo– en torno de la cual se identifican y diferencian (García, 2007), frente al resto de la comunidad. Hacerse visibles en su comunidad, en el municipio y en otras regiones del departamento es algo posible porque han actuado en cohesión.

Aunque Villarreal (2004) ubicó “el mayor protagonismo de las mujeres rurales en la economía rural” como la causa para hacer visible sus organizaciones (p. ii), esta investigación propone que es desde el espacio de la organización donde ha sido posible la transformación del grupo de mujeres y su posterior visibilización e impacto en la economía rural. Por lo tanto, la mayor transformación dependió y aun depende del ejercicio de estar unidas y organizadas.

Adicionalmente, en el análisis de las campesinas como actoras se partió de reconocer también las motivaciones, desafíos y finalmente las acciones tangibles e intangibles emprendidas desde su organización y, de manera destacada, cómo son acciones aún en proceso, no consolidadas totalmente. De tal manera que la Asociación de mujeres emprende una acción social que parte de una conciencia histórica al saberse herederas de unas lideresas y de unos saberes campesinos, para llegar después a un reconocimiento de sus necesidades como mujeres y comunidad.

1.4 Las lideresas del nuevo milenio

La decisión de participar en la Asociación representó un salir de sus casas en lo que fue un primer movimiento; el segundo movimiento consistió en tomar un nombre y, el tercero, fue actuar en colectivo, con “objetivos comunes” (Torres, 2002, p. 206). En esa medida, la Asociación se constituyó como organización de economía solidaria ante la Cámara de Comercio en 2002 y sigue

siendo un modelo en el municipio de San Pedro. La respuesta entusiasta reunió en sus inicios a 54 mujeres; sin embargo, a la hora de constituirse la fundaron 30.

En sus estatutos plantearon objetivos enfocados en la búsqueda de participación de la mujer en otros ámbitos. Por ello, su propuesta inicial se basó en crear una estructura formal con el fin de promover la organización que les permitiera la participación comunitaria en procesos productivos, así como la capacitación de la mujer para lograr su autogestión, desarrollo y proyección social. Por tal razón, se capacitaron para conocer y participar en proyectos productivos del Estado, de entidades no gubernamentales y privadas. Fueron aprendiendo a entender las relaciones con las entidades y a introducir en sus lenguajes un vocabulario nuevo, el de los derechos, la autonomía, los liderazgos y los derechos de la mujer campesina. Sin nombrarlo de esa manera, estaban iniciando su proceso de concientización en la acción política.

La propuesta se consolidó pese a que el municipio entonces carecía de espacios asociativos –el Plan de Desarrollo 2020-2023 reconoce que la carencia de asociatividad–, y a que, más allá de los partidos políticos, tradicionalmente no se han formado otras instituciones y agrupaciones sociales que trabajen por transformar condiciones de sectores específicos.

La Asociación se ubica dentro de lo que representa una transformación de las organizaciones sociales campesinas y en la emergencia de “un sujeto rural actuante” (Rodríguez, 2014, p. 209). Al respecto, Tocancipá-Falla et al. (2013) distinguieron las organizaciones sociales campesinas entre las creadas desde el Estado, las de intervenciones privadas, las que están vinculadas a procesos políticos y las que “surgen por el interés de líderes campesinos” (p. 8). En esta última se encuentra la Asociación de Mujeres de San Juan que no buscó cobijo ni en la iglesia, ni en los partidos políticos, sino en el propio actuar de las mujeres.

Sin embargo, cuando se fundó la Asociación, la economía regional atravesaba por una de las mayores transformaciones de su historia, en vista de que de una producción agrícola, lechera y porcícola optó por una marcadamente lechera. Como respuesta, las mujeres se organizaron para constituir una alternativa económica, una forma de empleo y, eventualmente, una empresa. En consecuencia, una de las primeras acciones consistió en impulsar capacitaciones para ellas y los hombres, relacionadas con la ganadería; gestionaron un curso sobre inseminación artificial, durante dos años, que recibieron 42 personas. Un proceso que se enmarcó en el reconocimiento de necesidades y que derivó en el ejercicio de sus derechos para consolidar su capacidad de interlocución con el Estado (Torres, 2006).

En su proceso, las mujeres construyeron soluciones basadas en proyectos. Por ejemplo, su invernadero y su producción de alimentos surgieron de la definición de necesidades e intereses, e implicaron negociaciones con el Estado y gestión ante otras instituciones en pro de recursos y nuevas capacitaciones. De tal manera que las mujeres hicieron un reconocimiento de sus saberes en la agricultura y la cocina, y los convirtieron en herramientas para su asociación.

Pero además, a lo largo de su trayectoria como mujeres organizadas, el autorreconocimiento ha ido ocupando un lugar muy importante en este campo; por lo que no solo se llaman autónomas, empoderadas e independientes, sino que se preguntan acerca de sí mismas, configurando una nueva identidad, como se evidencia en el siguiente testimonio.

Soy una de las fundadoras. Empezamos con Nubia Barrientos, con muchos sueños, hemos alcanzado sueños, hemos aprendido mucho y le agradezco a la Asociación todo lo que hemos aprendido porque hemos tenido un apoyo muy grande y nos han valorado mucho. Nos hemos sentido orgullosas, grandes; nos hemos sentido que estamos empoderadas de lo que somos, de lo que tenemos. (M. Medina, comunicación personal, 28 de marzo, 2022, durante un encuentro colectivo).

La Asociación ha atravesado momentos de encuentro, desencuentro y crisis; a la actividad de los primeros años –con capacitación y producción agrícola–, le siguió un distanciamiento y deserción de varias fundadoras. Ese periodo se superó con un nuevo llamado de la lideresa Nubia Barrientos y, por consiguiente, consolidaron los proyectos del invernadero y de la producción de alimentos. En la actualidad, hay nuevos liderazgos con jóvenes, pero la participación se ha reducido a 12 mujeres; una de las causas es que necesitan opciones laborales y la Asociación todavía no representa una fuente de ingresos constante.

Por otra parte, la Asociación ha tenido que defenderse de un sector de la comunidad. Su irrupción no fue sencilla, le implicó a las mujeres negociaciones con las familias y, todavía hoy, es inamovible el hecho de que continúan siendo las reproductoras en las casas; en consecuencia, convertirse en productoras ha implicado acuerdos sin renunciar al rol que se les asignó como esposas y madres. Por otra parte, cabe resaltar que, sobre todo entre las mayores, ese rol doméstico no es algo que manifiesten que quieren abandonar, aunque sí construyen negociaciones. De ahí ese

proceso opuesto de sumisión y rebeldía en las prácticas sociales de las mujeres que refiere Vargas (2008):

Las mujeres no adquirimos autoconfianza y sentido de nuestros derechos como sujetos sociales a través de un proceso lineal, sino a través de un proceso subjetivo, con avances y retrocesos, en el que al mismo tiempo que se definen nuevas identidades y se afianzan y/o recrean las anteriores, se van descubriendo y perfilan nuevos intereses. Estos intereses no siempre están coherentemente articulados; algunos de ellos pueden estar sustentados en concepciones más autónomas sobre nosotras mismas; otros pueden aún estar anclados en concepciones y prácticas más tradicionales sobre las mujeres y sobre su rol. (p. 272)

Asumirse en torno de una identidad que las cohesionan como mujeres es una construcción que mantienen. Sin embargo, su autonomía no establece una ruptura con instituciones de poder de la estructura social, llámese terratenientes, Estado o iglesia católica. Es así como la situación laboral todavía es el mayor obstáculo a que se enfrentan; aunque desde su Asociación han impulsado la producción agropecuaria como opción de trabajo; de tal forma que sus resultados todavía son insuficientes para consolidarse como una forma de subsistencia económica. Cabe señalar que aún predomina un sistema de hegemonías masculina y patriarcal que es precisamente el mayor obstáculo a su acción.

Esta situación en San Juan es espejo de lo que sucede en Colombia donde las campesinas son el sector con menores opciones de empleo; así lo refleja la Gran Encuesta Integrada de Hogares de 2020 (DANE, 2021), que ubica la tasa de ocupación de las mujeres rurales en 29,2 %, en contraste con la de hombres rurales que es de 68,8 %; la misma encuesta situó el desempleo entre las mujeres rurales en 16,2 %, mientras el de los hombres es dos veces más bajo, con 5,7 %.

Aunque las mujeres de San Juan han conseguido cambiar parcialmente el lugar que se les designó, su situación económica dista mucho de alcanzar ese objetivo. Por ejemplo, los testimonios de dos de las campesinas asociadas dan cuenta de ello: “En la vereda no hay casi como forma de subsistir, de un trabajo fijo, lo único que se trabaja es la tierra y la gente ya casi no cultiva; las hijas mayores de nosotros ya se tuvieron que ir”, expresa Magnolia Londoño, y Nidia Tapias coincidió con el retrato de esa problemática: “Aquí no hay empleo para las mujeres; las más jóvenes se tienen que ir. Para los hombres es más fácil porque hay mangas”; la campesina hace referencia a la

existencia de terrenos para la ganadería-lechería, una actividad preponderantemente masculina. Esta situación se abordará en el siguiente capítulo.

Si bien, las campesinas han buscado cambiar esta situación con sus desarrollos productivos también han tenido que acudir a combinar su proyecto con opciones laborales precarias, informales y por fuera del campo, en entornos urbanos o en otras veredas. Este caso es ejemplo del problema creciente de desempleo entre las mujeres rurales en el municipio, pero también en Colombia y el mundo; de modo que también aquí la informalidad, la precarización y la vulnerabilidad social (Valdés, 2015), caracterizan el empleo agrícola que hoy se ofrece a las campesinas.

Por ello, se consideró que esto no solo se relaciona con los resultados, sino con el discurso social. Esto entronca con lo señalado por Villarreal (2004), quien describió esa “ambigua posición” (p. 296) de la sociedad frente a las organizaciones de mujeres rurales. En esa medida, se encontró que en la comunidad y en las instituciones, aunque se reconoce su existencia como organización, se les evalúa y califica de acuerdo con los resultados económicos, sin considerar que se trata de un proceso organizativo social y no uno de propiedad privada.

Como consecuencia de lo anterior, es frecuente escuchar a las campesinas expresar dudas en relación con su propio proceso; aunque sus dudas se refieren específicamente a que los resultados económicos de la Asociación no han representado todavía alternativas para una independencia económica, encontramos que esto tiene diversos orígenes y explicaciones más profundas. Sucede que la falta de una tradición organizativa y asociativa en la sociedad local deja a las mujeres solas en la construcción de un espacio para la acción social y colectiva, la cual choca con una idea imperante de propiedad privada que históricamente ha sido la única que conoce la población; no existe, en ese sentido, un discurso de construcción comunitaria y de lo colectivo más allá de lo que las mujeres impulsan, por el contrario, la sociedad local se reafirma en la figura del individuo, hombre y propietario de la tierra.

Por otra parte, la deserción de las mujeres de la Asociación —como se ha dicho hoy son 12 integrantes— con frecuencia está motivada por la necesidad de migrar del campo hacia la zona urbana en busca de empleo, esta situación la viven también las mujeres de nuevas generaciones que han empezado a desplazarse, a veces temporalmente, para laborar o estudiar en sectores que no necesariamente están relacionados con el campo y mucho menos con la agricultura, lo que deriva entonces en la baja participación de jóvenes en la Asociación, pero nos habla también de

unos horizontes muy diferentes entre las jóvenes campesinas con relación a los de las mujeres de las generaciones que les preceden.

Un factor adicional que ha generado duda y crisis entre las participantes ha sido que el nivel de compromiso de cada una es diferente; este tema, más que sorprender, debe ser visto como algo inherente a las organizaciones: las personas que las conforman no tienen intereses totalmente homogéneos, tampoco hay un fin único al interior y tampoco debe esperarse que todas las asociaciones sean iguales. En esta Asociación, en particular, las fundadoras tienen un liderazgo muy reconocido, y ha sido determinante el trabajo de ellas, algunas de las cuales todavía continúan y siguen siendo figuras aglutinadoras, y si bien la Asociación tiene jóvenes lideresas, aun se carece de mecanismos para formar a jóvenes que gestionen y estructuren nuevos proyectos de acción colectiva.

A continuación, se abordan los procesos de construcción de opciones por parte de las mujeres, con resultados muy diversos, los unos tangibles y otros intangibles.

1.5 Autonomía y negociación en el invernadero

Por más de 20 años, las campesinas organizadas de San Juan han adelantado y sostenido desde su Asociación de Mujeres Campesinas y Negras una producción agropecuaria con resultados visibles e intangibles, donde su invernadero es símbolo de esa historia.

En las mañanas, desde diversos sectores de San Juan un grupo de las asociadas llega al invernadero, en el centro de la vereda; en el recorrido hasta el lugar algunas se toman apenas cinco minutos, otras, casi una hora. Llevan desayuno o sobremesa para sentarse a comer juntas al final de una jornada laboral de tres horas, porque estar más tiempo adentro es insoportable por el calor. Alguna carga una pala, otra un azadón; aún conservan la antigua práctica campesina de que las herramientas roten de una casa a otra, y que acaben por ser de todas.

Aunque las mujeres llegan a las siete, las jornadas de todas iniciaron horas antes porque, para poder salir de casa, han tenido que dejar resueltos desayunos y almuerzos para hijos, maridos e, incluso, sus propios padres. En esta vereda, como les ocurre a casi todas las mujeres campesinas de América Latina, su trabajo como reproductoras sociales se da por hecho y no es reconocido. En otras palabras, se trata de “procesos de invisibilización” que han ocurrido a lo largo de la historia

a otras mujeres campesinas en el mundo y que la literatura ha advertido (Narotzky, 1996, p. 20; Díaz, 2002, p. 37).

En Colombia, los impactos de las transformaciones generadas por las mujeres en las relaciones de producción se han investigado por autoras que sitúan este proceso en un contexto de nueva ruralidad y “feminización de la agricultura” (Farah y Pérez, 2004, p. 144); así como de “participación creciente” de las mujeres rurales en las organizaciones sociales (Díaz, 2002, p. 20; Villarreal, 2004, p. 224), y de construcción de “autonomía” (Cárdenas y Zuluaga, 2015, p. 16). Son cambios que permiten hablar de esas condiciones de “adaptabilidad y resiliencia”, como características propias de la economía campesina colombiana hoy (Forero, 2019, p. 36).

A comienzos del nuevo milenio, cuando las mujeres de San Juan conformaron la Asociación, decidieron generar recursos para ellas, con miras a una independencia económica. Sin proponérselo, como pasa con otras dinámicas de su Asociación, abrieron un proceso de construcción de autonomía.

En ese sentido, al analizar el movimiento de las mujeres en América Latina, Vargas (2008) planteó que la autonomía es “dinámica, compleja y que no tiene un único significado” (p. 79). Al respecto, Villarreal (2004) coincidió en que la autonomía es “gradual” (p. 278); sin embargo, señaló también que, en Colombia, pese a que se ha ido reconociendo el trabajo de la mujer como productora, se desconoce el verdadero proceso de autonomía que ha alcanzado.

Así como en América Latina, la autonomía entre las mujeres de San Juan no es total, ni definitiva; ha sido procesual y no está exenta de tensiones entre ellas, y de ellas con terceros, sean estos o no miembros de la comunidad; de ahí que esa autonomía haya tenido que estar unida a acciones de resiliencia.

De igual modo, Vargas (2008) explicó que existen grupos de mujeres que tienen su espacio y mandato como una forma de autonomía orgánica, pero que ideológicamente pueden estar subordinadas al discurso e influencia de instituciones políticas o religiosas. No obstante, añadimos aquí otra de esas instituciones de subordinación, esto es, la propia familia. Así entonces, la religión y la familia son instituciones que todavía tienen mucha influencia en sus vidas y acción, pero de las cuales tampoco se mantiene una absoluta dependencia ni se relacionan con el proceso organizativo.

Poniendo en evidencia dicho proceso en San Juan, las mujeres han construido distintos niveles de autonomía orgánica: por un lado, gestionaron y negociaron con el Estado el manejo del

invernadero; y, por otro lado, llevaron a este espacio sus saberes en la agricultura a la que había renunciado el sector más pudiente de la comunidad. En esa medida, y demostrando lo que estos autores han sugerido, las mujeres en San Juan han sostenido el proceso a lo largo del tiempo. Como resultado, esto condujo a que el suyo, hoy, sea reconocido socialmente como el invernadero de las Mujeres de San Juan.

Por consiguiente, el hecho de que exista tal reconocimiento solo ha sido posible porque se ha puesto en marcha un actuar colectivo. La cohesión, como característica inherente a los actores sociales, es lo que ha posibilitado que frente a esas instituciones tradicionales inamovibles emerja el colectivo que, en oposición al “individualismo” que señala Touraine (1994), transforma orientaciones culturales que han sido dominantes (p. 208).

1.5.1 Adaptabilidad y resiliencia campesina

Las integrantes de la Asociación provienen del grupo de los pequeños productores de la vereda; de tal modo que han visto cómo la economía de sus familias comenzó a depender más del trabajo de ordeño y de mayordomías que de la producción de papa, frijol o de maíz, cultivos hoy escasos en el paisaje rural de San Juan.

Por tal motivo, las mujeres de la Asociación reconocen que crecieron con una forma de economía asociada a la agricultura, que la practicaron en las huertas al iniciar nuevas familias con sus parejas y que teje el relato de sus vidas: Nubia, por ejemplo, cuenta que José –a la postre el padre de sus hijos y su exmarido– llegó pidiendo trabajo un día que estaban recogiendo maíz en la tierra de su abuelo. Pero sus relatos también evidencian las consecuencias de la transición en la producción. Así se advierte en el siguiente testimonio de la campesina Magnolia Londoño:

San Juan se diferenciaba porque era una parte ganadera y otra, la más, agrícola, pero ya no. Había agricultura, papa, frijol, maíz, tomate de árbol, arveja. Terminaron las tomateras porque hubo una contaminación y, con el encarecimiento de los insumos y los abonos, la agricultura se fue a pique; en San Juan la agricultura se acabó y ya se conoce por las lecherías. (M. Londoño, comunicación personal, 11 de octubre, 2022).

Antes de fundar la Asociación, la toma de decisiones sobre lo que se sembraba en las huertas para vender no les perteneció nunca a ellas; aunque han sido agricultoras históricamente, la literatura señala que los recursos para la producción agrícola se les han negado a las mujeres (Cárdenas y Zuluaga, 2015). En el caso del presente estudio, se halló que, incluso, si el terreno era de las mujeres –porque lo habían heredado–, su margen de decisión se reducía a seleccionar las hortalizas y las plantas de olor. En cambio, los hombres mantuvieron el poder sobre la venta del maíz y frijol producidos, así como el control de los dineros de las ventas.

Sin embargo, en San Juan, en este contexto de transición hacia la ganadería, fueron las mujeres quienes mantuvieron las huertas y aún hoy se les ve abonando con cáscaras de huevo y restos de vegetales, alternado hortalizas en las eras, sembrando legumbres, frutas y yerbas medicinales.

Es así como al asociarse, las mujeres se reafirmaron en el trabajo campesino que conocían, el de la agricultura. Por ello, su primera acción consistió en sembrar ajo en parcelas o huertas propias, con semillas e insumos que obtenían de una empresa privada (Safer) y, a cambio, ellas ponían el trabajo. De igual modo, estas ocuparon un invernadero abandonado que la Asociación de Municipios de la Meseta del Norte de Antioquia (Amena) había creado en el centro veredal a inicios del milenio, pero que los hombres no continuaron porque no lo encontraron rentable. La lideresa y entonces presidenta de la Asociación, Nubia Barrientos, tramitó y negoció con la Acción Comunal el préstamo del terreno (de más de mil metros cuadrados y con 42 surcos) para las asociadas; luego, juntas acordaron tener cultivos y destinar el 3 % de los fondos a la Asociación. Estas acciones evidencian la resiliencia y la adaptabilidad del grupo de campesinas.

1.5.2 Resistencia ante el dominio masculino del saber agrícola

Con su trabajo colectivo en el invernadero las mujeres organizadas recuperaron el rol protagónico que históricamente han tenido las campesinas en la agricultura familiar, de ahí su defensa de este espacio. En el invernadero, las campesinas activan dos formas de saberes: el agrícola y el organizativo. En esa medida, las mujeres utilizan un sistema de turnos con base en los días de la semana, una o dos deben estar presentes cada mañana; si no asisten las que deberían, mandan remplazos. Las tareas, que demandan un gran esfuerzo físico, consisten en desyerbar, limpiar, recoger la basura, remover la tierra, sembrar, abonar con gallinaza, cuidar que no haya

plagas y bañar; de igual modo, las acciones se hacen por turnos y solas, salvo el baño, para lo cual algunas veces contratan a un hombre. Sin embargo, sembrar y cosechar requieren la participación de todas o de la mayor parte del grupo. La rutina, que representa una ruptura de la tradicional división del trabajo agrícola, se describe por la campesina Elvia Medina:

A cada cual nos tocan seis surcos para administrarlos; después de preparar el terreno, primero a desyerbar; de ahí comenzamos a cavar para que quede bien picadito; después fertilizamos con los abonos, con cal, con Yodosafer para desinfectar la tierra; y ya comenzamos a hacer los surcos para sembrar el tomate. Ya cuando está preparado se hacen los huequitos, se siembra y se le echa la gallinaza y el abono. Las maticas las comprábamos ya grandecitas; las traen de Rionegro, se hace convenio con los de allá, Nidia es la que gestiona. Las asociadas que tenemos, tenemos que tener el capital; en el último nos tocó dar de a 170 mil para las matas y abonos. (E. Medina, comunicación personal, 20 de octubre 2022).

Encontramos que el invernadero ha significado el espacio de formación de las campesinas en temas de organización porque implica construcción de acuerdos, toma de decisiones, gestión y negociación; para decidir qué sembrar en la siguiente cosecha, por ejemplo, hay planeación e investigación acerca del estado del suelo, de la necesidad de hacer rotación de cultivos, del mercado de las semillas o de la calidad de las semillas de la Umata (Unidades Municipales de Asistencia Técnica Agropecuaria).

Las mujeres de la Asociación tienen control de la producción hasta la cosecha; pero después dependen de distribuidores, algunos vinculados con los gobiernos municipal y departamental; igualmente, sucede que su producción, como la de todas las familias campesinas, queda en medio de procesos de oferta y demanda.

Por otra parte, en una reacción contra el trabajo de las mujeres, desde que activaron el invernadero, este fue objeto de sabotajes con cortes de agua, robo de verduras y hasta introducción de animales que destruyeron los cultivos. Todavía hoy las campesinas no se explican por qué ocurrió todo eso: “Nos veían indefensas, solas. ¿Cuándo se ha visto que vengan a robar a esta huerta?”, se pregunta la lideresa Martha Medina, mientras señala la huerta de su casa.

El siguiente testimonio es otra evidencia de esas formas de intervención masculina en el trabajo de las campesinas:

El señor de una de las tiendas se metió a decirnos cómo teníamos que hacer las cosas: “Lo que falta en ese invernadero es un hombre para trabajar y que lidere”; nos dijo que, si en sus manos estuviera ese invernadero, otra cosa sería. (P. Hernández, comunicación personal, 22 de noviembre, 2022).

Finalmente, recuperamos un diálogo que tuvo lugar en el invernadero entre dos campesinos que habían ido como remplazos de los turnos de dos campesinas:

José: ¡Cuidao, Manuel, cortás esa manguera!

Manuel: Ah, ¿es que usted cree que es la primera vez que trabajo eso? ¡Ave María, papá! Aquí han cortado más fácil los que administran que los que vienen de fuera. Es que vea, yo no sé usted, José, qué dice: esto es abono pa’ la misma tierra porque se pudre; yo les dije que esa hierba no hay que sacarla. Pero como aquí no mandamos nosotros; yo ni sé quién es la supervisora. (Comunicación personal, 2 de agosto, 2022).

En los anteriores testimonios se identificó cómo las figuras masculinas desconocen la autonomía de las mujeres en el espacio de la producción. A pesar de que con la agricultura las mujeres tienen una relación histórica y han mostrado su conocimiento, el trabajo en el invernadero es puesto en duda constantemente por figuras masculinas. Mientras que los hombres no tienen que demostrar lo que saben, ellas, todo el tiempo lo tienen que hacer, y esto resulta muy desgastante para las campesinas. Lo anterior significa que el trabajo productivo de las mujeres, en una sociedad donde el hombre ha aparecido como el dueño del saber agrícola, remueve concepciones históricas de género.

Durante la etnografía se encontró que la negación del trabajo que las mujeres realizan proviene también de los capacitadores de las instituciones de gobierno. Una de las campesinas recuerda que un capacitador les dijo durante un taller: “Ustedes solamente vienen a conversar, tienen que hacer algo más que venir al chisme”; en el mismo sentido, algunas de las dependencias que les proveen recursos e insumos –como la Umata de la Alcaldía o la Secretaría de las Mujeres

de la Gobernación– condicionan, dictan o cuestionan las acciones y decisiones en el invernadero. Aunado a esto, en una entrevista para esta investigación, un funcionario local descalificó a las campesinas con el argumento de que ellas “no capitalizan”.

En consecuencia, se halló que desde diversos centros de poder se actúa para limitar la autonomía de las campesinas. Al respecto, la literatura muestra cómo en Colombia, a diferencia, por ejemplo, de los países del Caribe, la figura masculina todavía prevalece en las “decisiones sobre la agricultura” (Deere y Twyman, 2014, p. 426); aunque, en un sentido divergente, Farah y Pérez, (2004) al estudiar el caso de las mujeres de Boyacá, encontraron una creciente participación de las campesinas en la toma de decisiones acerca de qué y cuánto cultivar.

Por otra parte, en los testimonios antes citados se advierte de nuevo esa “ambigüedad” de la sociedad (Villarreal, 2004, p. 296) frente al trabajo de las mujeres organizadas que las obliga a convivir en su cotidianidad con ese discurso contradictorio y descalificador, el cual pone contra ellas un orden cultural, esto es, la estructura de poder del patriarcado.

En ese sentido, retomamos a Gerda (1990) cuando describe que el patriarcado no es sólo la manifestación de un dominio masculino sobre las mujeres sino su “institucionalización” (p. 341) y la ampliación de ese dominio masculino sobre las mujeres a la sociedad en general. Esto nos lleva a ver cómo instituciones de poder como la iglesia, el sector público, el sector económico, en sus discursos y acciones, reiteran narrativas soportadas en estereotipos sobre los roles y espacios de las mujeres. La fuerza de estos discursos es una de las razones por las cuales el proceso de transformación identitaria de las mujeres es tan complejo; entraña muchas contradicciones el pensarse como seres diferentes que ya no solo son para y de otros. Este es precisamente uno de los mayores obstáculos para las mujeres organizadas, porque su trabajo confronta esas estructuras de poder tradicionales.

Empero, a pesar de los sabotajes, las mujeres han convertido ese terreno municipal en emblema de su trabajo colectivo. Ahora bien, este tipo de acciones resultaba inédito en la vereda, debido a que en este nuevo proceso de toma de decisiones aparecen dos condiciones singulares: el invernadero es de las mujeres y es colectivo. Por consiguiente, los proyectos comunitarios dan a las mujeres mayor influencia y poder de decisión, en lo que Young (1997) define como el “potencial transformador”, entendido como la necesidad de cambiar la posición de las mujeres, pero consiguiendo avances sostenibles y la percepción de que ellas mismas han sido agentes de la transformación y la acción (p. 109).

El ingreso del invernadero no es la única entrada económica que tienen las mujeres organizadas de San Juan, pero a diferencia de lo que obtienen con su producción de chorizos, aquí no pueden obtener ingresos fijos, sino una o dos veces por año, y eso si se vende el total de la producción. En consecuencia, lo que obtienen en total supera un salario mínimo mensual para cada una, aunque fueron cuatro, cinco o seis meses de trabajo; es con esto con lo que construyen esa relativa independencia que desde el principio buscaron y que les permite compartir el rol de proveedoras en sus familias.

Como resultado, los grandes esfuerzos del grupo no derivan en mejores ingresos; de tal modo que ellas se enfrentan a que los programas institucionales se reducen a la entrega de insumos o recursos para proyectos puntuales que no tienen en cuenta sus necesidades e intereses; tampoco operan con un calendario sostenido. Sin embargo, es notorio que se reactiven previo a procesos electorales. Los programas institucionales tampoco operan con seguimiento a lo largo del proceso productivo. Finalmente, se encontró que las instituciones no han abierto a las campesinas espacios de participación en la definición de políticas públicas sobre el campo; una forma de estimular el trabajo asociativo de estas mujeres sería precisamente abrir foros de discusión y toma de decisiones sobre las dinámicas en torno del campo.

Sin embargo, aun con los escasos ingresos que resultan y las desventajas que enfrentan, las mujeres mantienen el proyecto del invernadero porque en este ellas tienen un espacio de autonomía, porque representa una construcción sostenida en el tiempo que les pertenece a ellas y porque es símbolo visible en el centro de la vereda de su trabajo organizado.

Es en este reconocimiento de los desafíos donde ellas muestran un proceso de compromiso comunitario con el proceso organizativo. En suma, una de las tareas pendientes con las mujeres campesinas de Colombia es precisamente su participación en instancias de decisión sobre la economía y el campo.

1.6 La cocina, invención colectiva

La de los chorizos es una receta inventada por las mujeres de la Asociación que las identifica y de la que se sienten orgullosas; asimismo, la valoran como una propiedad colectiva. Así lo relata una de las campesinas:

Estos chorizos son famosísimos... Mi esposo dice: “La señora mía es una de las que está en el grupo de allá; si quiere yo le encargo, le traigo pa’ acá, pa’ (la vereda) La Lana. Yo era uno que no comía chorizos y ya no como si no esos”. Dice que desde que se empiezan a fritar el olor llama la atención. (M. Londoño, comunicación personal, 30 de junio, 2022, durante una jornada de producción de chorizos).

En consecuencia, esta producción implica para las mujeres un proceso múltiple en cuanto a las prácticas y saberes, en diversas etapas: transformación, adopción y reactivación de la memoria de otra práctica que se abandonó como resultado de los cambios económicos. En esa medida, dicho proceso múltiple es evidencia de su acción social articulada en decisiones intencionadas y estratégicas en pro de un objetivo común.

Antiguamente, en la vereda San Juan los chorizos también eran preparados por mujeres. La elaboración estaba vinculada específicamente a las fiestas navideñas y a la costumbre de procesar, cocinar y consumir alimentos derivados del cerdo en esa temporada las mujeres se encargaban de la preparación y cocción para los días de fiesta y las semanas siguientes.

Las y los campesinas de San Pedro crecieron en familias donde fue predominante la producción de cerdos: el pueblo tuvo una feria porcícola, única en Colombia, de periodicidad mensual, denominada Lunes de Feria. Aunque esta tradición acabó cuando en el 2000 en el municipio —como en el resto del país— se clausuró el matadero, las campesinas recuerdan que tener estos animales era la forma de inversión y ahorro de ellas, por lo que la preparación de alimentos derivados estaba asociada a la fiesta; esta reunía a las mujeres alrededor de la poceta de los patios y en la cocina para conversar al tiempo que lavaban y cocían los alimentos. Entre las mujeres organizadas de San Juan, la elaboración es retomada con fines económicos y se ha transformado con tecnologías cuya adquisición es resultado de su organización.

También se ha transformado con una serie de objetivos que hablan de la construcción de un proyecto: las mujeres han buscado aprender a elaborar un producto higiénico; es decir, limpio y seguro, pero además distintivo que les permita preservar el imaginario de un producto que las identifique, al que denominan chorizos sanjuaneros. Además, estas buscan la obtención del certificado del Instituto Nacional de Vigilancia de Medicamentos y Alimentos (INVIMA) para, en una siguiente etapa, formar empresa.

Lo que hoy llevan a cabo son dos procesos que se dan a la par: la elaboración de la receta y el ciclo de producción económica. De tal modo que haber inventado una receta es un hecho que las campesinas recuerdan con emoción, pese a que han sufrido su plagio. Para ellas, el proceso ha sido único porque fue una idea investigada y acordada. La campesina Paula Hernández recuerda cómo la consiguieron:

Con un profesor, que tiene conocimiento sobre las carnes, nos pusimos en el estudio de las frutas, con lulo, limón, naranja, maracuyá y otras; miramos cómo eran los componentes de cada uno, o sea cómo se comportaba la carne y, obviamente, al ser cítrico, la carne no toleraba el limón y la naranja; no porque no supiera bueno, sino que el limón aísla todos los otros aliños. Entonces nos inclinamos, por votación, por el maracuyá. Ese día estábamos Dora, Elvia, Magnolia, Yaqueline, doña Martha; de cada sabor nos llevamos uno para la casa. Se me hace agua a la boca cuando me acuerdo. (P. Hernández, comunicación personal, 22 de noviembre, 2022).

Cuando las campesinas ofrecen sus chorizos en ferias o exposiciones invitan con argumentos que apelan a su identidad como mujeres y campesinas, así como a la promoción de una alimentación sana, “sin conservantes”, “hechos en la vereda por nosotras” y retoman su historia:

Yo comienzo a contarles la historia de la Asociación; ellos se quedan pendientes ahí, boquiabiertos, escuchándome: “Muchachos, tenemos unos deliciosos chorizos, son muy ricos, son marinados, son artesanales, los hacemos en una asociación de mujeres que tiene 20 años, todas somos cabezas de familia; vean, son de pura carne de cerdo”. (E. Medina, comunicación personal, 20 de octubre, 2022).

En esa medida, se advierte que en sus discursos y medios de difusión enfatizan la pertenencia a un territorio rural; la lona que exhiben en los puestos de venta anuncia que se trata de un sabor local. Es por eso que lo que les importa, pese a los robos de la receta, es que el nombre de San Juan les pertenece a ellas. Encontramos que hay una fidelidad; es una apropiación que Appadurai (1999) define como una “producción de localidad”:

La localidad (material, social e ideológica) siempre ha tenido que ser producida, mantenida y alimentada deliberadamente. Por lo tanto, incluso las sociedades tradicionales a pequeña escala están participando en la “producción de localidad” contra las contingencias de todo tipo. Lo local es, por tanto, no un hecho, sino un proyecto. (p. 5)

La generación de esa forma de localidad tiene lugar en un espacio ajeno a la familia, pero común entre las mujeres organizadas; un espacio por fuera del mundo doméstico, convertido por ellas en espacio comunitario, gestionado para la organización. En ese sentido, la producción implica construir, o propender por construir, un espacio como actoras sociales. Empero, el sentido de localidad en ellas está más allá de que algunos ingredientes provengan de las huertas de una de las campesinas, esto se relaciona con presentarse desde su lugar y defender su continuidad en este; esto es lo que permite hablar de que las campesinas entienden lo local como proyecto y sentido de su acción.

En los primeros años de su producción, las mujeres preparaban los chorizos de forma manual como lo habían hecho o visto hacer. Al pensarse como productoras, a través de la gobernación de Antioquia, gestionaron un apoyo con el Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUD) y Empresas Públicas de Medellín (EPM) por COP 100 millones con los que adquirieron la maquinaria para la producción en serie de chorizos. A la cocina de la “escuela vieja” han llevado la maquinaria que compraron con ese apoyo, también han llevado de sus casas utensilios, pero además usan viejos pupitres y mesas escolares para moler, hacer y empaclar los chorizos, con lo cual han conseguido adaptar y reciclar el espacio de producción. Por consiguiente, es constante en el trabajo de las mujeres en la cocina, en la agricultura y en el rescate de la escuela —que se explicará en el siguiente capítulo— los procesos de reciclaje de materiales y espacios por razones económicas, pero también como parte de su saber práctico.

Como en el invernadero, en la cocina, las campesinas se dividen las tareas de picar ingredientes, preparar la salsa, mezclar, moler, empaclar; cada una conoce la receta y lo que le corresponde hacer en cada etapa. Al igual que la producción del invernadero, la de los chorizos aun es informal; asimismo, la mayor venta se destina a quienes encargaron en el municipio, o lo comercializan las propias campesinas bajo un acuerdo en el que todas deben vender una parte.

Para las mujeres, la preparación de alimentos, en esa cocina colectiva, constituye abrir un espacio de conversación que antes no tenían; así lo relataron en las entrevistas. Al respecto, Lagarde

(2014) escribió que “la acción de la palabra permite así, mediante el rito, en cada ocasión, la afirmación de las mujeres en su individualidad y la reproducción de *su* ser genérico” (p. 336).

Cuando terminan de empacar los alimentos, las mujeres salen de la cocina y se sientan alrededor del patio de la “escuela vieja” a compartir el almuerzo, donde la conversación se prolonga; el encuentro las pone al día de las noticias de la vereda, pero también en lo que concierne a asuntos globales; comparten ahí las historias de sus vidas. La cocina, como espacio de creación y producción colectivas, es resultado de su acción social, pero además representa convivencia, afectos y sororidad entre las campesinas.

Pese a estos resultados, es necesario, una vez más, retomar la idea que las asociadas también consideran que esta producción no representa una respuesta todavía a las necesidades del grupo, porque no están en condiciones de competir en el mercado con las mismas condiciones que grandes empresas. Este es otro motivo que abre dudas entre el grupo, como lo describe la campesina Paula Hernández:

Si nosotras logramos creer y volvernos responsables, construir una fábrica de chorizos, con eso mejoraría la calidad de vida de muchas en la Asociación. Pero es lo que le hemos dicho: desde que nos pongan a tener las mismas condiciones que una Colanta es muy difícil. (P. Hernández, comunicación personal, 22 de noviembre, 2022).

En consecuencia, la producción artesanal de las campesinas todavía tiene que concentrarse en formas de comercialización informal que no facilitan la continuidad de la producción y una venta regular. Aun son irregulares las ventas de mercado en la plaza del pueblo y las organizaciones de campesinas no están en condiciones de competir ante el INVIMA.

1.7 Redescubrimiento de saberes

Existe una suma de saberes heredados aprendidos en la huerta y la cocina familiar que las campesinas reproducen en el proceso de organización y producción en la Asociación: el trabajo solidario y comunitario; el trabajo hecho a mano; el convite como una forma de cooperar e ir hacia objetivos comunes; el compartir que combina la cooperación y el tiempo para estar juntas; la oralidad para transmitir conocimientos; la observación para aprender cómo lo hacen otras y la

experiencia para repetir un proceso, apropiárselo y sistematizarlo. En suma, la recuperación de esa historia es parte de su acción social. En todos los casos, esos saberes son resultado de un aprender desde la experiencia y la práctica. Sobre esto, Borda (1981) resaltó esta condición del saber campesino que definió del siguiente modo:

[...] conocimiento empírico, práctico, de sentido común, que ha sido posesión cultural e ideológica ancestral de las gentes de las bases sociales; aquel que ha permitido crear, trabajar e interpretar el mundo predominantemente con los recursos directos que la naturaleza ofrece al hombre. (p. 22)

Al diferenciar el pensamiento académico del campesino, Costa et al. (2000) describieron la forma de conocer campesino a partir de la “práctica” en el trabajo, es decir del ver, hacer y del escuchar, en una lógica inductiva, diferente a la de la ciencia que se construye a partir de un método deductivo.

En el trabajo de las campesinas de San Juan, tanto en el invernadero como en la cocina, están presentes la observación, la experiencia y la oralidad como métodos de conocimiento. El proceso de elaboración de chorizos no se toma de un escrito, este se conoce y recuerda; se da por hecho que el conocimiento se compartió de forma oral en algún momento y que esa experiencia se repite cada vez que se reúnen para producir. Si una asociada es nueva y no conoce los pasos, la forma de enseñarle es a través de la observación del cómo se hace, es decir, de la experiencia. Como en el invernadero, en la cocina tienen la noción de que los conocimientos se poseen de manera previa, y que se compartieron, que cada quién sabe qué le corresponde hacer y que lo hará bien.

Por otra parte, las campesinas valoran el aprendizaje como uno de los mayores logros de la Asociación, el cual les ha permitido gestionar, liderar, perseguir el objetivo de formar una empresa, y se ha vuelto un medio para defenderse, tener argumentos sobre por qué salir del mundo de sus casas, para gradualmente conocer y hacer valer sus derechos, así como tomar decisiones por fuera de la familia.

Precisamente, un logro intangible a partir de que son actrices sociales ha sido el de capacitarse en cuanto a sus derechos y buscar ejercerlos; esa necesidad la advirtieron una vez que comenzaron a estar juntas y organizadas, y que fueron construyendo nuevas conversaciones.

Asimismo, esos procesos de aprendizaje que gestionaron los han transformado en acciones que tienen impacto para ellas y otros miembros de la comunidad. Por otra parte, como actoras, han reconocido la necesidad de impulsar nuevos liderazgos, más allá de los que tienen las integrantes fundadoras. En ese sentido, la campesina Dora Pérez describió lo siguiente: “Organizarse ha sido como liderarse. Soy líder, empoderada, hago cosas por la vereda, soy asociada. No hay una sola líder, podemos ser un grupo de líderes. Ser líder es ayudar a las demás personas”.

Como actoras, también, han aprendido a reconocer su pertenencia a un grupo de mujeres, muy distinto del grupo dominante, el de los hombres, como lo expresa la campesina Magnolia Londoño:

Por ser mujeres nos solidarizamos más; nos enorgullece mucho ser de un grupo de mujeres. Porque uno dice: “el grupo de hombres”, pero es que el grupo de hombres siempre ha existido, toda la vida, será por el machismo. Así no hayamos logrado formar empresa, solamente con saber que uno es un grupo de mujeres y que hemos salido adelante, eso es mucho. (M. Londoño, comunicación personal, 11 de octubre, 2022).

En ese sentido, existe una motivación intangible que comparten como colectivo y es la hacer de la Asociación un legado. Aunque la gestión de las asociadas ha sido posible con instancias de gobierno, tienen conciencia de que las transformaciones sociales de la vereda serán posibles solo desde una acción colectiva que puede brindar alternativas laborales y de encuentro sociocultural frente a problemas crecientes, tales como la migración de los jóvenes hacia las ciudades, la escasa oferta de empleo, los bajos salarios y sin seguridad social, así como la creciente delincuencia.

Yo sé que tal vez yo no, por lo grandecita, uno nunca sabe, pero qué bueno que le pueda dejar un legado a los hijos, a los nietos, a sociedad, a la comunidad: “Vea cómo estas muchachas empezaron luchando y mire al final”. Que quede un legado bonito. (M. Medina, comunicación personal, 11 de octubre, 2022).

En esta investigación se estimó pertinente retomar la importancia de los procesos al interior de esta organización de mujeres, la noción procesual acerca de unos logros intangibles como la autonomía y la resiliencia, dado que el alcance de su acción no está solo en los resultados tangibles

o definitivos, sino en los procesos que han abierto, a partir del compromiso, voluntad y persistencia de las integrantes con su organización.

Si bien con Vargas (2008) esta investigación reconoce que en el trabajo organizativo las mujeres viven etapas de “avances y retrocesos” (p. 272) en una aparente contradicción al interior, también retoma el concepto expuesto por Mingo (1997) sobre el “valor simbólico” (p. 170), el cual mantiene unidas a un grupo de mujeres campesinas en una organización, pese a los escasos resultados económicos. En consecuencia, ese valor simbólico se expresa en el sentido compartido por las mujeres de tener algo propio como es la Asociación.

Consideramos que ese valor simbólico que, a lo largo de más de dos décadas, distintas lideresas y generaciones han dado a su asociación, eso que lleva a la pregunta de ¿qué las mantiene unidas?, se concreta en la acción social —con alcances en su territorio como se verá en el siguiente capítulo— y en la transformación de sus identidades como mujeres campesinas. Es la acción social que han introducido a la comunidad una de las causas de la diferencia que ellas representan y por la cual se autorreconocen y son reconocidas.

1.8 Conclusiones del Capítulo 1

La Asociación de Mujeres Campesinas y Negras de San Juan nació de las necesidades económicas y de oportunidades laborales por parte de las campesinas, esto condujo a que las asociadas se integraran más tarde en torno de una organización y, finalmente, a que emergieran como actoras sociales.

Una vez que se transformaron en actoras sociales, las campesinas alcanzaron visibilidad como sujetos diferenciados de individuos e instituciones tradicionales asociadas a los poderes económico, religioso, político y familiar. Como resultado, una de las mayores fortalezas de su agencia es que irrumpe en un contexto local donde no se han alentado los espacios para la acción sociopolítica; en ese sentido, se trata de una figura inédita en el paisaje social.

La acción social ha representado un proceso escalonado de cohesión, reconocimiento de necesidades individuales y colectivas, construcción de proyectos productivos para las campesinas y sus familias, así como la formación de lideresas. Asimismo, las campesinas, con un compromiso histórico, se afianzan en una trayectoria de liderazgos de mujeres, desde las antiguas lideresas de

mediados de siglo pasado, pasando por las fundadoras de su Asociación hasta las nuevas lideresas que se han formado y que hoy se reconocen como tales.

Como actoras sociales, las campesinas también han abierto procesos que, aunque no estaban descritos en sus objetivos y estatutos, derivan en logros intangibles, como la construcción de una autonomía, la independencia, la resiliencia y la recuperación de saberes campesinos. Con su trabajo colectivo en el invernadero, las mujeres organizadas han rescatado el papel protagónico que históricamente han tenido las campesinas en la agricultura familiar.

Adicionalmente, las campesinas han llevado a la organización otros saberes que ese modelo económico dejó fuera como el convite, el compartir, el trabajo hecho a mano, la oralidad, la observación y la experiencia como formas de aprendizaje.

A pesar de lo anterior, existen dudas entre las campesinas sobre su trabajo. Por una parte, tienen que ver con que las formas de producción que han creado no son suficientes como fuente de independencia económica; en ese sentido, las mujeres de San Juan, como otras campesinas en Colombia, todavía no consiguen romper las barreras para acceder a mejores empleos que les den estabilidad, seguridad social y certezas sobre su futuro. Por otro lado, las asociadas se ven presionadas por discursos de instituciones con importante injerencia en la comunidad, incluidas sus propias familias, que se resisten a reconocer los saberes y las prácticas de las mujeres campesinas, particularmente en la agricultura, pero que, sobre todo, se resisten a transformar un orden cultural. En estos discursos no tienen cabida las nociones del trabajo comunitario, es así como la organización de mujeres se constituye como un ente aislado en un panorama social donde se privilegian las relaciones de tipo comercial y privado.

Además de esos discursos, las campesinas no son tomadas en cuenta por las instituciones estatales a la hora de diseñar proyectos para el campo; esta suma de situaciones ha abierto espacios de duda entre las campesinas frente a su trabajo asociativo. Solo perciben insignificantes apoyos institucionales cuando se trata de presentar logros de gobierno, pero no en la continuidad y menos aún apoyos que cuenten a la hora de competir tecnológica y económicamente en las mismas condiciones que las grandes empresas.

No obstante, persistir en colectivo significa que su Asociación tiene un valor simbólico más allá de los logros productivos, dado que les posibilita reconocerse como actoras sociales y diferentes del resto de la comunidad.

En ese orden de ideas, se concluyó, a partir de los hallazgos etnográficos y los planteamientos teóricos que se retomaron de distintos autores que han mostrado las implicaciones y consecuencias del trabajo asociativo en los sectores campesinos y, específicamente, aquel relacionado con las mujeres campesinas, que este tipo de asociación se fortalece a partir del trabajo comunitario del grupo de mujeres que por su condición de género y posición sociocultural y geográfica han estado en una situación mayor de segregación y vulnerabilidad que otros sectores de la sociedad.

Por lo tanto, es en la idea de este vínculo de vida entre ellas que podría considerarse como la extensión de los lazos de la familiaridad a unos lazos comunitarios, donde ellas encuentran un sustrato y fortaleza para esta Asociación. Apoyadas en este proceso histórico común, es que las mujeres de San Juan continuarán ampliando su horizonte, porque además, aún sin haberse delineado completamente en las finalidades o metas que se proponían con la Asociación, ellas han ido introduciendo y posicionando en la vereda la figura de la actora social. De igual modo, como actoras sociales, han generado proyectos de corto y largo plazo; en estos últimos se integran con otros grupos de la comunidad, con los cuales reconocen necesidades y definen metas.

Capítulo 2. Acción colectiva para el reconocimiento y reterritorialización del territorio

El territorio en San Juan, como todo territorio, referencia un espacio físico, pero para comprenderlo es necesario pensarlo como un espacio construido constantemente e imaginado, donde se porta y agencia la historia de los sujetos. En este caso, se hace referencia a los procesos de un grupo de actoras sociales; es decir, el territorio entraña relaciones de pertenencia y acción, más allá de unos límites geográficos, a partir de las cuales se construye un lugar de reivindicación para las mujeres, tema de esta investigación.

La activación de una organización social como la de la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras de la vereda San Juan ha abierto territorialidades tangibles e intangibles, entendidas como obras y acciones concretas, así como la construcción de una narrativa que implica reconocer las capas de una historia sobre dicho territorio.

Por tal razón, este capítulo plantea, en primer lugar, una reflexión teórica acerca de la importancia de la generación de nuevas territorialidades y la necesidad de estos procesos en Colombia, donde la herencia de la guerra deja grandes pendientes en relación con el territorio. A continuación, con base en la etnografía, se presenta ese proceso de construcción de una narrativa que dialoga con el marco teórico en torno del territorio, la territorialidad y la desterritorialización. Por último, se explican dos acciones de apropiación y territorialidad que han hecho posible las campesinas desde la asociatividad.

2.1 Transformaciones del territorio, territorialidades, desterritorializaciones y huellas

Para las mujeres campesinas y negras organizadas en la Asociación, el territorio de San Juan significa pertenencia y es desde ese sentido como las acciones colectivas en su territorio son ejercicios de apropiación y territorialidad que persiguen transformaciones. Por lo tanto, como se planteó desde la introducción, el territorio rebasa la idea del espacio físico delimitado, los objetos, individuos y actores que lo componen. Es decir, el territorio son también las relaciones sociales entre sus habitantes (Montañez y Delgado, 1998), y con el entorno físico dentro de las distintas temporalidades que viven los sujetos (Porto-Gonçalves, 2009).

Sin embargo, el territorio “no es el mero contenedor de relaciones y prácticas culturales” (Toro y Zuluaga, 2021, p. 16), ni “receptáculo” con existencia propia (Montañez y Delgado, 1998,

120). Pero tampoco, como lo advierte Porto-Gonçalves (2009), el territorio se puede entender como algo anterior ni exterior a la sociedad. En ese sentido, sujetos y actores se interrelacionan con el territorio físico, tanto con el que han construido ellos, como con el que ha sido afectado por otros individuos e instituciones. Por otra parte, en el territorio activan ejercicios de acción y poder.

El territorio, como espacio que se graba, marca y se diseña geográficamente (Porto-Gonçalves, 2009), se compone también de las “huellas” (Ther Ríos, 2012, p. 497) que en él dejaron y dejan actores sociales, individuos, instituciones, empresas y la naturaleza misma. Por tal motivo, hay que considerar que algunas de esas huellas no son visibles o tangibles, sino que aparecen superpuestas y que, aunque borradas, reaparecen en el tiempo, a menudo en las historias de los sujetos. Con esto se afirma que el territorio es también recordado y semantizado (García, 1976) pero, además, que es imaginado y constituido en proyecto (Corboz, 2004). En ese orden de ideas, son los individuos y los actores sociales quienes construyen un territorio imaginado en cuyo relato aparecen de diversas maneras cada una de las huellas que han quedado. Esta construcción, en palabras de García (1976), significa que “entre el medio físico y el hombre se interpone siempre ‘una idea’” (p. 21). Por lo tanto, la idea del territorio es cambiante de acuerdo con los diferentes individuos y los actores sociales que comparten sus experiencias, relaciones y de las territorialidades que se ejercen en él.

Esa condición cambiante es una cualidad del territorio mismo; Montañez y Delgado lo entienden como “móvil y mutable” (1998, 123) pero también los mismos autores nos recuerdan que es desequilibrado y en esos desequilibrios encontramos procesos de desigualdad.

Sin embargo, para explicar la relación y el proceso de las campesinas en su territorio, hay que tener en cuenta otras dimensiones que entraña el territorio. Con Porto-Gonçalves (2009) consideramos que el territorio es apropiado, es decir territorializado y que lo instituyen sujetos y grupos sociales que se afirman por medio de él. Siguiendo a este autor, proponemos que si bien en el caso de las mujeres con quienes se realizó esta investigación el territorio es hecho cosa propia, esto no quiere decir que se entienda o reduzca la idea de él a un tema de propiedad, porque se trata de una apropiación simbólica y de una pertenencia correspondida: se es del territorio y el territorio le pertenece a las mujeres; mediante él se reafirman e identifican. El mismo autor apunta que, en medio del interés por el territorio en América Latina, desde finales de los años ochenta e inicios de los noventa, crecía una genuina demanda bajo el estandarte “No queremos tierra, queremos territorio” (Escobar, 2015, 31).

En ese orden de ideas, es preciso recordar que las campesinas de San Juan (y/o sus familias) son dueñas de pequeñas parcelas de tierra en un entorno donde un pequeño grupo de terratenientes ha sido dueño por generaciones de las mayores extensiones; es decir, se está ante un territorio de dominio privado. No se trata de decir que no hay en este grupo un interés, reclamo y necesidad por la propiedad, sino resaltar que para ellas su idea del territorio va más allá de la propiedad jurídica; en cambio, esta noción representa pertenencia e identidad y activa afectos y “lealtad” (Montañez y Delgado, 1998, p. 124) así como un proyecto de vida colectivo.

Es así como las campesinas organizadas de San Juan transforman su territorio desde la apropiación que se interpreta como una forma de territorialidad, concepto que, de acuerdo con Porto-Gonçalves (2009), “entraña procesos sociales que reconfiguran los lugares” (p. 127). No obstante, hay que tener en cuenta que en un territorio coexisten múltiples territorialidades en el tiempo, activadas por los distintos miembros de la sociedad; así, para Montañez (1997), la territorialidad consiste en “el grado de control de una determinada porción del espacio geográfico por una persona, un grupo social, un grupo étnico, una compañía multinacional, un Estado o un bloque de Estados” (p. 198). Por su parte, Lobato Correa, como se cita en Montañez y Delgado (1998), entiende la territorialidad como “el conjunto de prácticas y sus expresiones materiales y simbólicas capaces de garantizar la apropiación y permanencia de un determinado territorio por un determinado agente social, o Estado, los diferentes grupos sociales y las empresas” (p. 124).

De tal modo que las definiciones de estos autores llevan al tema del poder, presente siempre en el ejercicio de la territorialidad; en esa medida, los distintos miembros de una sociedad activan sus territorialidades de acuerdo con las posibilidades de poder de cada uno. Toda acción de territorialidad entraña una toma de control, decisión, gestión y poder y, por consiguiente, distintas territorialidades que operan en un momento y espacio dados, las cuales pueden generar “conflictos” (Montañez y Delgado, 1998, p. 125), pero también pueden “reconfigurar” los lugares (Porto-Gonçalves, 2009, p. 127).

Se enfatiza esta idea de reconfiguración de los lugares porque para los términos de esta investigación se asumió la concepción de las territorialidades como transformaciones reconfiguradoras y activadas como resistencia hacia un poder económico hegemónico. Bajo el concepto de territorialidad es como se presentan las acciones sociales que este grupo desarrolla en su territorio, y que más adelante en este capítulo se explicarán con base de la etnografía realizada.

En el mismo sentido, Escobar (2005) invita a ver las acciones y prácticas “basadas” en y “desde-el-lugar”, aclarando que el “*lugar*” no se debe entender como una mera locación, como posibilidades de ejercer resistencia frente a las dinámicas que se presentan en los territorios como las únicas alternativas (p. 90). Años más tarde, y a partir de su trabajo etnográfico con las comunidades del Pacífico colombiano, el mismo autor acogió la territorialidad como una construcción política desde el lugar y vinculada a experiencias culturales de los grupos en el presente y a lo largo de la historia (Escobar, 2010).

Por tal razón, en esta investigación se consideró el ejercicio de la territorialidad de las campesinas de San Juan como resultado de la apropiación basada en un reconocimiento de su historia, la generación de acuerdos y definición de objetivos comunes, así como la toma de decisiones y control. Es decir, un acto de asumir el poder, como acción social, en proyectos específicos pensados para la transformación de su territorio. Desde ese acto, las mujeres son portadoras de territorialidades y, por consiguiente, proponen proyectos en beneficio de ellas, de sus familias y de una idea de comunidad veredal.

Nuevamente con Escobar (2015), se considera que es posible comprender la acción de este grupo de campesinas en su territorio bajo la noción de “condición de posibilidad” (p. 33). En ese sentido, este concepto permite abarcar acciones acabadas y otras en camino de ser, que necesitan comprenderse dentro del proceso particular que llevan a cabo las campesinas, quienes persiguen ser alternativa y posibilidad.

Ahora bien, enfatizar junto al poder los procesos de apropiación, pertenencia y afecto se relaciona con el tipo de vínculo que el grupo de campesinas sostiene con su territorio. En esa medida, Escobar (2010) recuerda que la defensa del territorio implica también la creación de un “nuevo” sentido de pertenencia (p. 79). En este punto, se retoma la idea de la pertenencia que no es un regionalismo ni un término vacío de significados, sino que encierra un compromiso que proviene del conocimiento para conseguir articular procesos de cambio que contribuyan a reconstruir el tejido social.

Por otra parte, los autores citados advirtieron que, junto y simultáneamente a las territorialidades también, y en contraste, se producen desterritorializaciones entendidas como “procesos de pérdida del territorio derivados de la dinámica territorial y de los conflictos de poder entre los distintos agentes territoriales” (Montañez y Delgado, 1998, p. 125). Por lo tanto, se mostrará que un proceso de desterritorialización en San Juan, que directamente ha afectado a los

campesinos, es la introducción de un modelo económico hegemónico único de la ganadería-lechería.

Antes de finalizar este apartado conceptual, se busca retomar la noción de huellas inherente al territorio que se expuso al inicio. Se considera que en un territorio conviven huellas perceptibles, así como existen añadidos y borramientos, es decir, capas completas e incompletas que se articulan en lo que Corboz (2004) definió como un “palimpsesto” (p. 34). Este autor afirmó que los habitantes de un territorio “nunca dejan de borrar y de volver a escribir en el viejo grimorio de los suelos” (p. 27). En ese sentido, el territorio que ahora las mujeres intentan transformar con territorialidades constituye un palimpsesto sobre el cual se han grabado procesos extractivos, productivos, culturales, incluso violentos, de los que persigue dar cuenta el ejercicio etnográfico que se presentará en el siguiente apartado.

Asimismo, con el planteamiento de Porto-Gonçalves (2009) se comparte que las diferentes territorialidades y los diferentes sujetos que las portan y agencian están reconfigurando los lugares y espacios ante conformaciones territoriales hegemónicas que hoy no ofrecen un “refugio” (p. 127). Así, la reacción en el grupo de campesinas de este estudio consiste precisamente en activar un refugio comunitario.

Finalmente, se coincide con Montañez y Delgado (1998) en que para generar un proyecto nacional se precisa la coexistencia de “múltiples territorialidades” (p. 130). En la misma línea, Touraine (1994), como se citó en el capítulo anterior, expuso la oposición entre la actitud individualizadora y la acción social. Con esto se busca enfatizar que ser portador de una territorialidad es una elección para modificar un ambiente tanto en su dimensión material como en la social; en otras palabras, se trata de asumir la decisión de transformar la sociedad.

2.2 En resistencia ante procesos de desterritorialización

La territorialidad “basada-en-el-lugar”, que se adoptó de la propuesta antropológica que planteó Escobar (2005, p.90), está vinculada a experiencias culturales de los grupos sociales. En ese sentido, las reflexiones de las campesinas de San Juan están conectadas a ese paisaje geográfico por el que manifiestan afecto y lealtad, pero también problematizan los procesos históricos que han vivido en su territorio. Al respecto, y de acuerdo con Porto-Gonçalves (2009), el territorio no es

exterior a la sociedad; todo el tiempo hay relaciones de intercambio y poder que han derivado en su transformación, tal como lo expresan las campesinas en los siguientes testimonios:

Ligia Barrientos, una de las fundadoras de la Asociación, compara el San Juan que había en los años sesenta del siglo pasado con el actual: “A mí me tocó un San Juan boscoso, y hoy lo desconozco”; describe que los montes llegaban incluso hasta el actual centro veredal donde está la “escuela vieja”, y comparte su explicación sobre ese cambio: “Cuando todo el mundo quiso poner su lechería, los bosques se fueron orillando hasta arriba en la montaña”. Como Ligia, Martha Medina y Magnolia Londoño tienen recuerdos concretos que permiten desentrañar un proceso de desterritorialización del territorio. Por ejemplo, Martha tiene en la mente la imagen de la quema de bosques para abrir potreros; Magnolia, la de la desaparición de especies animales, y detalla lo siguiente: “Antes era más monte, había más pájaros, guaguas, pavas, azulejos, búhos, el currucutú, y se fueron acabando. Esos montes, muchos, los montaron en potreros”. Abrir potreros, a costa de reducir los montes y quemar árboles que eran refugio de las aves, tuvo por fin destinar más áreas para la lechería, extensos y uniformes potreros de pasto verde.

En conformidad con estos relatos, se identificó un proceso de desterritorialización en el sentido de pérdida, que se toma de la geografía, con base en lo escrito por Montañez y Delgado (1998), esto es, una pérdida de elementos físicos, árboles y especies animales, pero también una pérdida de dinámicas de vida en el territorio y de saberes asociados con la práctica agrícola que fue siendo relegada ante la adopción, desde finales de los años setenta, de la lechería como actividad dominante, y que se evidenció aún más en 1985, cuando en San Pedro de los Milagros se abrió la mayor planta de producción de la Cooperativa Lechera de Antioquia (Colanta).

La lechería dejó de estar pareja con la agricultura, y en San Juan la agricultura se acabó, todos se fueron por la lechería, con Colanta y todo eso; ya no quisieron sembrar. Casi todos nos fuimos por la ganadería, pero para poder tener una buena lechería se necesita mucho dinero, tierra, vacas. Usted ve que no tenemos eso. Los que tienen buena lechería no están aquí; ellos tienen quién les trabaje. Y la lechería no es un trabajo para mujeres, en cambio la agricultura sí. Por eso estamos viendo otra vez la agricultura, otra vez por la huertecita. (M. Londoño, comunicación personal, 11 de octubre, 2022).

En consecuencia, el anterior testimonio refleja una percepción sobre la ruptura de un equilibrio en una sociedad que antes combinaba agricultura, lechería y porcicultura. En esa medida, los desequilibrios son inherentes al territorio según Montañez y Delgado (1998); por lo tanto, sostener equilibrios depende de los poderes existentes, y para producir lechería, los campesinos no tenían tal poder.

Ese equilibrio comenzó a romperse con la quema de bosques para abrir potreros; sin embargo, hubo otras consecuencias, como la progresiva eliminación de la agricultura en el paisaje físico y, por consiguiente, la pérdida de empleo para los agricultores. Derivado de lo anterior, los campesinos tuvieron que participar en la producción lechera que se iba imponiendo, solo que ellos, a diferencia de los terratenientes, no tenían ni grandes extensiones de tierra ni suficientes recursos. En sus condiciones, no podían competir con los grandes ganaderos que, además, introdujeron tecnología mientras que ellos mantenían una ganadería de ordeño tradicional.

Las campesinas, justamente, refieren que los “ricos” –como a veces llaman a los dueños de grandes hatos de tierra–, sí pudieron responder a la demanda de una alta producción lechera, no así las familias campesinas, quienes eran agricultores en su mayoría, como lo muestra una investigación sobre la vereda (Góez, 1976). Los campesinos entonces –como ahora– eran dueños de terrenos de entre 0.5 y 5 hectáreas, así como de su mano de obra. Hubo quienes, en efecto, adoptaron la lechería en sus pequeños terrenos, pero otros no tuvieron más opción que emplearse en el ordeño, relegando la agricultura a las huertas, de cuyo cuidado se apropiaron las mujeres.

La campesina Dora Pérez relata cómo paulatinamente se fue borrando la agricultura en el entorno rural:

Mi apá trabajaba lechería y agricultura, las dos; sí, mantenía sus huertas. Tenía tres pedacitos y en todos cultivaba, eran paperitas, papa criolla, papa negra, frijol, arveja, y chócolo. Sembraba de todo. Para saberse que mi papá falleció y las huertecitas las abrieron en manga. Con la lechería, a la gente no le provocaba ya sembrar, que porque iba a haber más plata. Con el señor que me casé fue igual, siempre ha tenido lechería; agricultura, muy poca; no siembra, no siembra por nada. (D. Pérez, comunicación personal, 5 de octubre, 2022).

En ese sentido, se percibe que ese desequilibrio se ha profundizado y que a menudo los recuerdos sobre el pasado están mezclados con su diagnóstico del presente, como muestra el siguiente testimonio de una de las campesinas:

Con la lechería, los campesinos entramos a pérdida. Comprar un bulto de abono daba pérdida; la leche se la pagaban a uno, pero la vendían a más del doble, con agua y quién sabe qué más, cuando en la planta la recibían limpiecita, pura. La papa, que era el producto que más se cultivaba, se dejó de cultivar, y ahora la quieren volver a coger los ricos; un capitalista, un man de esos viene y siembra tres mil o cinco mil bultos. ¡Qué voy a competir yo! Nos aplastaron, los campesinos estamos en la olla. (Comunicación personal, octubre, 2022).

Es necesario retomar que en su análisis sobre los procesos de desterritorialización, Montañez y Delgado (1998) advirtieron cómo hay un ejercicio de poder detrás de estas pérdidas. En el caso de San Juan, los grupos campesinos no tuvieron opciones cuando los dueños de la tierra transformaron la economía local en su afán de consolidar la lechería como modelo dominante, porque, a diferencia de los campesinos con escasa tierra, los grandes terratenientes –que son parte de un grupo familias que históricamente han sido dueñas de grandes extensiones de tierra en la vereda– podían tener una mayor rentabilidad con la lechería en la medida que tenían más animales y potreros para mantenerlos.

Si bien se encuentra una imposición por parte de poderes locales, se considera que es importante recordar que hubo decisiones de poder en los contextos nacional y global que tuvieron profundos efectos en la economía campesina a finales de los años ochenta. Una de estas decisiones consistió en el proceso de la Apertura Económica, adelantada por los gobiernos de Virgilio Barco y, sobre todo, de César Gaviria, con la que se abrieron las importaciones y que, entre otras consecuencias, ocasionó una crisis agropecuaria entre 1991 y 1993 (Kalmanovitz y López, 2006).

Por consiguiente, esas decisiones de poder han derivado en desequilibrios en el territorio de San Juan que aún continúan. Por ejemplo, como lo describe una de las integrantes de la Asociación, una vez que se abrieron vías o ramales por los sectores de la vereda para recoger en carrotaques la leche de los grandes hatos, los dueños comenzaron a prohibir el paso “de toda la vida” que hacían los campesinos por terrenos que podían ser privados, pero no restringidos. Como

resultado, se prohibió atravesar y, con ello, se difuminaron caminos viejos que rodeaban quebradas y que incluso nombraban para distinguirlos. Una de las integrantes de la Asociación de Mujeres, explica cómo fueron cerrándose espacios:

Los campesinos antes decían: “Yo puedo pasar por la finca de aquel para atravesar y no hay problema”. Pero eso se acabó; ya cada quien es en lo suyo. La mayoría de las fincas de ricos taparon el paso, pero nadie les dice nada porque como son los dueños de la tierra... Por ahí se atravesaban los niños para ir a la escuela, toda la vida fue así, y los dueños dicen que cierran el paso porque les dañan los potreros, que para eso ya hay carreteras. (Comunicación personal, 14 de agosto, 2023, durante un encuentro con el grupo de campesinas).

Los cierres a la circulación han introducido una nueva forma de privatización del territorio del campo que ahonda divisiones entre los grupos sociales y profundiza el individualismo. Siguiendo a Porto-Gonçalves (2009), el territorio se utilizó para naturalizar relaciones sociales, se abrieron mayores diferencias y se desdibujó la condición de “refugio” (p. 127), condición que era inherente al territorio mismo. A pesar de esto, se encontró que esa dimensión de refugio es una de las que hoy las campesinas se proponen recuperar en sus ejercicios de territorialidad.

Otra consecuencia de la transformación del territorio derivada de ese monopolio lechero de la economía es que limitó todavía más los espacios para las mujeres en la economía, como lo expresó en su testimonio la campesina Magnolia Londoño. Aunque ellas saben y practican la lechería, tuvieron menos oportunidades; asimismo, la oferta laboral de la lechería, reducida a la figura del ordeñador, no incluía, ni incluye aún hoy, con pocas excepciones, a las mujeres. Esto no era así en la agricultura, donde tenían y tienen un papel productivo muy importante, aun cuando históricamente no se les ha reconocido.

A pesar de lo anterior, se encontró que, gracias a la conservación de la agricultura en sus huertas, y a que una vez que las campesinas se integraron en la Asociación impulsaron la recuperación de la agricultura como práctica colectiva en el invernadero, esto ha constituido una forma de resiliencia ante el modelo hegemónico de una economía basada en la lechería.

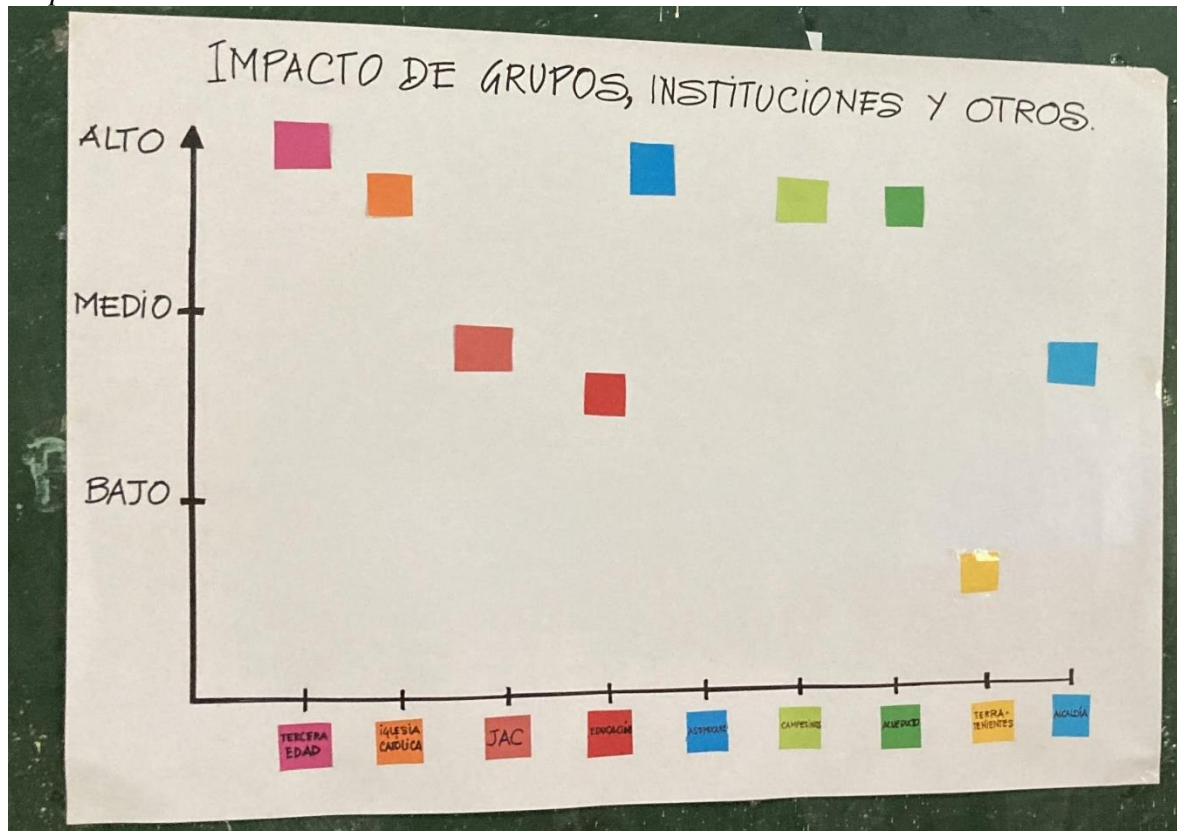
Se puede afirmar que este proceso de las mujeres ha chocado con la narrativa de ese modelo único que describe estas opciones de mujeres agricultoras como producciones que no capitalizan.

A pesar de ello, se mantienen en su propuesta de reactivar la agricultura en el espacio del invernadero y recuperar un equilibrio con la tierra a partir de sus propios saberes campesinos.

Por otra parte, Porto-Gonçalves (2009) disertó sobre cómo las acciones de las personas marcan y graban los territorios. En ese sentido, las campesinas advierten que las formas en cómo se graba el territorio, o en palabras de Ther Ríos (2012), se dejan en él las huellas, tienen su mayor evidencia en los potreros que fueron montes o campos de cultivo, y en las quebradas que en su recorrido han perdido gran parte del conjunto de bosques que las sostenía.

No obstante, existen otras huellas intangibles, que no operan en lo físico sino en las relaciones sociales de los habitantes del territorio. La desterritorialización causó profundas brechas y desigualdad, produjo individualismo al imponer una “monocultura”, en palabras de Porto-Gonçalves (2009, p. 124); para este autor no es solo un sistema de cultivo único –la palabra *monocultura* en portugués significa monocultivo–, sino también la consolidación de un modo único de pensamiento donde es central la figura del terrateniente ganadero.

Precisamente, las reflexiones de las campesinas sobre esos terratenientes se pudieron socializar mediante un taller de mapa de actores dirigido a reconocer el impacto de los distintos integrantes de la comunidad en su territorio.

Figura 2*Mapa de actores*

Entre grupos organizados, instituciones del Estado y religiosas e individuos, las campesinas consideraron que quienes “hacen menos por la comunidad” son los terratenientes y los situaron en un nivel muy bajo en la gráfica del mapa de actores (Figura 2). Aunque tienen relaciones cercanas con algunos de ellos, las campesinas expresan que los terratenientes son quienes más podrían hacer por la vereda, pero que no lo hacen y, por el contrario, que cada vez conviven menos con la comunidad:

La mayoría de los riquitos en la vereda no cambia, son como los mismos... Los que tienen modo no se asocian, de pronto pagan o dan un aporte para el arreglo de la carretera. Pero esos viven como aislados de la mayoría de la gente. Ellos no necesitan meterse en una asociación, y la mayoría de esos ricos no viven acá; tienen sus trabajadores. (Comunicación personal, 24 de abril, 2023, durante un encuentro con el grupo de campesinas).

Tampoco existe con los terratenientes una interlocución cuando se trata de plantear proyectos a futuro para la comunidad; como ha escrito Porto-Gonçalves (2009) no es un objetivo de las territorialidades hegemónicas el ser refugio. En cambio, se identificó que su objetivo se basa en la consolidación de un modelo económico hegemónico individualista, “aislado”, como expresó la campesina en el anterior testimonio.

Finalmente, se asumió de la teoría la noción de territorio imaginado (Corboz, 2004; García, 1976) para analizar cómo entre las mujeres de San Juan las territorialidades comienzan a tomar forma una vez que se organizan como actoras colectivas y, posteriormente, cuando toman conciencia de los problemas, necesidades y posibilidades que quieren construir en su territorio como alternativas a visiones hegemónicas.

En ese orden de ideas, su territorio imaginado está en construcción, está hecho de sueños como los de reactivar una economía agrícola, desde la acción colectiva y a partir de sus proyectos productivos. Pero también está en un anhelo compartido por la conservación de su territorio que se ve presionado por el turismo y la extracción de agua, dos problemas que aquejan al municipio. A su vez, este se halla presionado por la llegada de habitantes del Área Metropolitana del Valle de Aburrá; varias veces las mujeres han manifestado su preocupación ante propuestas de políticos locales de retomar la minería, que entre los siglos XVIII hasta la primera mitad del siglo XX fue el modelo económico dominante: “Ahí sí todas las mujeres tenemos que meter la mano porque eso acaba con la tierra, los animales, las personas; eso trae mucho químico. Si trae plata, va a haber comercio, prostitución, va a haber mucha cosa”, expresa la campesina Martha Medina.

Todo este proceso de reconocimiento que hacen las campesinas de las condiciones del territorio es el que ha abierto la puerta a procesos de territorialidad del territorio y es lo que fortalece esas dimensiones que los autores incorporan a la generación de territorialidad: apropiación (Porto-Gonçalves, 2009), lealtad (Montañez y Delgado, 1998) y pertenencia (Escobar, 2010). Entre las más campesinas jóvenes de la Asociación hay una convicción de que no se quieren ir y que no lo cambiarían por otro lugar, y en las mayores la relación de pertenencia está asociada con la percepción de que se quedan porque ahí están sus raíces y que en San Juan han hecho comunidad. Esa pertenencia es una de las motivaciones que las conducen al ejercicio de territorialidades en el antiguo centro veredal.

De hecho, cuando un capacitador de una institución gubernamental les propone irse de San Juan para producir en la zona urbana y vender mejor, su negativa exhibe lealtad al lugar porque su

idea del territorio está asociada a su identidad. Es el sentido de pertenencia, que deriva en compromiso y lealtad, lo que permite hablar de que con sus prácticas han iniciado una transformación que reconfigura su lugar, como lo conceptualiza Porto-Gonçalves (2009).

2.3 Territorialidad en el invernadero: un proceso de resiliencia

En el Capítulo 1, a través de la etnografía, se dio cuenta de una de las acciones colectivas de las mujeres: su invernadero, generado en un primer momento con fines productivos. Sin embargo, se mostró que este trabajo de las mujeres, además de lo productivo, entraña su primera acción de territorialidad.

Por encima de la instalación física, la territorialidad aquí está relacionada con la recuperación del saber de la agricultura. Por ende, las campesinas, en un contexto donde la ganadería-lechería es hegemónica, emprendieron una pequeña acción que recupera aquella profunda relación con la tierra que identifica a las y los campesinos (Acosta et al., 2018).

Como se explicó, el invernadero, abierto a comienzos de la segunda década de este siglo en el centro veredal, fue un proyecto abandonado ante los escasos resultados económicos, que luego tomaron las mujeres, quienes directamente solicitaron su operación ante las autoridades del Municipio –al que pertenece el terreno– y, como respuesta, propusieron que ellas como Asociación lo podrían manejar. Su acción partió de recoger los restos y resignificarlos bajo su nombre: el Invernadero de las Mujeres.

La ubicación del invernadero, en el centro de la vereda, coexiste con la iglesia, la vieja y la nueva escuelas, las tiendas, la caseta de Acción Comunal, en medio de grandes y verdes lotes de una familia de terratenientes. Todo lo que rodea al invernadero forma parte de instituciones de poder económico, del Estado, de la iglesia católica y de consumo. De tal modo que se encuentran así territorialidades que concurren y se superponen (Montañez y Delgado 1998). En esas superposiciones, el invernadero activa la condición móvil, mutable del territorio como resultado de la acción colectiva de las mujeres. Por lo tanto, dicha maniobra activó el cambio en un centro de poderes consolidado, poderes a los que no les interesa modificar su situación porque desde ahí tienen formas de control.

En ese sentido, el invernadero es un ejercicio de apropiación y territorialización para escribir una nueva huella (Ther Ríos, 2012) en ese territorio. Es símbolo de la vuelta a una

agricultura que encarna saberes como el trabajo colectivo entre ellas, la mano prestada, el trabajo con las familias, así como la socialización de conocimientos sobre tiempos, abonos, tipo de cultivos que podrían generarles mayores beneficios, prevención de plagas, baños y una relación equilibrada y sana con el medio natural. Como respuesta, el proceso entraña recuperar prácticas que la agricultura les había enseñado, prácticas donde “todos se servían de lo mismo, una pala estaba allá, más acá, iba y, si acaso, volvía; pero todo el mundo se servía de lo mismo”, como lo expresa la campesina Paula Hernández.

Por otro lado, la territorialidad de las mujeres, que en su parte física es visible desde las montañas que rodean el centro veredal, transmite un mensaje al resto de la comunidad de que ellas son portadoras de los saberes de la agricultura y que lo han logrado sumando formas de trabajo y saber campesino, así como formas aprendidas a partir de capacitaciones, porque en este trabajo sobre el invernadero las mujeres, a diferencia de lo que pasa con los hombres, acogen oportunidades de estudio para ampliar sus saberes, al tiempo que gestionan apoyos como Asociación.

Adicionalmente, las mujeres están mostrando algo que no existía y es el trabajo organizado de ellas como actoras sociales que transforman su territorio. Encontramos que hay con ello una toma de poder en cuanto a apropiación (Porto-Gonçalves, 2009), que han sostenido a lo largo del tiempo, pese a los intentos de algunos hombres por desechar lo que ellas hacen, por intentar sostenerse como los dueños del saber agrícola. A partir de lo anterior, resulta pertinente retornar a Escobar (2005) cuando habla de acciones y prácticas en y “desde-el-lugar” (p. 90) como posibilidades de resistencia ante dinámicas y narrativas que sostienen un modelo hegemónico, que, para este caso de estudio, se refiere al factor económico.

En ese orden de ideas, ha sido desde la organización y el aprendizaje como estas mujeres han emprendido esta defensa de la agricultura y del medio natural. Ellas reconocen la importancia de la agricultura en sus vidas, su necesidad ante los altos costos de los alimentos y lo urgente de una alimentación natural para la salud.

De ahí entonces que se plantee que una de las razones que hace inédito al invernadero es la territorialidad que ejercen las mujeres, la cual representa una opción de futuro posible con la agricultura. De igual modo, resulta muy relevante que uno de los sueños de ellas es que esta forma de territorialidad la puedan repetir e imaginan “tener siquiera otro invernadero, que aquel nos esté produciendo y ya sembrando el otro”. Sin embargo, lo que ya es un hecho tangible es que el

invernadero de las mujeres reactivó ese modelo de agricultura en la vereda, donde los invernaderos han empezado a reproducirse después que el de ellas.

Con esta territorialidad comenzaron por dar nuevos sentidos a un centro que, aunque concurrido, había quedado inmóvil, como lo explican estas mujeres en el siguiente apartado. Se podría decir que las mujeres introdujeron ahí la condición de movilidad, rompiendo desequilibrios y construyendo nuevas huellas (Ther Ríos, 2012). Por consiguiente, esta forma de territorialidad conecta con otras del país y del mundo, cuando la creciente feminización de la agricultura (Lastarria, 2008; Deere, 2005), se caracteriza por la conservación, por parte de las mujeres, de tecnologías tradicionales y la generación de nuevas tecnologías respetuosas de la ecología (Shiva, 2004), y la autovaloración de las mujeres como productoras y portadoras de saberes (Cárdenas, 2012).

2.4 Territorialidad en la “escuela vieja”: el territorio como refugio

El proyecto de recuperación de la antigua escuela de la vereda San Juan por parte de mujeres organizadas representa un modelo de recuperación de la ruina rural y sus memorias, así como el mayor esfuerzo y el ejercicio de una forma de trabajar juntas, en colectividad y en red entre grupos organizados, esto es, la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras y el grupo de la Tercera Edad. Esta es la principal acción desde el lugar de las campesinas, lo que genera una territorialidad en el centro veredal que reconfigura la historia del lugar.

Para comprender ese proyecto, el apartado siguiente está dividido en dos partes, la primera aborda el ejercicio de recuperación de la memoria hecho por las mujeres acerca del centro veredal donde se ubica el inmueble que rescatan; una segunda parte se dedica a recuperar esas acciones colectivas para rehabilitar y dar otros sentidos al inmueble.

2.4.1 Activar la memoria para generar territorialidad

Desde la “escuela vieja” se distinguen los sectores de San Juan Arriba, Chuscalito, Amoladora, Quebrada Arriba, y las montañas de un ramal de la Cordillera Central. Con frecuencia se escuchan a las mujeres repetir esta localización, “la Cordillera Central”, en un ejercicio que manifiesta una pertenencia territorial que rebasa lo local y se vincula a lo nacional. En esos diversos

sectores de la vereda viven las campesinas y desde ahí bajan dos o tres veces por semana hacia el centro, en medio del cual está la “escuela vieja” que fue espacio educativo desde finales de los años treinta del siglo pasado hasta inicios del presente siglo. Las mujeres han vuelto esa “escuelita” su segunda casa y la cocina donde manufacturan los alimentos que producen, pero también su refugio.

Por fuera, la “escuela vieja” o “escuelita”, así se refieren a ella, parece a la usanza de las casas campesinas antiguas, con teja, ventanas y puertas rojas, muros con restos de tapia; pero un acercamiento a su interior exhibe la condición de añadido resultado de nuevos usos a lo largo de décadas. Ante la fachada se encuentra una virgen rosa y azul en una especie de gruta, en cuyas escaleras se sientan las mujeres a hacer una de las actividades que más les gusta: conversar.

En el muro frente a la virgen, hay un mural colorido con un colibrí entre montañas y flores de la vereda; el corredor lleva a un patio donde jugaron mujeres y hombres de varias generaciones –varias de las asociadas estudiaron ahí–, y que tiene una poceta que recibe agua de la quebrada y del acueducto. Los salones oscuros revelan sus años en los restos de tapia y los techos de distintos estilos y materiales; los viejos tableros han perdido su color y los pupitres que usaron estudiantes son reutilizados hoy por las mujeres como mesas de trabajo.

Se puede afirmar que fue en torno de la “escuela vieja” donde comenzó a formarse desde mediados del siglo XX el centro de la vereda San Juan, que se encuentra dentro de un pequeño valle donde convergen tres quebradas. Sucede allí lo que ha descrito Porto-Gonçalves (2009), es decir, el territorio naturaliza las relaciones sociales; como las quebradas que convergen, las personas abrieron caminos paralelos a estas y, siguiendo la ruta natural, confluyeron al centro por caminos que, como se describió en el apartado anterior, se han borrado o que se han desterritorializado.

Cuando a finales de los años treinta e inicios de los cuarenta, se levantó la “escuela vieja”, el entorno era de monte —“canelones, chiscales, helechogallineros y rastrojo”, como describe Rodrigo Zapata, único hombre que fue integrante de la Asociación de Mujeres; no había paso al municipio porque de por medio está la quebrada. Sin embargo, una lideresa, Amparo Zapata, y un campesino, se encargaron de tramitar y consiguieron que la Gobernación hiciera un puente. Esa gestión ha marcado un hito en la historia de la vereda por cómo integró el territorio físico al municipio, pero también como precedente del trabajo de las mujeres por San Juan. Amparo Zapata, como se relató en el capítulo anterior, fue la madre de dos de las fundadoras de la Asociación de Mujeres.

Abierto el paso, se instalaron una inspección y una sede del Instituto de Mercadeo Agropecuario (IDEMA); sin embargo, años más tarde, un alcalde vendió a un privado los terrenos que ocupaban y, a cambio, construyó una cancha deportiva que casi todo el año permanece abandonada.

Como relatan las campesinas, el entorno de la “escuela vieja” se fue volviendo un lugar de encuentro para la fiesta, la música, las galleras, el baile, la bebida y el juego, tanto para los habitantes de la vereda, como para los de Belmira, San Jerónimo y Sopetrán. Esto habla de un centro con alcance regional, donde geografía y cultura han acercado a una población que comparte su ascendencia étnica. Cabe recordar que la vereda y estos municipios albergan una población afrodescendiente. Una vez más, se halla que la geografía naturaliza las relaciones socioculturales, que en el territorio físico se han basado los habitantes de la región para fortalecer vínculos durante distintos periodos históricos. No obstante, hay que remarcar que la conformación de ese centro la originó la “escuela vieja”, de ahí que aparezca constantemente en los relatos sobre la transformación de la vereda a lo largo del siglo XX.

Mi papá nos contaba que esto lo donó un señor para que fuera escuela; era el abuelo de éstos (se refiere a los dueños de las de fincas del centro vereda) —cuando eso todas las propiedades eran de dos o tres o cuatro personas, cuatro mucho—. Ese señor dijo: “¿por qué no hacemos una escuelita allá abajo?” y entonces dio el terreno de nombre, de boca. Mi papá decía que cuando eso los hombres tenían una palabra muy grande. (M. Medina, comunicación personal, 25 de febrero, 2023).

La escuela comenzó con un único salón; en él tomaron clases varias campesinas del grupo, como Dora Pérez, que recuerda que luego construyeron otros salones para estudiantes, así como para la Acción Comunal, la capilla, la cocina y dormitorios para las maestras. Otros usos que tuvo la escuela fueron para los grupos de baile y teatro promovidos por la lideresa Amparo Zapata, y los Festivales del Recuerdo creados por jóvenes lideresas que a la postre fundaron la Asociación.

Sin embargo, así como adquirió usos, la “escuelita” perdió otros: a mediados de los años noventa, la iglesia católica abrió una capilla en una planicie a unos 500 metros del centro y, poco después, el centro educativo fue reubicado porque la creciente de la quebrada San Juan derribó un muro colindante. De tal modo que la “escuela vieja” quedó abandonada; en ruinas, terminó por ser

escampadero. Nunca el municipio propuso un nuevo uso. El encuentro social y regional que había activado la escuela en el centro, se redujo al consumo en las tiendas, pero remedando la plaza del pueblo, quedaron ahí los poderes tradicionales del Estado –representado en la nueva escuela donde permanecen izadas las banderas de Colombia y Antioquia–, la iglesia con su capilla y los grandes y medianos terratenientes que conservaron sus terrenos en el entorno de montañas.

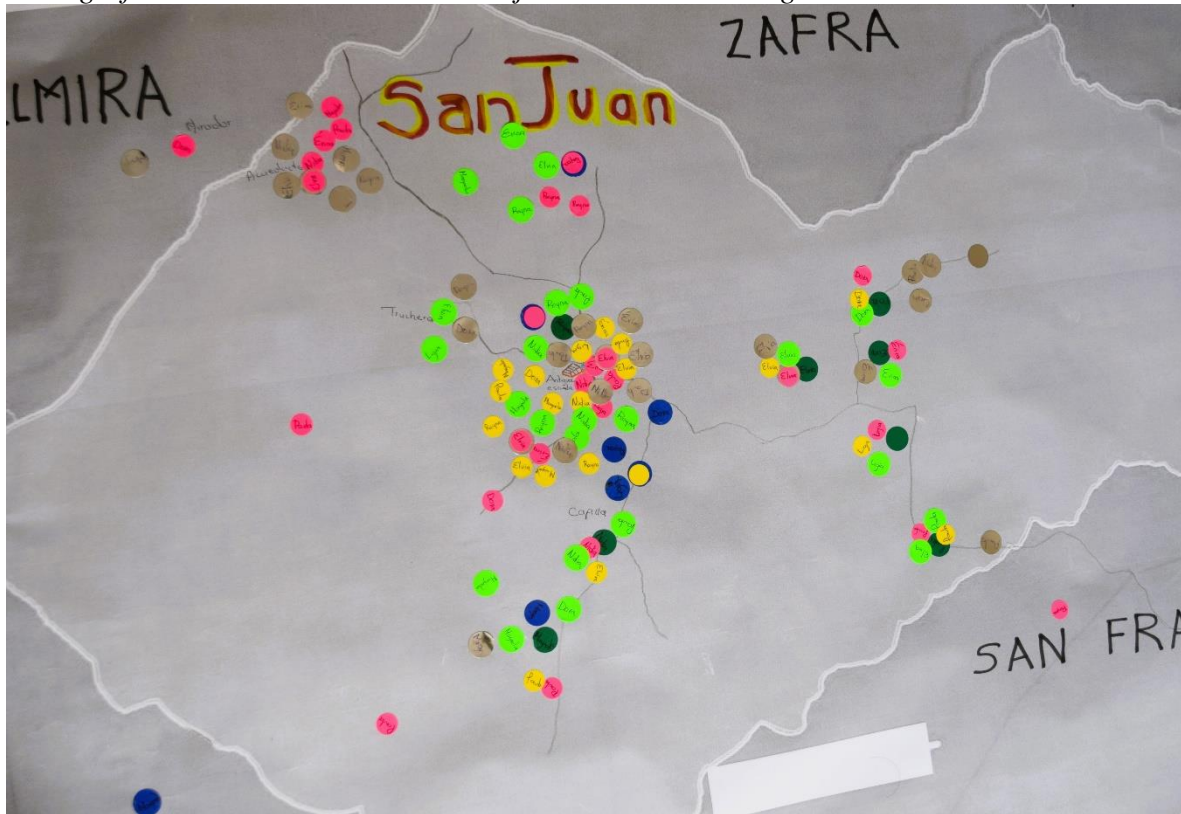
Aunque abandonada, la “escuela vieja” conservó sus sedimentaciones a manera de un palimpsesto (Corboz, 2004), cuyas capas contienen las huellas de varias generaciones que la ocuparon como lugar de enseñanza y encuentro. Hoy, las mujeres graban una nueva huella con su trabajo colectivo.

2.4.2 Activar el convite y producir territorialidad

Un ejercicio de cartografía social con las mujeres de la Asociación, con el objetivo de socializar sus relaciones con distintos lugares de la vereda San Juan, mostró que sus relaciones se concentran en el centro veredal.

Figura 3

Cartografía sobre la relación de las mujeres con distintos lugares de San Juan



Como se puede ver en la Figura 3, hay en el centro una coincidencia de colores que corresponden a relaciones de gusto (rosa), cuidado (verde claro) y encuentro (amarillo). Además de lo que históricamente representa ese centro, la coincidencia de gusto se ve reforzada por nuevas acciones en el lugar que ellas han activado, porque al identificar los espacios que prefieren en la vereda, aparte de sus casas, ubicaron la “escuela vieja” que rehabilitan, el invernadero donde han recuperado la agricultura, y la capilla.

De igual modo, al conversar durante el ejercicio, encontramos que en ese centro hay acciones que no les son posibles en otros lugares. Ahí pueden cultivar juntas, cocinar, aprender, participar en reuniones de los grupos organizados, proyectar la recuperación de la propia escuela, ir a un festival, bailar, conversar, encontrarse como comunidad, pero también tener un motivo para salir de sus casas.

Aunque la histórica relación con el centro se rompió una vez que la “escuela vieja” quedó abandonada, el proyecto de su rehabilitación derivó en proveerlo de la condición de refugio, en el sentido que describe Porto-Gonçalves (2009). En consecuencia, esto posibilita hablar de una

reconfiguración del lugar y una territorialidad que entraña un nuevo sentido de pertenencia (Escobar, 2010). Como lo expresa la campesina Reina Peña, se trata de “dar vida” a un centro comunitario donde tengan cabida “no solo los grupos organizados, sino toda la gente de la vereda”. Aún sin escritura pública, porque nunca se ha podido acreditar la propiedad o hallar en los archivos municipales registro de la donación, las mujeres han ejercido una apropiación colectiva.

Sin embargo, llegar a concebir un refugio solo fue posible tras años de activar formas de organización entre las propias mujeres, especialmente a través de la Asociación y, luego, de otros grupos, como el de la Tercera Edad, conformado también esencialmente por mujeres. En la memoria de las mujeres está muy afianzada la historia de cómo concibieron esta recuperación espacial y social. Fue una mañana, mientras caminaban; aquel momento tiene algo de fundacional, similar al día, a comienzos del milenio, en que tres mujeres idearon la Asociación. Elvia Medina lo relata de la siguiente manera:

El 31 de octubre (de 2021) nos pusimos de acuerdo para recuperar la “escuelita”: “Vamos a hacer ventas, a hacer empanadas, y vamos a recoger los ingredientes con donaciones; yo doy un kilo de papas o un kilo de maíz”. Desde esa fecha para acá hacemos empanadas y buñuelos; las vendemos al de la basura, al del bus, a las maestras, a todos; no se nos escapa nadie. Con esa plata que hemos recogido, compramos teja, tablilla, encerado, arena, clavos; pagamos el oficial y un ayudante, que es lo más costoso. Alguien de la comunidad nos donó 21 bultos de cemento; otro, seis metros de arena de revoque... La primera meta fue arreglar el techo y, luego, seguir con los salones. (E. Medina, comunicación personal, 20 de octubre, 2022).

Hay un acto que marca un antes y un después en la vida de la “escuela vieja”, se trata del ejercicio de apropiación por parte de las mujeres; es un proceso que representa el reconocer qué pueden hacer ellas en el territorio y reafirmarse por medio de este. Por lo tanto, la “escuela vieja”, como espacio de afirmación, define la formación de una nueva frontera cultural, una territorialidad en reacción a producciones hegemónicas que desconocen el poder de las acciones “basadas-en-el lugar” (Escobar, 2005, p. 90). Así, la territorialidad de las mujeres activó el lugar, las relaciones sociales y la recuperación de saberes.

Justamente, la práctica tradicional del convite, un saber campesino donde la comunidad ha reunido fondos para apoyar la construcción de la vivienda de un familiar o vecino, es el pilar del proyecto de restauración de la antigua escuela. Esto ha sido una suma de pequeñas acciones como rifas, recolección de donativos, preparación y venta de alimentos y festivales. En suma, se trata de un trabajo similar al de la agricultura: a largo plazo, pausado, con la participación de todas.

Asimismo, en la cocina de la “escuela vieja” las mujeres se reúnen para preparar los alimentos que venden para reunir fondos; dos terceras partes de lo recaudado por las ventas se destinan al fondo de ahorros para la escuela, lo demás cubre el pago de los ingredientes, y todas regalan el trabajo del día de ventas. Participan mujeres de distintas generaciones de todos los grupos organizados; nunca algún hombre ha ofrecido preparar; ellas expresan que los hombres resuelven su participación comprando o pagando por lo que consumen.

El proyecto ha dependido también de recolección de donativos, pero las mujeres tienen claro, como se mencionó en el capítulo anterior, que no pertenece a instituciones de poder político, religioso o económico. Martha Medina lo ve así: “Esto es de la comunidad, es un legado; el sacerdote puede pasar, el alcalde puede pasar, pero nosotras seguimos aquí”. Su testimonio habla de otra finalidad del proyecto, la de ser un legado que va más allá del presente, dado que es una noción de futuro. Y para Paula Hernández, el viejo edificio tiene un significado excepcional: “Ese es el único lugar que tenemos incondicional en toda la vereda”.

Además de preparar y vender los alimentos, y de recaudar fondos, las mujeres compran los materiales y contratan albañiles, investigan necesidades, presupuestos y programan los trabajos. En la rehabilitación avanzan de salón en salón; cuando concluyen una etapa, vuelven a reunir suficiente dinero para la siguiente. Otra vez, es un proceso similar al de la agricultura que practican en su invernadero: cuando cuentan con los recursos emprenden la nueva cosecha, en ese ejercicio del “saber práctico campesino” (Borda, 1981, p. 22).

No obstante, la importancia del espacio físico, el proceso ha significado una serie de logros intangibles. En primer lugar, se destaca la autonomía porque, como en ningún otro espacio antes, han asumido la toma de decisiones. Por otra parte, las mujeres han aprendido a construir acuerdos para acciones en el corto y largo plazo que incluyen la reflexión sobre el futuro que tendrá el espacio. Además, la recuperación física del espacio entraña recuperaciones simbólicas: de la memoria y del patrimonio cultural de la comunidad.

En esta suma de logros intangibles es necesario recordar que, antes de su trabajo, no ha habido ninguna forma de acción colectiva en la vereda, por eso la campesina Martha Medina considera que el “sueño nuestro de tener un lugar que sea propio, de la vereda, es histórico”.

Encontramos que la acción colectiva de las mujeres en este espacio tiene la doble condición de ser intencionada y estratégica hacia un objetivo común (García, 2007). Por consiguiente, han conseguido una cohesión que con ningún otro proyecto habían logrado las mujeres. Ahora tienen un lenguaje común y han conformado un sueño colectivo, un espacio comunitario.

A partir de lo anterior, consideramos tal proceso como potencial modelo en el país para la recuperación y reutilización de inmuebles rurales escolares en desuso, sin protección, cuyo destino aparece a merced del tiempo. Aunque la escuela quedó abandonada como ruina, las campesinas han entendido que el valor del inmueble está tanto en lo físico como en la memoria, como valor inmaterial. En reacción al destino de desecho, la “escuela vieja” es reciclada-reusada-revivida por las mujeres que retoman viejos usos, como la enseñanza y la fiesta, y, derivado de estos, traen nuevos sentidos, como la producción de alimentos, la capacitación, la conversación y su activación como espacio público, sin muros ni cercas ni dueños, en oposición a territorios de la propia vereda que se cierran y privatizan cada vez más.

Aunque las pequeñas acciones de las mujeres aparecen alejadas de la lógica del consumo, porque se trata de acciones que resultan ingenuas ante el despropósito del consumo global, se entiende esta territorialidad de las campesinas dentro de lo que Escobar (2005) concibe como “prácticas basadas-en-lugar”, que deben comprenderse en sus propios términos y no en los términos con los que la modernidad los concibe. Por ello, Escobar (2015) propuso considerar la “condición de posibilidad” (p. 33) que, como se ha entendido en esta investigación, se trata de la necesidad de reconocer la importancia de los procesos y no solo los resultados de las acciones.

2.5 Conclusiones del Capítulo 2

Durante esta investigación se descubrió que en la vereda San Juan las mujeres campesinas organizadas han emprendido territorialidades que permiten hablar hoy de formas de reconfiguración de su lugar de asentamiento. Estas territorialidades han sido activadas principalmente por las mujeres, como reacción a un proceso de desterritorialización de origen económico de la comunidad.

Con esto se demuestra que el territorio entraña relaciones de pertenencia y acción, una “condición de posibilidad” más allá de unos límites geográficos impuestos. Condición o territorio de acción desde donde se posibilita construir el proceso de reivindicación para las mujeres de la Asociación frente al proceso de desterritorialización agravado por formas de explotación de la tierra asociadas a la lechería, que también impactaron socialmente sobre la vida de la población de San Juan.

En ese territorio, la introducción de la economía lechera como modelo hegemónico, a partir de los años setenta, produjo una desterritorialización cuyas pérdidas aún se advierten. En primer término, fueron las pérdidas de flora y fauna causadas por la quema de bosques para abrir potreros y, en segundo lugar, pero no menos importante, fue la progresiva pérdida de la agricultura.

La disminución casi total de la agricultura generó múltiples consecuencias que la etnografía con las campesinas permitió comprender; por ejemplo, el desempleo entre los agricultores con profundas afectaciones a sus familias; los campesinos se vieron presionados para participar en una producción lechera para la cual carecían de la tierra y los recursos, o para emplearse en el ordeño.

Asimismo, la teoría mostró que los procesos de desterritorialización abren desequilibrios producidos por quienes detentan las formas de control y poder. En ese sentido, se advirtió que la economía lechera hegemónica dejó desprotegidos a los campesinos quienes, entonces y ahora, no pueden competir con terratenientes tradicionales que cuentan, además de la tierra, con los medios para adquirir más cabezas de ganado y tecnología con lo que alcanzan niveles de rentabilidad que no son posibles para los campesinos.

Por otra parte, una vez que los campesinos entraron a participar en la lechería, no hubo más mano de obra para el trabajo, y la práctica agrícola, que era determinante en sus economías de subsistencia, se relegó a las huertas. Entonces fueron las mujeres quienes mantuvieron la práctica agrícola.

De igual modo, la devaluación de la práctica agrícola, entendida como la pérdida de su valor no solo monetario, implicó la pérdida de saberes campesinos relacionados con la tierra y relaciones de intercambio social, como la mano prestada y el trabajo entre familias en el campo.

A la par de que la ganadería transformaba el paisaje, transformaba las relaciones sociales; por lo tanto, hubo menos montes una vez que se abrieron potreros, menos cultivos y se borraron caminos con lo que se limitaron las rutas de paso a los campesinos. En consecuencia, las transformaciones físicas impactaron socialmente dicho espacio. Lo que vino entonces fue un

paulatino proceso de privatización, seguido de individualización, mayor diferenciación social y desigualdades.

Otra de las consecuencias de esta desterritorialización de la ganadería-lechería es que relegó todavía más a las mujeres, que en esa producción tienen todavía menores opciones de empleo, y cuyo trabajo en el campo, tradicionalmente, se ha invisibilizado.

En reacción a esta desterritorialización, se encontró que la acción colectiva, organizada y de toma de poder de las mujeres ha generado procesos de territorialidad, activados en el centro de la vereda, lugar que concentra las representaciones de los poderes económico, religioso y estatal, pero también el lugar de la vida social. Las mujeres llevan los saberes y prácticas de la agricultura hacia formas de trabajo social y a los procesos de territorialidad.

En primer lugar, a través de su invernadero, las campesinas expresan una resistencia ante el modelo hegemónico que desvalorizó la agricultura. En ese sentido, han recuperado el trabajo agrícola como alternativa laboral y productiva, así como relaciones tradicionales vinculadas a la agricultura. Por lo tanto, se puede decir que la de ellas consiste en una territorialidad que emerge desde la resiliencia que, desde un espacio veredal estratégico, transmite un mensaje del poder de las mujeres, el cual expresa que ellas también son portadoras del saber agrícola, de convencimiento de que la agricultura constituye una opción para sus familias y de que las producciones únicas, hegemónicas, han roto un equilibrio en el territorio.

En segundo lugar, y también de manera estratégica en el centro de la vereda, las mujeres han iniciado una territorialidad en la “escuela vieja”, una ruina rural que recuperan apoyadas en formas tradicionales de solidaridad campesina. A su vez, esta territorialidad ha activado la acción social de las mujeres organizadas y, más allá, constituido redes de trabajo con otros grupos organizados.

En ese orden de ideas, la territorialidad en la “escuela vieja” representa la recuperación de un espacio físico y de una memoria; es decir, se trata de un patrimonio histórico porque fue en torno de ese inmueble como se configuró un centro veredal a partir de los años cuarenta del siglo pasado. Este espacio constituye así un palimpsesto donde se advierten las huellas que la geografía y la sociedad han generado.

Es mediante la recuperación de este espacio como se activa otra territorialidad relacionada con el territorio imaginado que nos muestra cómo desde este proyecto, aún en construcción, se hace real a un territorio imaginado y se recupera el sentido de refugio que entraña el territorio.

Por lo tanto, este sueño de las mujeres de conformar un centro comunitario, sin cercas, marca distancia con todos los poderes tradicionales y, en un hecho inédito en la vereda, emerge de la acción social. En ese sentido, esta territorialidad implica la recuperación, el reciclaje y la construcción de nuevos sentidos a espacios que son ruinas rurales. Por ello, se consideró que este es un modelo comunitario para la recuperación de ruinas rurales en Colombia, en particular inmuebles públicos en desuso.

Asimismo, el ejercicio de la territorialidad muestra un sentido de pertenencia nuevo, activado desde el conocimiento y la reflexión sobre los desafíos que tiene su territorio. De tal modo que esa nueva forma de pertenencia permite encontrar una lealtad. Así, se situaron estas territorialidades de las campesinas como procesuales; por ello, se requiere comprenderlas como nuevas formas de posibilidad, bajo sus propias reglas y parámetros. Sus territorialidades son procesos en construcción que se han ido consolidado, a veces de forma lenta y con tropiezos, pero posibles a partir del reconocimiento del potencial de su acción social.

Uno de los desafíos del país está en el tema del territorio. Al igual que es urgente saldar la deuda histórica con sus campesinas y campesinos, Colombia necesita impulsar para sus territorios procesos de territorialidad que partan de los propios ciudadanos, sin estar atadas a controles institucionales y/o hegemónicos, pero con posibilidad de acción social y que puedan participar en la reconstrucción del tejido social de las comunidades y de los territorios marcados por la desterritorialización de las economías extractivas.

Por otra parte, existen serios desafíos en este territorio que son necesarios tomar en cuenta. Las alertas en torno a los efectos de formas de producción hegemónica como la ganadería-lechería todavía no han hecho eco entre los dueños de la tierra, que paradójicamente han ido cediendo espacios a la agroindustria, como es notorio en otras áreas del municipio. Aún con riquezas hídricas, San Juan se enfrenta a un futuro donde la demanda por el agua requiere alerta de las comunidades y una administración pública municipal que conserve los montes y que tome decisiones que no comprometan el futuro de las comunidades.

Capítulo 3. Las identidades de la mujer campesina

La pregunta por la identidad atraviesa esta investigación desde el acto inicial por parte de las mujeres de autonombrarse como Asociación de Mujeres Campesinas y Negras de la vereda San Juan, hasta el proceso de construcción de una identidad colectiva. En ese sentido, este capítulo se centra en esa transformación identitaria que, como se pretende demostrar está interrelacionada con el ejercicio de la acción colectiva.

En primer lugar, se toman las definiciones y propuestas en torno de la identidad, así como conceptos para comprender las identidades genérica o heredada, y la colectiva. Posteriormente, a partir de la etnografía, se plantean los procesos de transformación entre una identidad heredada hacia identidades elegidas, que nombran atributos culturales e incorporan roles. Finalmente, se revisa este proceso de reconstrucción de la identidad hacia el escenario colectivo, que, particularmente en este caso de estudio, se encuentra aglutinada a partir del género.

3.1 Las transformaciones identitarias. Marco conceptual

Uno de los comentarios que se escucharon entre las mujeres de la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras de la vereda San Juan desde los primeros encuentros se refería a la necesidad de saberse presentar públicamente, cómo construir esa narrativa de sí mismas y contar su propia historia; es decir, tener un relato acerca de quiénes son. Estas son inquietudes que, aun sin utilizar la “identidad” como concepto, están mostrando un proceso de reflexión y autoconciencia acerca de sí mismas y en relación con las otras mujeres de San Juan.

En ese orden de ideas, se partió de que, más allá del nombre de la Asociación, el autorreconocimiento y la emergencia como “grupo de mujeres” —resaltamos aquí esa frase con la que la campesina Magnolia Londoño autodescribe a su organización— son los que les han permitido ir constituyendo una identidad colectiva.

Como propone Conger Lind (1994), es “a través de la construcción de una identidad colectiva como las mujeres han llegado a sentar una posición en contra de varias formas de poder presentes en su vida cotidiana” (p. 222). Siguiendo con esta autora, las identidades colectivas, al impugnar poderes y marcos de referencia, están proponiendo nuevas representaciones del género. Por tal motivo, en este capítulo se propone mostrar cómo la construcción de una identidad

colectiva, que está soportada en el género, ha hecho posible la transformación de las identidades asignadas o tradicionales de las mujeres y, en consecuencia, de las relaciones de poder y en torno del género en la comunidad.

Cabe recordar que en la introducción se aludió a la identidad como el proceso por el cual individuos o grupos se autorreconocen a partir de unos atributos culturales que los diferencian de los demás. De acuerdo con Giménez (2005), desde la pertenencia es como se ejerce la apropiación de distintos atributos culturales: grupo social, territorio, edad, género, etnia y colectivos sociales. En ese sentido, se halló que, en ese primer gesto de autonombrarse, este grupo de mujeres recuperó una serie de dimensiones culturales. No obstante, su proceso de integración, acción social y diferenciación se ha basado en el aglutinamiento desde el género, como se explicará con base en la etnografía.

Ahora bien, la literatura muestra que la identidad de los sujetos se asigna, en primer lugar, desde una clasificación genérica: “Las referencias y los contenidos genéricos son hitos primarios de la conformación de los sujetos y de su identidad” (Lagarde, 2014, p. 586). Como contenidos genéricos entendemos entonces los roles, espacios, discursos, acciones y formas de comportamiento que cada grupo social asigna a las personas de acuerdo con su sexo. Coincidimos con Lamas (1999) en que la identidad genérica es una construcción cultural: “la identidad genérica se construye mediante los procesos simbólicos que en una cultura dan forma al género” (p. 165).

Sin embargo, esa identidad genérica, al tiempo que ha sido definitoria de roles y lugares, ha constituido relaciones de poder y control (Scott, 1996). En el sistema social en el que se formaron las campesinas, con quienes se realizó esta investigación, la casa ha sido el lugar que a las mujeres les correspondería –lugar que incluso fue de encierro y espera, según algunos testimonios–, y el rol que ahí desempeñan es el que acoge el eufemismo de “amas” o “señoras de la casa”; mientras que a los hombres les correspondería el espacio público y su rol de proveedor.

La anterior descripción de este sistema social en el que se formaron las mujeres de San Juan muestra, como ha escrito Scott (1996), que el género “es un elemento constitutivo de las relaciones sociales, basadas en las diferencias que distinguen los sexos” pero también “una forma primaria de relaciones de poder” (p. 289). Por lo tanto, en ese sistema de asignaciones genéricas, el control de la economía y de las decisiones lo ha tomado el hombre, visto como figura proveedora, lo que representa la concentración del poder. No obstante, la consecuencia de este sistema ha sido una subordinación de las mujeres. De manera más específica, Castellanos (2003) permite entender el

género como un sistema que es particular a cada sociedad y, también, a un momento específico. Esta autora define al género del siguiente modo:

[...] El sistema de saberes, discursos, prácticas sociales y relaciones de poder que dan contenido específico al cuerpo sexuado, a la sexualidad y a las diferencias físicas, socioeconómicas, culturales y políticas entre los sexos en una época y en un contexto determinados. (p. 48)

De tal modo que establecer cuál es ese sistema de saberes, prácticas y relaciones en que se formó la identidad genérica de este grupo de mujeres de la Asociación posibilitará abordar los procesos que vivieron después al reconocerse, transformarse y asumir otras identidades que replantean relaciones de género.

Ahora bien, al plantear un abordaje de la transformación de la identidad tradicional de las mujeres hacia una identidad colectiva se busca puntualizar que esa construcción de una identidad colectiva no es inmediata, sino que es procesual. Se encontró que se trata de un proceso porque al tiempo que estas mujeres construyen una identidad colectiva perviven en sus subjetividades aquellas identidades heredadas y tradicionales. Al respecto, Fawaz y Soto (2012) describieron como “hibridación identitaria” (p. 249), a esta convivencia, hasta cierto punto contradictoria, de lo moderno y lo tradicional, de nuevos modelos y de figuras del pasado idealizadas. En el mismo sentido, Vargas (2008) se refería a esa situación de “sumisión y rebeldía” que caracteriza el proceso de autonomía de las mujeres organizadas (p. 272). Esta investigación se ha apoyado en lo señalado por estas autoras para plantear que en los procesos de transformación y autorreconocimiento identitarios surgen espacios de aparente contradicción y que los cambios no son totales sino parciales, pues además como se mencionaba anteriormente, los intereses y finalidades de estas mujeres al interior de la Asociación no son homogéneos, es decir, estamos frente a un escenario comunitario que se construye desde las subjetividades y contextos sociales y familiares diferentes.

Por otra parte, se interpreta la identidad colectiva como un proceso porque se encuentra que, entre este grupo de mujeres, la decisión de asociarse detona nuevos roles en cada una. Por consiguiente, estos nuevos roles posibilitan hablar de una identidad como “multiplicidad” (Villarreal, 2004, p. 102), puesto que al autoasignarse otros roles se han fortalecido sus identidades individuales (Giménez, 2005). Sin embargo, es cuando esas individualidades se integran en una

organización social y, por consiguiente, hallan un sentido de acción en esa organización; cuando podemos hablar de la construcción de una identidad colectiva. Hay que recordar que, en el primer capítulo, al referirnos a la organización y la acción social, agrupamos este proceso de las mujeres en tres movimientos: salir de sus casas, elegir un nombre que las aglutina y actuar de manera colectiva.

Por lo tanto, una identidad colectiva se forma cuando las personas –para los términos de esta investigación nos referimos a este grupo de campesinas– definen un propósito común hacia el cual dirigen su acción (Giménez, 2005). Sobre esto, Melucci (2010) definió la identidad colectiva del siguiente modo:

[...] un proceso mediante el cual los actores producen las estructuras cognitivas comunes que les permiten valorar el ambiente y calcular los costos y beneficios de la acción; las definiciones que formulan son, por un lado, el resultado de las interacciones negociadas y de las relaciones de influencia y, por el otro, el fruto del reconocimiento emocional. (p. 66)

Precisamente, Melucci (2010) enfatizó esa noción procesual de la identidad colectiva porque esta depende siempre de la negociación y de la activación repetida de las relaciones; más aún, Giménez (2005), al caracterizar la identidad colectiva, advirtió que esta no es homogénea. Esto explica cómo uno de los desafíos para construir la identidad colectiva estriba en la diferencia de sus integrantes, si bien comparten y se aglutinan en torno a unos atributos, en lo que se refiere a esta investigación, se encuentra precisamente con un grupo aglutinado a partir del género, así como de la afrodescendencia, su territorio y el grupo social campesino, pero también se advierten diversidades etarias, así como de trayectoria y participación en la Asociación, por lo que sus expectativas, sueños y horizontes no necesariamente son homogéneos.

Finalmente, mientras que Giménez (2005) consideró que las identidades colectivas carecen de conciencia y psicología, puesto que se constituyen en “sistemas de acción” (p. 9), Yáñez (1997) sí atribuyó la autoconciencia a la identidad colectiva e incluso señala que “se podría definir la identidad como la capacidad reflexiva de producir conciencia de la acción” (p. 31). A partir de este autor, en esta investigación resaltamos que desde la toma de conciencia y la reflexión por parte de

este grupo de mujeres es como se negocian, se asumen decisiones y construyen acciones, pese a las diferencias entre ellas.

3.2 La identidad heredada. La mujer de la casa

Se planteó que las campesinas organizadas de San Juan han incorporado a sus vidas otras identidades en cuanto a roles, pertenencia y acción social. Sin embargo, asumir nuevas identidades no implica que sea sencillo transformar una identidad genérica; esto se relaciona con que esta identidad es una “construcción cultural” (Lamas, 1999, p. 165), que se aprende a partir de “estereotipos” (Lagarde, 2014, p. 588), y se vive en los ámbitos de la casa, la iglesia y los lugares relacionados con el consumo y la economía referida a la subsistencia y el cuidado que por costumbre se han reconocido como escenarios de roles de las mujeres. En esa medida, se propuso analizar, desde esos ámbitos, el “sistema de saberes, prácticas y relaciones” (Castellanos, 2003, p. 48), en que se formó la identidad genérica de este grupo.

Como resultado, se descubrió que las casas de las campesinas son el escenario que concentra sus relaciones, emociones, trabajos y, también, roles asignados a un espacio privado o doméstico. Por su parte, Lagarde (2014) afirmó que “casa y mujer conforman así la unidad indisoluble mujer-casa en la cual no se sabe dónde comienza una y dónde acaba la otra” (p. 266). Por consiguiente, entre este grupo de campesinas de San Juan se observa que la imagen de sí mismas que reviste sus casas, a partir de las fotografías, está integrada por los hitos de la familia, las ceremonias y los cumpleaños, pero también por los diplomas de grados que ellas han alcanzado, sueño que hicieron posible al integrarse a la Asociación.

Para este grupo de mujeres, como lo confirmaron en las entrevistas y talleres en grupo, la casa figura entre sus lugares preferidos de la vereda; las razones por las que les gusta más son porque representa un refugio, porque recoge sus historias y también por pertenencia. No obstante, al hablar de sus vidas, las mujeres expresan otras connotaciones en la relación mujer-casa, como lo relata una de las campesinas:

Las costumbres son raíces y son algo fuerte. Yo no culpo a mi padre; a él lo criaron así, pero la mujer no podía salir, era solamente un yugo. Cuando nosotras éramos jóvenes había mucho machismo, y todavía lo hay, bastante, bastante. A los 17 años me decía la abuelita:

“Mija, el matrimonio es muy duro; la mujer es de la casa y el hombre es de la calle”. Si uno al marido le decía: “Déjame ir donde mi mamá”, él, ese poderío de hombre, de macho de la casa, se plantaba así: “Es que yo soy el que mando”. (M. Medina, comunicación personal, 11 de octubre, 2022).

El relato donde Martha Medina cita a su abuela, que con palabras similares se registró en los testimonios de otras campesinas de San Juan, da cuenta de cómo ellas crecieron bajo un discurso que definía la ocupación de los espacios privado y público de acuerdo con el género. De manera similar, se halló que persisten huellas de una ideología patriarcal que apela a las tradiciones o al rol de mujer-madre para reforzar la noción de pertenencia de ellas a la casa, como ha descrito Lagarde (2014). En consecuencia, esas tradiciones se interpretan a menudo como inamovibles y se valoran de forma afectiva al provenir de la figura paterna. No obstante, el peso que tiene el discurso paterno, las mujeres, desde el presente, revisan ese pensamiento.

Pero, además, el testimonio de Martha Medina habla de otra situación con la que ellas crecieron: la obligación que tenían las mujeres de pedir permiso a los hombres para salir del espacio privado y acceder al espacio público. Como propone Villarreal (2004), la casa no solo es el lugar donde se aprende el discurso de género, sino las jerarquías. Tanto el control de los espacios como la relación de dependencia frente al hombre como autoridad marcan una condición de subordinación de las mujeres. En efecto, se trata de un sistema en el cual las mujeres de San Juan, pero también los hombres, construyeron sus representaciones sobre el género, es decir, ahí configuraron su primera identidad.

El siguiente testimonio también refleja otras de esas diferenciaciones genéricas determinadas desde la casa:

La mujer de ayer era como más temerosa porque los hombres de antes como que lo apabullaban mucho a uno, no lo tenían a uno sino como pa' estar en la casa, encerrada y uno no se atrevía a desobedecer. Yo me casé, me vine a hacer mi vida, cocinando y llevando almuerzo pa' todas partes; a las mujeres nos tocaba todo lo de la casa; cuando los hombres se levantaban uno ya les tenía el desayuno, y se iban a trabajar; uno pilaba y les llevaba almuerzo y mazamorra de sobremesa; ¿cómo se sentaba uno sabiendo que había que ir a llevar almuerzos a tales horas? Me acuerdo que si uno llegaba después de las 12, ahí mismo

le decían: “Esta no es hora del almuerzo”; le hacían dar pena a uno. Por la noche, uno se acostaba cansado de tanto correr. Pero la mujer de ahora ya voló; mostró que sí es capaz de mucha cosa. (L. Barrientos, comunicación personal, 26 de octubre, 2022).

Este testimonio habla de cómo muchas de estas mujeres, en sus casas, vivieron esa condición que escribe Lagarde (2014), la de ser seres “para otros” (p. 63), en el rol de madres, esposas o hijas, porque, además, el destino que, como ellas dicen, les “tocaba” en sus casas no permitía que consideraran ocupar otros espacios y roles. Pero también este testimonio establece ya un contraste que hace la campesina Ligia Barrientos entre aquella campesina temerosa y obediente, y la mujer de hoy. Es decir, en esta diferenciación que describe Ligia se identificó una evaluación crítica que otras comparten sobre las percepciones que se tienen de la mujer.

Por otra parte, la casa ha sido una metáfora del control patriarcal. No obstante, se identificó la distancia reflexiva que establecen algunas de estas mujeres con sus propias vidas o las de sus madres, otras todavía escuchan de sus parejas propuestas de darles el dinero que ganarían en un día de trabajo en la Asociación, a cambio de que no salgan de sus casas; en tanto, existen jóvenes de la vereda que no han ingresado a la organización porque sus esposos se los impiden, bajo el argumento de que hacerlo significaría descuidar a los hijos. En consecuencia, esto muestra cómo persiste ese discurso de la mujer como ser de otros que es central para el patriarcado.

Pero además de lo que sucede en las casas, los discursos de control o de invisibilización de otras formas de ser mujer están presentes también en la iglesia católica. En la fiesta de San Juan, que reúne cada año a finales del mes de junio a buena parte de la comunidad en la capilla, el sacerdote en cuestión, al referirse a las mujeres, repite: “Pedimos por las amas de casa”. No existe, desde la perspectiva católica, otro lugar para la mujer y tampoco otro modelo de mujer, sino el de “la virgen María, la criatura más perfecta de la creación”. Por lo tanto, la iglesia es otro lugar de silenciamiento acerca de las otras identidades que las mujeres han construido.

A partir de esta referencia en el discurso del párroco, se podría señalar que existiría, más allá de la familia, una estructura social donde se determinan y reiteran, a través de múltiples recursos, como los sermones religiosos, los roles y espacios a la mujer. Sobre esto, Lerner (1990) recuerda que el patriarcado no es solo la manifestación de un dominio masculino sobre las mujeres, sino su institucionalización hacia la sociedad en general.

Precisamente, esa institucionalización se evidencia también en el sistema económico hegemónico de la lechería donde no existen opciones para el trabajo de las campesinas. Asimismo, se evidencia, a través del discurso, la descalificación de los saberes de las mujeres como agricultoras de su invernadero o como productoras de alimentos. En consecuencia, estas son formas de la histórica invisibilización del trabajo de la mujer campesina (Narotzky, 1996; Díaz, 2002). Por tal razón, esta investigación comparte con Meillassoux (1977) que la causa por la cual se minimiza el estatus de la campesina como figura productiva tiene su origen “en la adscripción de su trabajo al circuito doméstico” (p. 113). Como respuesta, esto conduce otra vez a la casa como espacio ordenador de las relaciones, roles y formas de poder que se institucionalizan en todos los ámbitos de la vida social. Por tal motivo, la resistencia del grupo de mujeres con quienes se realizó esta investigación se está ejerciendo la mayor parte del tiempo y defendiendo tanto en el mundo doméstico, como en el espacio público.

Es preciso recordar que, antes de asociarse, unas cuantas mujeres iniciaron de forma individual la ruptura de esa relación de exclusión de la campesina productora al introducir, paulatinamente, prácticas como las que se recuperaron en el primer capítulo de la lideresa Amparo Zapata que recogía productos que hacían las mujeres y los llevaba a vender a otros lugares; esa acción y las de otras campesinas con pequeñas producciones porcícolas o aviares, se sitúan aquí como un reclamo para salirse del lugar marginal de las mujeres como figuras productivas. Por lo tanto, la importancia de esas acciones estriba además en que son un hito y referencia en la historia sobre la que se construyó la Asociación. Sin embargo, será a partir de su integración al interior de su organización cuando las campesinas asuman identidades múltiples.

3.3 Hacia las identidades elegidas

De acuerdo con Yáñez (1997), las crisis ponen en evidencia la identidad. En la vereda San Juan, a finales del siglo pasado y comienzos del nuevo milenio, la desigualdad, la concentración de la economía en la ganadería-lechería que relegó otras formas tradicionales de economía campesina, así como la carencia en el municipio de espacios de formación de actores políticos y la invisibilización de grupos sociales como el de las mujeres, evidenciaron la crisis de un modelo económico y político.

En ese contexto de desequilibrio social y económico, se fundó a comienzos de milenio la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras de la vereda San Juan. Por ende, su proceso, como reacción a unas condiciones de desigualdad y de carencia de espacios para la acción social, evidenció la necesidad de transformar una identidad heredada. En ese sentido, la emergencia de las mujeres reclamaba una nueva identidad, aunque ellas no lo expresaran exactamente en esos términos.

No obstante, transformar una identidad implica buscar y hallar formas de diferenciación. Para Giménez (2005), mediante la autoasignación de atributos culturales es como las personas establecen procesos de diferenciación, que conforman nuevas identidades. Es así como en 2002, cuando se constituye la Asociación, las mujeres que la fundaron partieron de la definición de unos límites que se expresan tanto en el acto de separarse para activar un proyecto económico para ellas, como en el acto de autonombrarse con base en dimensiones de su historia y cultura. De modo que esa diferenciación abrió la transformación hacia unas identidades múltiples (Villarreal, 2004) o, en palabras de León (1995), configuró nuevas perspectivas de identidad femenina en el panorama social.

En ese orden de ideas, se hallaron diversos procesos paralelos en torno de la identidad de este grupo de campesinas: por una parte, las identidades vinculadas con nuevos roles productivos, por otra parte, la identidad que visibiliza dimensiones culturales como la etnicidad y, finalmente, la construcción de una identidad colectiva soportada en el género. A continuación, se ahondará en estos procesos.

3.3.1 Nuevos roles como marcadores de identidad

Como se mostró en el Capítulo 1, a las mujeres de la Asociación las unió inicialmente el reconocimiento de unas necesidades económicas y laborales, así como la carencia de espacios de producción y acción más allá de la casa. Por tanto, su punto de partida se advierte en el siguiente testimonio de la fundadora Nubia Barrientos:

Lo que hicimos primero era para las madres, para que fueran agricultoras, y hacer algo laboral con la siembra de verduras, de hortalizas y todo eso; luego nos enfrascamos en la capacitación; eran muchas capacitaciones. Que fuera un trabajo, y que como mujeres

tuviéramos un pesito para sacar nuestros hijos adelante. Ya después todas vendimos, conseguimos el terreno del municipio y se puso el invernadero; y conseguimos un recurso y se compró la maquinaria para los chorizos. (N. Barrientos, comunicación personal, 5 de octubre, 2022).

Este testimonio nos habla sobre cómo las mujeres identificaron una serie de problemas y soluciones; es decir, estas formularon un diagnóstico que es inherente al proceso de construir una organización social como ha señalado la literatura (Torres, 2002). Sin embargo, el testimonio de Nubia Barrientos muestra también cómo las mujeres comienzan a adoptar nuevos roles, que habrán de perfilar identidades múltiples como propone Villarreal (2004). En estos nuevos roles toman elementos de la historia –los saberes agrícolas campesinos y la producción de alimentos–, pero también adhieren otros componentes relacionados con la acción social (Giménez, 2005).

Es a partir de esa toma de nuevos roles como hoy las campesinas se autodescriben bajo diversas identidades: Magnolia se define como empresaria, lideresa y agricultora; Paula, como lideresa y mujer rural; Dora, como lideresa y cuidadora; Elvia, como empresaria, agricultora, trabajadora por la comunidad y campesina; Reina, como lideresa en todos los grupos organizados y trabajadora por la comunidad; Tatiana, como trabajadora en restaurantes y campesina; Érica, como lideresa y gestora; Nidia, como empresaria de alimentos, agricultora y campesina; Ligia, como campesina y asociada.

En el anterior conjunto de roles tomados por las campesinas, se determinó que muchos están vinculados a la producción que, como hemos dicho, históricamente no se les ha reconocido su papel dentro de la construcción de sociedad (Meillassoux, 1977); su diversa participación productiva, a su vez, les ha permitido situarse en el rol de proveedoras que histórica y socialmente se ha reservado para el hombre. Por lo tanto, ser proveedoras –todavía con limitaciones de tipo económico– significa haber participado en la toma de decisiones, lo cual lleva a encontrar ejercicios de negociación al interior de sus familias. El siguiente testimonio muestra ese proceso:

Cuando iba a entrar a la Asociación le conté a mi esposo: “Pero sepa y entienda que en esa Asociación yo tengo que estar allí y allá”. Él ya sabe que es lo mío y que me gusta. Como tengo mis entradas, como ya nosotras somos empresarias, ya le aviso que voy, nunca le pido

permiso. Con que deje el destino listo... ¡Uno cómo se va a ir y no les deja nada si ellos están trabajando! (M. Londoño, comunicación personal, 11 de octubre, 2022).

Como los testimonios del apartado anterior permiten evidenciarlo, las campesinas crecieron en un contexto donde debían pedir permiso al hombre. Por tal razón, esta negociación que han impulsado configura una transformación en las jerarquías en relación con el género. No obstante que la mujer no ha dejado de ser la reproductora social, sus negociaciones para salir del espacio privado y participar en el espacio social han abierto un campo de decisión que antes no tenían. Pero, al mismo tiempo, el fortalecimiento del trabajo de las mujeres en el mundo público ha ido modificando las relaciones al interior del privado, aunque es importante recalcar que es todavía paulatino. Al final de este capítulo se abordará esta reconfiguración de las relaciones de género en la vida de las mujeres.

Ahora bien, se busca recalcar que, además de su emergencia en el mundo productivo, las mujeres han hecho de la capacitación un medio para esa reconfiguración de sus identidades. Hay que recordar que, desde su fundación, la Asociación ha promovido la realización de cursos para ellas e, incluso, para toda la comunidad. Justamente, la capacitación para adultos fue algo que ellas llevaron a la comunidad. Por consiguiente, se considera aquí que de esta forma las campesinas de San Juan han convertido el ejercicio de aprender en un recurso para su crecimiento personal y colectivo en prácticas productivas, pero también en derechos humanos, gestión y liderazgo. Una de las campesinas lo sintetizó de esta manera:

“¿Pa’ qué estudia una mujer?, ¿pa’ tener hijos”, decía mi papá. Yo le agradezco a los profesionales, y a la Asociación, porque cuando comenzaron a venir, uno conoció sus derechos. Yo tengo derecho a aprender; yo soy capaz de hablar. Las mujeres, como ya aprendimos, ya tenemos argumentos para decir en la casa: “Voy a ir a la Asociación”. (M. Medina, comunicación personal, 11 de octubre, 2022).

Por lo tanto, la capacitación, como muestra este testimonio, les ha brindado a las campesinas herramientas no solo para ser productoras, sino para ser actrices sociales que reconocen y demandan sus derechos. Pero, además, para este grupo de mujeres el ejercicio de capacitarse ha sido un medio para el fortalecimiento de sus identidades individuales, como lo muestra el caso de

tres campesinas mayores que, una vez que se integraron a la Asociación, concluyeron los estudios que habían abandonado cuando se casaron. Dora Pérez relata la experiencia subjetiva de cómo vivió esto:

Tres de las que estábamos en la Asociación nos metimos a terminar el bachillerato en un ciber colegio; cuando hicieron la convocatoria, lavando en esa pocetica, yo pensaba: “¿Sí seré capaz?” Los hijos decían: “Amá, qué rico”; el papá de ellos me criticaba, que pa’ qué uno tan viejo. Yo respondía que pa’ trabajar no; pero que era pa’ mí, pa’ mis hijos y mis nietos. (D. Pérez, comunicación personal, 5 de octubre, 2022).

La capacitación de las campesinas, además de que ha sido un instrumento para su empoderamiento (Villarreal, 2004), ha contribuido en el proceso de reconocimiento de sus necesidades y derechos, ha abierto campos de acción política y fortalecido la subjetividad, autoconciencia y autoestima, lo cual tiene una carga emocional muy profunda entre ellas.

De manera que, para la transformación identitaria de las campesinas, estas se han apoyado en procesos productivos, de negociación y capacitación, pero además han incorporado el atributo cultural étnico, que se aborda en el siguiente apartado.

3.3.2 Identidad afrodescendiente

Al formarse, la Asociación nombró dimensiones culturales que habían sido tomadas en cuenta de manera desigual en la vereda o que sencillamente no existían con su especificidad, como género, grupo social, territorio y etnia. El proceso de autorreconocimiento de su identidad étnica, como afrodescendientes, ha constituido en el municipio una innovación emprendida por las mujeres organizadas de San Juan, que se deriva de su decisión de acoger la historia veredal y la presencia de esclavos en la región que fue zona de explotación minera entre los siglos XVII y XX (Álvarez, 1988; Arango, 1939).

Para ese proceso de este autorreconocimiento se combinaron tres circunstancias: la formación de la Asociación, el contexto nacional de reconocimiento de las minorías sociales y culturales derivado de la Constitución de 1991, y el ejercicio de recuperación de su historia hecho por las mujeres. Al respecto, Nubia Barrientos relata cómo fue ese proceso:

Estaban buscando asociaciones y organizaciones con afrodescendencia, y nos apodamos así, Campesinas y Negras, y conseguimos en el municipio el título de afrodescendientes, yo me reconozco como afrodescendiente; me dicen “La Negra”. Cuando pensamos en hacer la Asociación, las tres fundadoras, dijimos que fuera de mujeres porque las mujeres no tenían oportunidades y había madres cabeza de familia que nos parecía que eran las que tenían que estar. (N. Barrientos, comunicación personal, 5 de octubre, 2022).

El atributo cultural de pertenencia étnica es una de las dimensiones culturales que identifica a la Asociación. Esa apropiación se percibe hacia el interior como integradora de la identidad. Por lo tanto, la cultura les permite representar una diferencia; hacia afuera, entre otros nombres, a las mujeres organizadas de la vereda se les conoce como “Las negras de San Juan”, a su vez, ellas se reclaman bajo el nombre de “afrodescendientes”. Ante una negación de la existencia de este origen, a las campesinas les une el reconocimiento de esa dimensión cultural. Otro testimonio de Nubia Barrientos da cuenta de ello:

En San Pedro decían que no había afrodescendientes; hay mucho prejuicio contra el negro, el pobre y contra las mujeres negras y pobres. Varios nos han dicho que cambiemos eso de “negras”; personas que, como son blanquitas, dicen que no, que el municipio no es afrodescendiente. Pero San Juan tiene afrodescendencia desde esa señora Javiera Londoño, y muchos, de los más viejitos, son negros. (N. Barrientos, comunicación personal, 5 de octubre, 2022).

La historia a la que se refiere la campesina Nubia Barrientos está relacionada con la historia minera de la vereda, una historia que comparte menos con el propio municipio de San Pedro que con los vecinos de Belmira, Sopetrán y San Jerónimo, aunque en San Juan no existe la figura de titulación colectiva (Corantioquia, 2014). Por consiguiente, el arraigo regional, asociado con el origen étnico, se ha reconocido históricamente por los habitantes de San Juan, en particular en referencia a las familias Zapata, Barrientos y Londoño, a quienes identifican como mineros. De acuerdo con la literatura, en la zona se practicaron tanto la minería de aluvi6n, como la de veta (Tob6n, 1997; Mesa, 2013; Poveda, 1987).

Sin embargo, el relato sobre la afrodescendencia se trajo al escenario de la acción social por las mujeres organizadas. En particular este se asocia con la figura de Javiera Londoño, que menciona Nubia en su testimonio; entre las mujeres, así como entre la comunidad, se ha impuesto la idea de que Javiera Londoño fue libertadora de los esclavos de San Juan.

De acuerdo con la literatura, en 1655 se abrió un nuevo frente minero que incluía las tierras altas de San Pedro (Álvarez, 1988); por otra parte, Patiño (1985) se refirió a Juan Londoño y Trasmiera, padre de Javiera Londoño, como dueño, entre otras, de una mina llamada San Juan en el Valle los Osos. No obstante, en la región del Valle los Osos existían minas con el nombre de San Juan tanto en San Pedro, como en Santa Rosa de Osos (Medina, 2014). Por eso aquí se plantea que no se tiene plena certeza que fuera en la vereda que habitan las campesinas donde estuvo la mina del padre de Javiera Londoño. Si bien documentos como una Monografía de San Pedro (2014) describen como “primer colonizador de la vereda” al padre de Javiera, Juan Londoño y Trasmiera, es preciso acotar que las referencias bibliográficas a Javiera Londoño, sus lugares de habitación y su papel en la liberación de esclavos, la sitúan en Río Negro (Patiño, 2011).

Aunque no pueda documentarse la presencia de Javiera Londoño en la vereda San Juan de manera formal, esta historia se ha quedado en el imaginario y el papel de ella como liberadora de esclavos se da como un hecho en la actualidad, en el municipio. Pero además, para las campesinas, la presencia de Javiera Londoño tiene otra connotación: su nombre lo sitúan al lado de aquellas lideresas que son ejemplo para las mujeres de San Juan. Así entonces, se ha transformado en un referente que fortalece esa identidad de género, como se registra en un testimonio de la lideresa Érica Suárez:

Nos sentimos orgullosas de lo que hemos hecho como mujeres en la Asociación; incluso, yéndonos a la historia, hablan de una Javiera Londoño, que era patrona de aquí. Siempre se ha resaltado el nombre de la mujer como líder en San Juan. (E. Suárez, comunicación personal, 27 de octubre, 2022).

Cabe recordar aquí que la apropiación es inherente a la construcción de la identidad como ha dicho Giménez (2005). En ese sentido, el ejercicio de apropiación del atributo étnico por parte de las campesinas se sitúa como parte central de este proceso constante de búsqueda de referentes en su historia, pero también de referentes de género. Aun cuando las fuentes no confirman la

veracidad histórica de la presencia de Javiera Londoño, la autoatribución que hace el grupo constituye una herramienta que da soporte al discurso de género que construyen las mismas mujeres. Si bien no es un discurso que acuda de forma explícita al uso de palabras como género, sí está defendiendo los saberes de un grupo de mujeres soportados en referentes históricos.

Finalmente, consideramos que, aunque esta apropiación identitaria de la afrodescendencia ha sido recuperada por las mujeres, aún puede activarse más entre la comunidad esa dimensión. No obstante, se trata de un proceso que no depende solo de las campesinas, sino de autoridades y otros miembros de la comunidad. Asimismo, la acción colectiva de las campesinas no solo se ha soportado en su integración como mujeres, sino que hay un valor simbólico en el hecho de que la Asociación haya visibilizado una dimensión que no se había reconocido. Es decir, el gesto de hacer visible su ascendencia negra es central en la identidad colectiva de las mujeres, porque de esta forma se presentan como sujetos sociales que tienen un arraigo con su pasado.

3.3.3 Construcción de una identidad colectiva

Las campesinas de la Asociación son portadoras de una identidad colectiva que ha derivado en acciones sociales hacia la comunidad, pero esta hay que entenderla como un ejercicio procesual que necesita de la constante negociación entre todas las partes como lo ha descrito Melucci (2010).

La Asociación, como sucede con otras organizaciones y grupos, no se planteó como objetivo la consolidación de una identidad colectiva, pero desde que se integró tuvo entre sus propósitos “hacer por la comunidad”, buscó desarrollar proyectos económicos para las mujeres y sus familias, y luego acciones que incluyen territorialidades con impacto para toda la vereda. Por consiguiente, la identidad colectiva emergió justamente como uno de esos logros intangibles que se han reiterado aquí como parte central de la historia de la Asociación.

Ahora bien, en más de veinte años de historia esa identidad colectiva no solo se ha fortalecido con propósitos nuevos sino en cuanto a la “autoconciencia” (Yáñez, 1997, p. 29). Sin duda no es una autoconciencia homogénea, como advierte Giménez (2005), pero sí se encontró que las mujeres, al integrarse en una identidad colectiva, han abierto procesos de conversación y reflexión sobre su propia transformación. Una de ellas ofrece en el siguiente testimonio la interpretación de su proceso:

Yo creo que a nosotras nos ha cambiado mucho estar en la Asociación, desde que Nubia nos dijo que nosotros debíamos hacernos sentir que somos campesinas y negras, y que nos tuvieran en cuenta para los proyectos, que seamos reconocidas. Para mí es un orgullo. Nosotras somos legítimas, somos reconocidas, estamos registradas. Nos conocen como las campesinas y negras de San Juan. (E. Medina, comunicación personal, 20 de octubre, 2022).

En estas palabras de la campesina Elvia Medina hay una conciencia del paso del tiempo, y de un resultado logrado por la Asociación que no es cuantificable; es decir, se trata del autorreconocimiento que ellas sienten. De igual modo, hay en su testimonio también una carga afectiva que se revela en el orgullo que la Asociación le proporciona.

Por otra parte, sus palabras permiten comprender cómo el hecho de desarrollar acciones colectivas visibiliza al grupo de campesinas; es decir, se da el doble proceso de autorreconocimiento de ellas y de reconocimiento por parte de los otros, un reconocimiento externo que, como ha mostrado la etnografía, no ha estado exento de intentos de sabotaje a los trabajos agrícolas, de intervenciones y cuestionamientos que reclaman para el hombre el dominio del saber agrícola.

Consideramos que entre las campesinas de San Juan su identidad colectiva se expresa también en la definición de horizontes; por ejemplo, “tener un centro comunitario”, como propone Elvia Medina; “tener una empresa”, como dice Magnolia Londoño; “tener siquiera otro invernadero”, como anhela Reina Peña. En consecuencia, esa definición de horizontes es lo que Melucci, citado por Giménez (2005), describió como sentido de la acción. La campesina Martha Medina, durante un encuentro con todo el grupo, se refirió a esos proyectos comunes:

Esta asociación en nosotras mueve muchas cosas ¿de qué? De que de pronto vamos a tener una oportunidad social, económica, cultural. Lo vemos como una oportunidad para la mujer campesina, porque hemos tenido muy pocas oportunidades, oportunidades económicamente, culturalmente, emocionalmente. Vimos que era bueno, que todas queríamos ir al mismo lado para conseguir cosas y metas, y eso fue lo que nos motivó a seguir. (Comunicación personal, 28 de marzo, 2022, durante un encuentro colectivo).

Como identidad colectiva, las mujeres de la Asociación han impulsado proyectos para ellas; sin embargo, han abierto otros en beneficio de la comunidad que rebasan las expectativas económicas porque se trata de proyectos que fortalecen el tejido social. El testimonio de la campesina Reina Peña expresa cómo se concibe el trabajo por los otros:

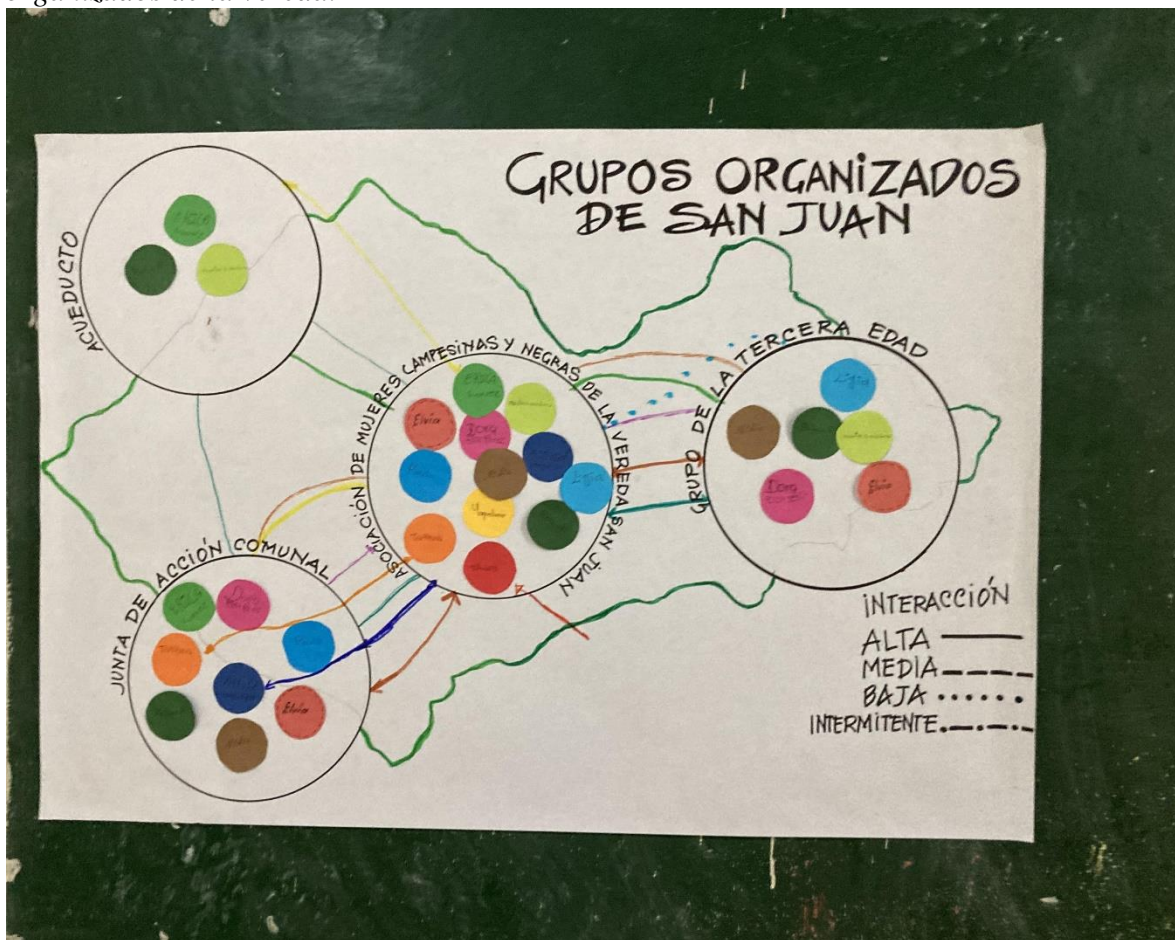
Yo creo que hemos aprendido a hacer por la comunidad, a no pasar en la vida como desapercibido, a conocer las necesidades que tienen los que están en torno a uno, la familia, los vecinos, a estar a toda hora en contacto con la gente, no va a vivir solamente en lo suyo. (R. Peña, comunicación personal, 4 de octubre, 2022).

Asimismo, ese ejercicio de las mujeres de “hacer por la comunidad”, al que se refiere la campesina Reina Peña no solo se ha concretado en acciones y recuperación del tejido social, sino en la consolidación de un trabajo en red en la comunidad. De igual modo, la activación de la Asociación que llevó al espacio público a mujeres promoviendo actividades económicas, capacitaciones, convites y proyectos comunitarios, reactivó las dinámicas de otros grupos que existían. Lo anterior ocurrió al interior de la Junta de Acción Comunal y de la junta del Acueducto veredal. Igualmente, la Asociación sumó el trabajo del grupo de la Tercera Edad.

En uno de los talleres con las integrantes de la Asociación, las mujeres trazaron un gráfico que muestra el intercambio que cada una tiene con los cuatro grupos organizados de la vereda (Figura 4).

Figura 4

Taller colectivo sobre la participación de las mujeres de la Asociación con los diferentes grupos organizados de la vereda.



La gráfica refleja cómo cada una de ellas, identificada con un color diferente, se representa en los diferentes espacios de organización existentes en San Juan. Esto sugiere una activa presencia de las Asociadas en los demás grupos, al igual que una interacción que además califican como alta.

En esa medida, se halló en la conversación durante este taller con las campesinas que, a diferencia de lo que ocurría en el pasado, la participación de las mujeres en los grupos se ha incrementado; asimismo, se identificó que las lideresas que fundaron la Asociación y otras nuevas que se han formado en la propia Asociación, son a su vez las lideresas de aquellos otros grupos. De igual modo, esta destacada presencia de las mujeres y de las lideresas ha fortalecido la socialización de los proyectos en los distintos grupos y dio lugar a estrategias compartidas para obtener apoyos para concretarlos.

Por otra parte, la visibilización de la Asociación ha hecho que las mujeres sean un interlocutor de la comunidad con el Estado, desplazando, en algunos ámbitos, a la propia Junta de Acción Comunal. En consecuencia, esto significa que las mujeres posibilitaron un diálogo directo con esas instancias sin tener que depender de la Junta de Acción Comunal a la hora de desarrollar, en particular, proyectos de agricultura. Esto significa que han abierto formas de participación política que, entrañan, en consecuencia, revisiones a formas de poder en la vereda.

En un apartado anterior de este mismo capítulo, se habló de la importancia de la capacitación en este proceso de acción política. De tal modo que el estudio y el conocimiento sobre sus derechos han contribuido a la acción social y política que se halló tanto cuando actúan como interlocutoras entre la comunidad e instituciones, así como cuando se proponen acciones de territorialidad, como las que se describieron en el Capítulo 2. Por lo tanto, se confirmó que la acción política ha sido uno de los intangibles que ha conseguido la organización; de hecho, la resiliencia y la negociación son los mecanismos utilizados por ellas ante las tensiones al interior de la Asociación.

La falta de homogeneidad en la Asociación se expresa en distintos niveles de participación, compromiso y acción, lo cual genera tensiones. Adicionalmente, otras tensiones están relacionadas con el relevo de liderazgos y la transparencia de los recursos.

Cuando Melucci (2010) analiza la acción colectiva se pregunta “¿cuáles son los procesos mediante los cuales los grupos y actores construyen una acción común?” (p. 66). Para dar respuesta a esta interrogante, se encontró que en la Asociación, en tanto identidad colectiva, la clave está en la conversación en medio de espacios y tiempos de producción agrícola y de alimentos; es decir, en el invernadero, la huerta o la cocina, además de la conversación en los caminos que son la rutina cotidiana de las mujeres. Encontramos que este espacio de diálogo activa el proceso de construcción y reproducción de la acción. La conversación, como ha dicho Torres (2002), desencadena peticiones, ofertas y rechazos; pero también ahí se acuerdan los compromisos que implican a las partes en la acción colectiva.

En otras palabras, en ese espacio cotidiano y emotivo de conversación entre mujeres está el origen de proyectos colectivos; así se registró en los relatos citados en los capítulos anteriores cuando la lideresa Nubia Barrientos refería el momento de diálogo en la cancha donde se ideó la Asociación, o cuando la campesina Elvia Medina evocaba que, al caminar y conversar, fue cómo concibieron la recuperación de la “escuela vieja”.

Adicionalmente, las campesinas han encontrado en los convites otras formas de resiliencia para continuar sus proyectos; es lo que Giménez (2005) entiende como los rituales y las liturgias aglutinadoras que precisan las identidades colectivas. Por ende, los convites, que incluyen fiesta y baile y que son organizados por las mujeres de la Asociación, en red con los otros grupos con el objetivo de recaudar fondos, cumplen también un propósito estratégico como rituales aglutinadores para la construcción, negociación y reafirmación de su identidad colectiva.

Estos festivales periódicos activan pequeñas estructuras grupales entre las que se distribuyen las tareas de preparación de alimentos, manejo de recursos, venta de bebidas y alimentos, promoción a través de la emisora municipal y en grupos vía redes sociales. Estos convites, al final, no solo se convierten en una fuente de recursos, sino en un acto que reafirma la acción social que comparten y que les confiere un sentido para estar juntas. Es así como esta es una forma que tiene la Asociación de fortalecerse en la medida en que se reconocen los trabajos individuales o colectivos, pero es además su manera de construir los horizontes que se han propuesto, porque estos convites han sido la fuente mayor para la financiación de las obras en la “escuela vieja”.

Finalmente, se encontró que al construir su identidad colectiva las mujeres asociadas se han fortalecido al interior de su organización y con otros grupos en red. Esto ha formado nuevas lideresas, construido negociaciones y emprendido nuevos proyectos. Sin embargo, uno de los desafíos para su identidad colectiva consiste en atraer la participación de otras mujeres de la comunidad, muchas de las cuales todavía no solo se ven muy determinadas por su identidad genérica, sino inmersas en un contexto social y económico donde no encuentran opciones laborales.

3.4 La identidad colectiva como transformadora de las relaciones de género

Al inicio de este capítulo nos planteamos responder cómo, a partir de la identidad colectiva, sin proponérselo, las mujeres campesinas de la vereda San Juan han conseguido transformar percepciones, roles, espacios y denominaciones sobre el género en su comunidad y, en consecuencia, transformar de relaciones de poder presentes en su vida cotidiana (Conger Lind, 1994).

Los testimonios de las campesinas, que son en buena parte la base de esta investigación, muestran las formas en las que en sus lenguajes se configura una identidad colectiva, donde la

pertenencia genérica es el elemento diferenciador de su identidad y con el que se presentan en el espacio de lo público.

Encontramos que la transformación de esas relaciones de poder parte de la apropiación de un nuevo lenguaje entre las mujeres de San Juan que abarca varias dimensiones: una revisión histórica, la recuperación de referentes de sus historias, la construcción de negociaciones y nuevas reglas en el mundo doméstico que tienen impacto en el espacio público; así como la apropiación de nuevos roles identitarios y la construcción de una identidad colectiva. Lo anterior refleja el proceso de autoconciencia (Yáñez, 1997), que ellas viven. En esa medida, se reconoce que, como es frecuente con las identidades colectivas, la de este grupo no es homogénea.

Los siguientes testimonios de las campesinas dan cuenta de cada una de estas dimensiones donde se advierte el aglutinamiento desde el género al interior de su Asociación. Cuando las campesinas se comparan con la historia de sus madres o la propia en el pasado, por ejemplo, cuando Ligia Barrientos habla de una mujer “temerosa, apabullada y obediente”, diferente a la mujer de hoy que “ya voló”, o cuando Martha Medina toma distancia del viejo discurso de su abuela de que “la mujer es de la calle y el hombre de la casa”, ellas están revisando y cuestionando su identidad primera, y están aludiendo al surgimiento de una mujer diferente, que se ha transformado. En palabras de Vargas (2008), a través de estos procesos las mujeres generan una conciencia sobre su género. Se trata de una conciencia histórica y crítica que distingue las formas de subordinación que han existido de las acciones de ellas, como grupo, dirigidas a modificar condiciones históricas de subordinación. Por ejemplo, el siguiente testimonio muestra la revisión que hace una campesina de la nueva situación de las mujeres:

Yo diría que, gracias al proceso que hemos hecho las mujeres, que hemos salido un poquito de ese mundo en que solo es lavar, planchar y atender los hijos, y de darnos nuestro lugar en la sociedad, gracias a eso, los esposos han entendido que son decisiones nuestras y que deben respetar. (E. Suárez, comunicación personal, 27 de octubre, 2022).

Adicionalmente, en su historia común, las mujeres campesinas han encontrado referentes femeninos en quienes reconocerse: desde las antiguas lideresas, como Amparo Zapata, que organizaba de forma espontánea actividades culturales con otras mujeres, que llevaba a vender productos del campo de las demás y que demandaba ante autoridades mejores condiciones para la

vereda, al igual que referentes no documentados por la historia, pero sí apropiados en el imaginario de la afrodescendencia, como el caso de Javiera Londoño. Aunado a esto, se reconocen en los nombres de las lideresas fundadoras de su grupo, así como en la historia de más de 20 años que tiene su grupo. En suma, estos nombres e historia aparecen como precedentes en los que tienen soporte y que les resultan consecuentes con la emergencia que protagonizan hoy, la de mujeres en otros roles, como productoras y como actrices sociales.

Por otro lado, se señaló en el apartado anterior la importancia de los procesos de negociación de las campesinas; en particular, ellas hablan de una conquista: de no tener que pedir permiso. Esto se evidenció en este testimonio:

La mujer en San Juan ha impulsado un cambio, y no es solamente un cambio laboral, en las reuniones uno escucha: “Yo ya no pido permiso”. En eso pienso que hemos progresado bastante, no es igualdad, pero por lo menos las integrantes de la Asociación tenemos claro que en derechos somos iguales. (E. Suárez, comunicación personal, 27 de octubre, 2022).

No obstante, las mujeres no han dejado su rol como reproductoras sociales, cada una ha configurado negociaciones que le permiten salir de casa, trabajar y estar con otras; de esta forma ellas han introducido, paulatinamente, nuevas reglas en el mundo doméstico, donde se infiere un proceso para modificar relaciones de poder (Conger Lind, 1994). Por consiguiente, una vez más se encuentra que los objetivos iniciales de las mujeres, de resolver unas necesidades de tipo económico y reaccionar ante un modelo económico, no son los únicos que han alcanzado al conformar la Asociación, sino que han modificado percepciones y concepciones de género; han conseguido que sus parejas e hijos comprendan que ellas tienen otros espacios de relación, producción y trabajo por la comunidad. Por tal razón, esas nuevas representaciones asumidas en el lenguaje posibilitan afirmar que este grupo de mujeres, desde su identidad colectiva, configura lo que Conger Lind (1994) describió como “nuevas conceptualizaciones sobre el género” (p. 221). Uno de los términos que algunas utilizan para definir esa nueva concepción que han conseguido es el de “respeto”; esto se registró en el siguiente testimonio:

Nos hacemos respetar ¿Sabe por qué? Porque ya somos autónomas, tenemos un trabajito, ya tenemos un poquito de entrada. Ya no tenemos que decirle: “¿Me vas a dar pa’ ime?”

Yo ya no le digo, ya me voy. Sé hacer valer mis derechos porque tengo ese conocimiento y antes no sabía hacerlo. (D. Pérez, comunicación personal, 5 de octubre, 2022).

Pero este testimonio también muestra cómo han incorporado a sus lenguajes uno de los logros intangibles: el de la construcción de una autonomía, al que hicimos referencia en el primer capítulo. Por lo tanto, se advierte que a través de sus negociaciones las mujeres han abierto márgenes de decisión, percepciones sobre el género y de poder en la vida cotidiana; es decir, de acción política desde el mundo cotidiano, que no están separadas de su acción en el espacio público.

Por otra parte, esa modificación de la percepción de género ha sido posible cuando ahora las conversaciones, tanto en el mundo doméstico, como en el público, el nombre de la mujer figura vinculado a otros roles, ya no solo a los de madre, esposa, nuera, señora o viuda, los cuales definían a la mujer como propiedad de otros, como lo ha expresado Lagarde (2014). Ahora se presentan con identidades nuevas: productoras, agricultoras, lideresas, gestoras, asociadas o trabajadoras.

Pese a que aún en varios sectores de poder –como la iglesia– se pueden invisibilizar esos nuevos roles identitarios de las mujeres, esa falta de reconocimiento no implica que ellas no estén transformando esas relaciones en la familia y en el espacio público. Una evidencia más de ello se encuentra en la alta participación que las mujeres tienen en los grupos organizados, a diferencia de la de los hombres. En consecuencia, esta participación responde a una autoconciencia que tomaron las mujeres de sus capacidades y derechos.

Como planteamos desde el primer capítulo, las mujeres se han transformado en actoras sociales en tanto que reconocen los problemas de la comunidad, buscan actuar para modificar relaciones culturales y apartarse de una postura individualista (Touraine, 1994). De tal modo que las campesinas han construido su diagnóstico de la situación de ellas como mujeres del campo y en relación con el futuro.

Además, la alta participación de las mujeres en los grupos es también evidencia del poder que han alcanzado una vez que se aglutinan como mujeres y que las ha fortalecido en su papel como interlocutoras con instituciones públicas y con otros sectores de la comunidad. Esto es todavía más destacable si se recuerda que, en el Municipio, la Asociación fue la primera organización social de mujeres en registrarse y una de las pocas que existen por fuera de las vinculadas al Acueducto, las escuelas y la iglesia ante la escasa tradición asociativa.

En ese sentido, la identidad colectiva de las mujeres reveló una nueva forma de pertenencia, dado que para ellas la Asociación es un patrimonio inmaterial. En esa medida, cuando se conversó con las campesinas, ellas enfatizaban que la Asociación es de ellas, que es su grupo, que es el trabajo de las mujeres y que se sienten orgullosas de formar parte. Por lo tanto, esa pertenencia es un diferenciador en su identidad colectiva, pero es también un valor simbólico y uno de los logros intangibles que se identificaron en la Asociación. Acerca de este valor simbólico de las organizaciones de mujeres campesinas, Mingo (1997) escribió:

Todo parece indicar que el sostén más importante de buena parte de los grupos que logran sobrevivir, no son tanto los magros e irregulares ingresos capaces de obtenerse en ellos ni los escasos apoyos recibidos, sino la voluntad de las socias por mantenerlos vivos de alguna manera. Esto se debe al valor simbólico que tiene para ellas formar parte de un grupo, compartir espacio y experiencias con otras mujeres, encontrar nuevos afectos, ampliar sus conocimientos y ámbitos de acción, aparecer como propietarias de algo, ser reconocidas como productoras y trabajadoras. Es decir que los grupos les dan un lugar distinto y la posibilidad de verse y ser vistas de otra manera. (170)

Consideramos que, si bien las mujeres no han transformado relaciones estructurales en cuanto a la división del trabajo, han encontrado maneras de transformar percepciones de género y relaciones de poder que tienen impacto en sus subjetividades, y en los espacios privado y público. Finalmente, en el trabajo organizado han hallado la posibilidad de construir una propiedad colectiva, que es su Asociación, y ese es el mayor valor simbólico su proyecto.

Pero es con relación al futuro donde la duda de las campesinas vuelve a emerger. La transformación que han vivido en sus identidades individuales y colectiva constituye para ellas un valor simbólico, sin embargo, el grupo al tiempo que encuentra que las hijas y jóvenes tienen opciones de estudio y crecimiento fuera, se cuestiona por qué no es en el campo donde se les ofrecen opciones a ellas. Esto lo encontramos cuando las madres reiteran la necesidad de que sus hijas migren; perciben que la Asociación ha representado un proceso transformador inédito para ellas, pero no se ha conseguido que esos resultados, tangibles e intangibles, sean fuente para que las más jóvenes exploren las opciones asociativas como una manera de fortalecerse a sí mismas.

3.5 Conclusiones del Capítulo 3

Como premisa de este capítulo, se planteó responder cómo en su emergencia como “grupo de mujeres” las campesinas asociadas de San Juan comenzaron a constituir una identidad colectiva, desde la cual han transformado relaciones de género y de poder. Hallamos que esto se construye con base en una serie de procesos:

Las mujeres de San Juan, al integrarse en una Asociación, partieron de reconocer un contexto social de desigualdad e invisibilización de su trabajo como productoras. Desde este lugar se propusieron buscar mejores condiciones para las campesinas de la vereda.

Asimismo, las mujeres han revisado modelos tradicionales de mujer, configurados desde una concepción genérica tradicional que asignaba el mundo doméstico como espacio de la identidad de las mujeres. De este modo, han reconocido sus procesos de transformación con respecto a las figuras maternas y prácticas tradicionales.

De igual modo, la emergencia de las mujeres en el espacio social ha sido posible a partir de una negociación que iniciaron en el espacio privado. Este proceso de negociación las ha llevado a demandar su participación en la toma de decisiones en tanto comienzan a asumirse como proveedoras, aunque todavía con diferenciaciones respecto a sus parejas.

En un primer momento, las mujeres comenzaron por transformar sus identidades genéricas hacia identidades múltiples al asumir roles productivos a partir de los cuales se reconocen como productoras, empresarias y agriculturas. No obstante, aún están al frente de la reproducción social de sus familias. En un segundo momento, el sentido de su identidad colectiva ha activado acciones sociales de reconstitución del tejido social.

Las mujeres se han fortalecido en los espacios público y privado a través de la capacitación que les permite encontrar herramientas para demandar y ejercer sus derechos. Por lo tanto, las campesinas organizadas han afianzado su identidad colectiva a partir de reconocer dimensiones culturales como su diversidad étnica, su grupo social, su territorio y el género, pero también al reconocerse en figuras femeninas en la historia de la vereda y en el propio proceso de su Asociación. Como resultado, esto muestra que su identidad, además de incorporar diversos atributos culturales, se soporta y aglutina también, y de manera muy relevante, en su género.

Se encontró que las mujeres han fortalecido su identidad colectiva por fuera de instituciones tradicionales de poder. Sin embargo, el impacto en el espacio social y público de la identidad

colectiva de estas campesinas aún se invisibiliza en sectores de poder cuyas narrativas confinan a la mujer en la casa y el mundo doméstico. En contraste, el grupo de campesinas ha abierto espacios sociales al participar en red con otros grupos existentes en la vereda, en los que ellas se perfilan como interlocutoras ante instancias de poder e instituciones.

Por consiguiente, la participación de las mujeres en la toma de decisiones, en lo privado y lo público, así como la demanda del ejercicio de sus derechos, configuran el inicio de transformaciones en las relaciones de poder para romper con formas de desigualdad y jerarquías que subordinan a la mujer. Por ello, este conjunto de procesos que transformación identitaria que se enunció tiene su expresión en un lenguaje del que las campesinas se han apropiado para autorreconocerse y, en consecuencia, diferenciarse en el grupo social.

Dentro de esa nueva narrativa sobre sus vidas, ellas son portadoras de una autoconciencia que les permite reconocerse distintas en relación con los modelos de mujeres con los que crecieron, definirse con múltiples identidades y reconocer una serie de logros intangibles en su proceso, entre los que destaca la construcción de una autonomía.

Igualmente, se halló que, aun con la diferencia entre las campesinas y las tensiones al interior de la organización, este proceso de autoconciencia se mantiene. Por otra parte, la reflexión es un potencial para la identidad colectiva al aceptar y aprender de la diferencia.

Como se resaltó a lo largo de la investigación, se interpreta la identidad colectiva de las mujeres como un proceso que continúa, que tiene sentido en el cambio cotidiano y que no se puede ver como algo terminado, sino como una construcción continua. De tal modo que la formación de esta identidad colectiva es procesal en la medida en que se activa a partir de la negociación y la resiliencia entre las mujeres, pero también de la negociación en el espacio social donde han emprendido la transformación de las relaciones genéricas; se trata de un trabajo procesual porque como toda identidad colectiva no es homogénea, dado que está formada por identidades individuales que se aglutinaron en la acción colectiva y en la pertenencia de ser mujeres.

Sin embargo, las propias campesinas, que son sabedoras de este proceso identitario que las ha transformado, dudan de cara al futuro. Este grupo de mujeres creció con una profunda relación con la tierra como lugar de sus vidas, economías, comunidad y futuro, pero específicamente ven en la situación económica el mayor desafío para las jóvenes campesinas, lo cual las obliga a desplazarse a otros lugares, puesto que todavía la economía campesina familiar y la misma

producción artesanal colectiva compiten en relaciones desventajosas frente a empresas y terratenientes, y la transformación de esas condiciones no está en manos de las campesinas.

4 Conclusiones

En los capítulos anteriores se dio cuenta sobre cómo la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras de la vereda San Juan en San Pedro de los Milagros ha sido detonante de la acción social entre las mujeres con consecuentes impactos en su territorio y en las identidades del grupo de mujeres.

Con esta investigación se propuso analizar cómo la conformación de esta organización social, su proyecto productivo y su proceso identitario pueden contribuir a la resolución de los retos que se imponen a su territorio.

Por consiguiente, se encontró que lo vivido por este grupo de campesinas durante más de 20 años, de manera sostenida, está relacionado directamente con procesos que ha presentado la literatura en torno de cómo las mujeres campesinas del país y del mundo han defendido y recuperan su papel en la agricultura, abierto espacios de organización y construido dinámicas de acción social y política.

Para llegar a las conclusiones que se detallarán a continuación, la investigación se basó en la etnografía que, a través de técnicas como entrevistas, cartografías, talleres y observaciones, se centró en las percepciones individuales y colectivas de las mujeres acerca de ellas, su Asociación, su territorio y su grupo social.

La etnografía mostró cómo este grupo de campesinas está soportado en una historia de liderazgos de mujeres en la que se afianzan unos saberes campesinos que reactivan y unas demandas específicas de transformación, tanto del lugar de la mujer en la producción económica, y en los espacios privado y público, como del territorio para que este ofrezca condiciones equitativas a sus habitantes.

4.1 El ejercicio de la acción social

En primer lugar, concluimos que las mujeres asociadas se han ido transformando en actoras sociales en su comunidad, un proceso que ubicamos en primer lugar en el reconocimiento de unas necesidades económicas y condiciones de subordinación como mujeres campesinas negras y, en segundo lugar, en la creación de alternativas para modificar esas condiciones. De este modo, lo

anterior es constitutivo de la acción colectiva de acuerdo con la teoría en torno de la organización y de los actores sociales.

En ese sentido, se encontró que esa acción colectiva no solo se dirige a modificar unas condiciones particulares de las mujeres, sino de su territorio, dado que en el diagnóstico que hacen sobre sus vidas aparecen necesidades comunes que comparten con otras mujeres campesinas de su vereda, que definen como uno de los mayores desafíos, en particular el desempleo entre las campesinas.

La acción social de este grupo de mujeres cobra mayor relevancia al ser inédita en la comunidad veredal y municipal, dada la falta de tradición asociativa como se ha reconocido en los Planes de Desarrollo Municipal de diversos gobiernos. Además, las mujeres promovieron la organización sin buscar el amparo de instituciones de poder económico, político o religioso. A través de este proceso se estableció una diferenciación respecto a otros individuos, grupos o instituciones. Por consiguiente, la acción social emerge una vez que las campesinas toman decisiones que conducen a una serie de negociaciones con el Estado para ocupar espacios, capacitarse y gestionar recursos para sus producciones. En esa medida, ese ejercicio de acción social ha traído cohesión, formación de lideresas, emprendimientos productivos en beneficio de las campesinas y sus familias. Derivado de estos resultados, las campesinas han adquirido autonomía y una relativa independencia al interior y el exterior de su organización.

En ese orden de ideas, las campesinas han generado dos proyectos productivos, un invernadero y una productora de alimentos que, además de los resultados productivos, representan la recuperación de saberes campesinos: los de la agricultura y del trabajo hecho a mano, pero también el aprendizaje campesino desde la experiencia, la observación y la oralidad. No obstante, el logro de una independencia económica, a partir de las formas de producción por ellas desarrolladas, aún está lejos de solucionar las necesidades económicas y laborales que en un inicio aglutinaron a las campesinas. Uno de los obstáculos proviene de la misma sociedad local, donde el sector económico, representado por la figura masculina que se ha asumido como proveedor, aún reacciona reclamándose dueño del saber agrícola y productivo.

Por tal motivo, se advierte que, más allá de los resultados económicos, la acción social se ha mantenido a partir de la cohesión del grupo y de la transformación del proyecto asociativo en un legado que las campesinas organizadas quieren para su comunidad y para las nuevas generaciones, conscientes de la vulnerabilidad y necesidades específicas que tiene el grupo de

mujeres en la vereda. Esta es una forma de pensamiento que no solo involucra su presente, sino una posibilidad de futuro diferente que abarca a otros miembros de la comunidad, y que es expresión de su compromiso con el territorio de la vereda.

Como en otros lugares de Colombia, las campesinas de San Juan han abierto espacios a su acción social y producción, construyendo, todavía parcialmente, autonomía e independencia, y pese a que aún no se modifican estructuras de poder, particularmente las económicas. De igual manera, se halló entre este grupo de campesinas la condición de proceso en su trabajo asociativo. Se trata de un proceso no terminado y que, pese a la falta de reconocimiento y a los altibajos en la participación derivados de las necesidades económicas y al informal campo laboral para la mujer rural, ha continuado con el esfuerzo compartido del trabajo de lideresas, la cohesión que les da su historia de más de 20 años y la idea de ser un grupo de mujeres que cambiará la comunidad.

4.2 El ejercicio de la territorialidad

En segundo lugar, se concluyó que las mujeres organizadas de la vereda San Juan han ejercido acciones de territorialidad como reacción a procesos de desterritorialización que se han convertido en desafíos sociales, económicos y culturales que ellas buscan modificar.

En esa medida, la etnografía mostró que la acción social de las mujeres ha tenido impactos en el territorio después de que buscaron alternativas ante la adopción, a finales de los años setenta, de un modelo económico único, el de la ganadería-lechería, que relegó tanto la producción y el saber agrícolas como la posibilidad de participación de las mujeres en la economía familiar.

La ganadería, en tanto desterritorialización que transformó el paisaje, también modificó las relaciones sociales. Al respecto, los relatos de las campesinas constituyen un diagnóstico sobre las consecuencias de ese modelo económico hegemónico. Es así como ellas han construido una narrativa propia con respecto a los retos del territorio.

Entre esas consecuencias del modelo económico que advierten las mujeres figura el desempleo para los agricultores; este grupo social, que históricamente no ha sido el dueño de grandes extensiones de tierra ni de los recursos para la adquisición de tecnología e insumos, no podía transformarse en productor en el nuevo modelo ganadero, de ahí que la opción para los agricultores fue la de emplearse en el ordeño, lo cual causó la disminución de la producción agrícola y la tendencia a establecer un modelo de jornaleo donde no tuvieron espacio las mujeres. Como

resultado, este modelo único representa aún un problema, porque sigue sin contribuir a generar espacios y nuevas oportunidades de trabajo para las campesinas. Y es ahí, en la falta de opciones laborales, donde las campesinas que participaron en esta investigación encuentran el mayor desafío para su territorio.

Otra consecuencia que forma parte del diagnóstico de las campesinas ha sido la afectación al paisaje natural donde la quema de bosques, con el fin de abrir potreros para la producción ganadera, fue causa de pérdida de flora y fauna.

Como respuesta a los efectos de esta desterritorialización, las mujeres han activado procesos en su territorio que se pueden interpretar como territorialidades que han ocurrido en el centro veredal, en su invernadero y en la “escuela vieja”.

El invernadero, negociado por las mujeres con el Estado, representa la huella visible en el territorio del saber agrícola que ellas han poseído históricamente, y desde donde proponen recuperar otras formas de trabajo bajo la premisa de que un modelo único causa el decrecimiento de la economía de campesinas y campesinos.

Asimismo, la rehabilitación de la “escuela vieja” es otro ejercicio de territorialidad de las campesinas y de fortalecimiento de los vínculos sociales que compromete a todo su territorio. Esto representa, por un lado, la recuperación física de los espacios del antiguo inmueble y, por otro lado, la recuperación de un patrimonio cultural e histórico de la comunidad, el mayor símbolo de su conformación social y geográfica, puesto que alrededor del lugar se activó la vida social, religiosa, educativa y de consumo en la vereda. Hemos entendido aquí este ejercicio como el desciframiento del palimpsesto, es decir del reconocimiento de los usos y las memorias del lugar a lo largo del tiempo.

Encontramos en la rehabilitación de la “escuela vieja” acciones de trabajo colectivo de las mujeres que configuran un modelo de territorialidad posible en el país y de proyecto alternativo ante los retos de sus territorios. En efecto, esta territorialidad significa la reutilización, recuperación y reciclaje de una ruina rural sin uso y sin futuro, a la que las mujeres han dado un nuevo sentido. Se encontró que la territorialidad se ha activado a partir de prácticas campesinas tradicionales de solidaridad, como el convite, y del trabajo en red con otros grupos organizados de la vereda, donde la mayor parte de sus integrantes son mujeres.

Se comprende entonces esta territorialidad en la “escuela vieja” como la propuesta de las campesinas de un territorio imaginado, el cual conciben como un centro comunitario para fortalecer

el tejido social disminuido como consecuencia de procesos de desterritorialización que aun impactan en la vereda. Por tal motivo, se considera que este tipo de proyectos que emanan de las mujeres de San Juan son modelos en un país donde el territorio está planteando grandes desafíos al Estado y a la sociedad.

Finalmente, las acciones desde los lugares, promovidas por grupos organizados que, pese a que no han tenido visibilidad, reclaman su lugar e imaginan otros territorios posibles, están proporcionando otras respuestas que requieren ser contadas.

4.3 El ejercicio de la identidad colectiva

En tercer lugar, se concluyó que desde el momento en que las campesinas de San Juan se asociaron activaron un proceso de autorreconocimiento y transformación identitaria que tiene impactos en sus individualidades, en la colectividad e incluso en la acción social hacia el territorio.

La etnografía mostró un proceso que inicia con el reconocimiento de una identidad genérica tradicional que situaba a las mujeres en el mundo doméstico; sin embargo, una vez que se organizaron como Asociación, las propias mujeres cuestionaron esa identidad y buscaron ocupar el espacio de lo público al asumir otros roles identitarios bajo los cuales se autorreconocen como agricultoras, empresarias, lideresas y campesinas organizadas.

Aunque en el proceso de transformación identitaria las mujeres incorporaron atributos culturales como su afrodescendencia, ha sido el reconocimiento de su identidad compartida como mujeres, es decir su género, el aglutinante en torno del cual se formó su identidad colectiva.

A partir de su proceso de transformación identitaria, las mujeres desarrollaron aprendizajes y estrategias como la negociación que ha sido el instrumento para reclamar y ejercer participación en la toma de decisiones, así como cuestionar la hegemonía patriarcal. Por lo tanto, podemos decir que en su narrativa se han apropiado de estas nuevas identidades de mujer, y esto permite hablar de un proceso de autorreconocimiento emanado de una autoconciencia colectiva.

Al integrar la Asociación, las mujeres fortalecieron sus identidades individuales, pero fue al conformar espacios de acción social y encontrar un sentido a su acción que emergió una identidad colectiva. De tal modo que se encontró con esta investigación que la identidad que comparten como grupo, como toda identidad colectiva, es procesual de acuerdo con la teoría, y todo el tiempo está teniendo ajustes que son resultado de las negociaciones, de la emergencia de nuevos liderazgos, de

la construcción de acuerdos entre el grupo y con otros grupos organizados de la vereda. Por consiguiente, amparadas en su identidad colectiva, las campesinas encontraron un *sentido* a su acción desde donde reconocen sus necesidades como mujeres campesinas y las sitúan como uno de los retos de su territorio.

A modo de resumen, esta investigación encontró que la acción social, la territorialidad y la identidad colectiva constituyen un proceso que construye el grupo de campesinas y que dio una visibilidad a las mujeres de San Juan que no habían tenido. En esa medida, sus dinámicas de organización han redundado en resultados tangibles, aunque parciales aún, de índole productivo; pero también, y de manera muy importante, han redundado en resultados intangibles en sus vidas relacionados con la autonomía, la transformación identitaria, la recuperación de saberes campesinos, la visualización de su territorio como refugio y posibilidad, y la transformación de relaciones de poder acerca del lugar cultural históricamente asignado a las mujeres. De modo que, aún sin proponérselo en sus objetivos, las campesinas han convertido su Asociación en un patrimonio inmaterial del que se consideran dueñas, y esta condición constituye un valor simbólico.

Lo ocurrido en estas dos décadas tiene una dosis de resistencia, de lucha por la independencia y de construcción de autonomía para alcanzar una situación laboral digna para las mujeres y tomar espacios, roles y saberes que les pertenecen como mujeres campesinas y ciudadanas. Por lo tanto, el trabajo de las campesinas, continuado y transformador de esos roles y espacios asignados, reclama nuevas narrativas que reconozcan condiciones específicas y procesuales, en contraste con narrativas dominantes.

No obstante lo anterior, esta investigación buscó señalar las propias dudas e inquietudes de las campesinas que provienen, en primer lugar, de las escasas acciones de impulso institucional y social a procesos de organización social y, en específico, de organizaciones de mujeres, lo que hace que el suyo sea un proceso solitario en el panorama social; en segundo lugar, de una competencia desigual en los mercados que impide consolidar el trabajo y producciones de las campesinas y, en tercer lugar, sus dudas están relacionadas con el futuro de la mujer campesina, que se ve obligada a migrar y que no tiene en el horizonte opciones laborales relacionadas con la tierra, el campo, la agricultura y la producción colectiva. Estas dudas aparecen en sus testimonios y causan que para muchas de estas campesinas sea difícil construir la narrativa sobre su propia historia, porque los relatos tradicionales no dan cabida a la diferencia y lo procesual.

Considero que la duda de las campesinas acerca del futuro, en particular para las más jóvenes, es un tema que la investigación no alcanzó a responder, en parte porque no fue el objetivo inicial, pero también porque las herramientas de recolección de información no buscaron desde un inicio abordarlo. Constituye una pregunta para análisis posteriores. Como investigadora me interesaría ahondar en ello para, con las jóvenes de la comunidad explicar y reconocer alternativas que podrían generarse en relación con su futuro como campesinas.

Para finalizar, espero que este estudio contribuya a otras investigadoras e investigadores que busquen conocer la situación de las mujeres campesinas, en quienes se pueden hallar otras respuestas a los desafíos que todos enfrentamos como país y como humanidad. En esa medida, considero que se requieren más estudios específicos desde las comunidades, los lugares y sus procesos, así como nuevas miradas sobre territorios donde ha sido escasa la producción de investigación social acerca de las mujeres, como es el caso del Altiplano Norte de Antioquia y, particularmente, de los procesos organizativos de mujeres que allí están emergiendo. Espero también con esta investigación contribuir a la realización de nuevos estudios antropológicos que, basados en teorías feministas, permitan construir conocimiento desde la experiencia de las mujeres.

Referencias

- Acosta, O.L., Duarte, C.A., Fajardo, D., Ferro, J.G., Machado, A., Penagos, Á.M., Saade, M.M. (2018) *Conceptualización del campesinado en Colombia. Documento técnico para su definición caracterización y medición* [Instituto Colombiano de Antropología e Historia]. <https://bit.ly/3o4HIQu>
- Agencia EFE. (10 de agosto de 1986). *Ataque guerrillero en Colombia*. El País: https://elpais.com/diario/1986/08/11/internacional/524095207_850215.html
- Agier, M. (2000). La antropología de las identidades en las tensiones contemporáneas. *Revista Colombiana de Antropología*, 36. 6-19. <https://bit.ly/38BQLn8>
- Álvarez, C. (2012). *Programa de gestión ambiental a partir de un índice de sostenibilidad de prácticas agrícolas y pecuarias en una microcuenca de montaña media* [Tesis de maestría, Universidad Nacional, Medellín]. <https://bit.ly/3t4z5aQ>
- Álvarez, V. (1988). La sociedad colonial 1580-1720. En Melo, J. (Ed). *La Historia de Antioquia*. Suramericana
- Appadurai, A. (1996). La globalización y la imaginación en la investigación. *International Social Science Journal*, 160.
- Arango C. (2013). *Minería y dinámicas de poblamiento en el altiplano de Los Osos en el siglo XVII* [Tesis de Maestría, Universidad de los Andes]. <http://hdl.handle.net/1992/12324>
- Arango, G. (1939) *Catálogo de las minas de Antioquia*. Imprenta Departamental Medellín.
- Arango, G. (1993). *Genealogías de Antioquia y Caldas*. Litoarte Ltda.
- Arboleda, C., González Á., & Moreno, C. (2020). *Ruta de Emprendimiento Rural para el Municipio de San Pedro de los Milagros – Antioquia*. Universidad Nacional Abierta y a Distancia [UNAD].
- Bartra, A. (2014). Campesindios: ethos, clase, predadores, paradigma. Aproximaciones a una quimera. En F. Hidalgo Flor, F. Houtart, F. y Lizárraga Aranibar Aranibar P. (Eds.), *Agriculturas campesinas en Latinoamérica: propuestas y desafíos* (pp. 269-276) Editorial IAEN.
- Bartra, E. (1998). Reflexiones metodológicas. En Bartra, E, (Comp.) *Debates en torno a una metodología feminista*. Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
- Borda, O. F. (1981). La ciencia y el pueblo. En Vio Grossi, F., Gianotten V., y de Wit., T. (Eds.). *Investigación participativa y praxis rural: nuevos conceptos y desarrollo comunal*. Mosca Azul Editores.
- Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Anagrama.
- Cárdenas, S. (2012). *Transición agroecológica para la subsistencia y autonomía realizada por campesinas en una zona de conflicto armado en Antioquia, Colombia* [Tesis de maestría, Universidad Internacional de Andalucía]. <http://hdl.handle.net/10334/1773>
- Cárdenas, S., y Zuluaga, G. (2015). Campesinas colombianas tejiendo territorio y autonomía. *Leisa*

- Revista de Agroecología* 31(4). <https://bit.ly/3lmY0Cv>
- Castellanos, G. (2003). Sexo, género y feminismo: tres categorías en pugna. En Tovar, P. *Familia, género y antropología*. Instituto colombiano de Antropología e Historia-ICANH.
- Chamorro-Caicedo, L.S. (2020). Acercamientos a asociaciones de mujeres campesinas en Colombia y proyecto ético-político del Trabajo social. *Ánfora*, 27(48). <https://doi.org/10.30854/anf.v27.n48.2020.674>
- Colombia. (1991). *Constitución*. Legis. Colombia.
- Colombia. Congreso de la República de Colombia. (2011) *Ley 1448 de 2011 [Ley mediante la cual se dictan medidas de atención, asistencia y reparación integral a las víctimas del conflicto armado interno y se dictan otras disposiciones]*.
- Colombia. Congreso de la República de Colombia. (2012) *Ley 731 de 2012 [Ley para favorecer la calidad de vida de las mujeres rurales]*.
- Colombia. Corte Constitucional. (2012). *Sentencia C-644 de 2012. [Sobre el campesino como sujeto de especial protección constitucional]*. M.P. Adriana María Guillen Arango. Corte Constitucional.
- Colombia. Corte Suprema de Justicia. (2018) *Sentencia STP 2028 de 2018. [Sobre Igualdad Material del Sujeto Campesino]*. M.P. Patricia Salazar Cuéllar. Corte Suprema de Justicia.
- Conger Lind, A. (1994). Poder, género y desarrollo: las organizaciones populares de mujeres y la política de necesidades en Ecuador. En Álvarez, S. et al. *Mujeres y participación política: avances y desafíos en América Latina*. Tercer Mundo Editores.
- Corantioquia. (2000). *Identificación y valoración de los sistemas productivos en el área de manejo especial del Sistema de Páramos y Bosques Altoandinos del Noroccidente Medio Antioqueño con el fin de establecer medios de compensación* https://www.corantioquia.gov.co/ciadoc/flora/AIRNR_CN_2020_1999.pdf
- Corantioquia. (2009). *Estructuración del Plan Integral de Manejo del Sistema de Páramos y Bosques Altoandinos del Noroccidente Medio Antioqueño (SPBANMA)*. https://www.corantioquia.gov.co/ciadoc/AREAS%20PROTEGIDAS/AIRNR_AREAS_PROTEGIDAS_TOMO%201_2011_DMI%20SPBANMA.pdf
- Corantioquia. (2014). *Plan de Etnodesarrollo de la comunidad negra de Zancudito, municipio de Belmira*. <https://www.corantioquia.gov.co>
- Corboz, A. (2004). El territorio como palimpsesto. En Martín, A. (Coord.) *Lo urbano en 20 autores contemporáneos*. Universidad Politécnica de Catalunya, Servicio de Publicaciones, Barcelona.
- Correa, J. S. (2008). *Minería y poblamiento en Antioquia, siglos XVII y XVIII*. <https://repository.cesa.edu.co/handle/10726/220>
- Costa, J.C., López, L., & Taberner, J. (2000). Pluralismo epistemológico, ciencia participativa y diálogo de saberes como medios de renovación cultural. *Cultura y Educación*, 12 (1-2), 181-187.

- Deere, C., & Twyman, J. (2014). ¿Quién toma las decisiones agrícolas? Mujeres propietarias en el Ecuador. *Agricultura, sociedad y desarrollo*, 11(3), 425-440.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística [DANE]. (2014). *Información de veredas con variables asociadas de número de UPA - UPNA, Viviendas, hogares y personas*. <https://www.dane.gov.co/files/CensoAgropecuario/informacion-veredas.xls>
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística [DANE]. (2018). *Censo Nacional de Población y Vivienda 2018* <https://www.dane.gov.co/index.php/estadisticas-por-tema/demografia-y-poblacion/censo-nacional-de-poblacion-y-vivenda-2018>
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística [DANE]. (2021). *Situación de las Mujeres Rurales en Colombia*. [Resumen ejecutivo] <https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/notas-estadisticas/oct-2021-nota-estadistica-situacion-mujeres-rurales-colombia-resumen.pdf>
- Díaz, D. (2002). Situación de la mujer rural en Colombia. *Cuadernos de Tierra y Justicia*, (9). <https://bit.ly/31dAiRW>
- Escobar, A. (2010). *Territorios de diferencia: Lugar, movimientos, vida, redes*. Envión Editores.
- Escobar, A. (2005) *Más allá del tercer mundo*. ICAHN, Universidad del Cauca.
- Escobar, A. (2015). Territorios de diferencia. La ontología política de los ‘derechos al territorio’. *Cuadernos de Antropología Social* (41). 25-38.
- Escobar, A. (2016). *Autonomía y diseño*. Editorial Universidad del Cauca.
- Fajardo, C., & Arias, L. (2017). *Mujeres rurales en Colombia*. Cinep. <https://lac.landcoalition.org/en/recursos/mujeres-rurales-en-colombia/>
- Farah, M., & Pérez C. (2004). Mujeres rurales y nueva ruralidad en Colombia. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, (51), 137-160. <https://bit.ly/3I3QwOu>
- Fawaz, J., & Soto, P. (2012). Mujer trabajo y familia: Tensiones, rupturas y continuidades en sectores rurales de Chile central. *La ventana. Revista de estudios de género*, 4(35), 218-254. <https://bit.ly/3a6HXWG>
- Forero, J. (2019). Contribución al entendimiento de la adaptabilidad y la resiliencia de la economía campesina colombiana, *Semillas* (73-74). 36-40.
- García, E. (2007). El concepto de actor: Reflexiones y propuestas para la ciencia política. *Andamios*, 3(6), 199-216. https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-00632007000100008
- García, J. (1976). *Antropología del territorio*. Taller Ediciones JB.
- Gerda, L. (1990). *La creación del patriarcado*. Editorial Crítica.
- Giménez, G. (2005). *La cultura como identidad y la identidad como cultura*. Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.

- Góez, G. (1976). *Estudio cuantitativo sobre cambio de tecnología en el cultivo de papa en la vereda San Juan en el Municipio de San Pedro Antioquia* [Universidad Nacional]. <https://bit.ly/3plkTYm>
- Guber, R. (2011). *La etnografía método, campo y reflexividad*. Siglo XXI Editores.
- Gutiérrez, F., & Marín, M. (2018). Tierras en el posconflicto: ¿en el fondo cuál es el problema? *Análisis Político*, 31(92), 18–38. <http://www.scielo.org.co/pdf/anpol/v31n92/0121-4705-anpol-31-92-00018.pdf>
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Cátedra.
- Harding, S. (1998). ¿Existe un método feminista? En Bartra, E. (Comp.) *Debates en torno a una metodología feminista*. Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
- Kalmanovitz, S., & López, E. (2006). *La agricultura colombiana en el siglo XX*. Fondo de Cultura Económica, Banco de la República.
- Lagarde, M. (2014). *Los cautiverios de las mujeres: madres posas, monjas, putas, presas y locas*. Siglo XXI Editores México.
- Lamas, M. (1999). Usos, dificultades y posibilidades de la categoría género. *Papeles de Población*, 5(21, julio-septiembre), 147-178.
- Lastarria, S. (2008). Feminización de la agricultura en América Latina y África Tendencias y fuerzas impulsoras. *Debates y Temas Rurales*, (11). <https://bit.ly/3z5e6s8>
- León, M. (1994). Desafíos entre democracia política, desarrollo económico y equidad social. En Álvarez, S. et al. *Mujeres y participación política: avances y desafíos en América Latina*. Tercer Mundo Editores.
- León, M. (1995). La familia nuclear: origen de las identidades hegemónicas femenina y masculina. En *Género e identidad: ensayos sobre lo femenino y lo masculino*. Universidad Nacional de Colombia, Tercer Mundo, Uniandes.
- León, M. (1997). *Poder y empoderamiento de las mujeres*. Tercer Mundo Editores
- León, M., & Deere C. (1997). La mujer rural y la reforma agraria en Colombia. *Cuadernos de desarrollo Rural*, (38-39), 7-23. <https://bit.ly/3db8sbz>
- Lerner, G. (1990). *La creación del patriarcado*. Editorial Crítica.
- Medina, M. (2014). *Santa Rosa 200 años: 1814-2014*. Imprenta Departamental de Antioquia.
- Meertens, D. (2010). Los derechos de las mujeres a la tierra reflexiones para la verdad, justicia y reparación. En Coronado Delgado, S.A. (Ed.) *Relatoría de Mujer rural: derechos, desafíos y perspectivas*. Cinep.
- Meillassoux, C. (1999). *Mujeres, graneros y capitales*. Siglo XXI.
- Melucci, A. (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. El Colegio de México.
- Mesa, J. (2013). *Catálogo de las minas de Antioquia*. Imprenta Oficial.

- Mingo, A. (1997). *¿Autonomía o sujeción? Dinámica, instituciones y formación en una microempresa de campesinas*. Editorial M.A. Porrúa.
- Montañez, G. (1997). *Geografía y ambiente: enfoques y perspectivas*. Ediciones Universidad de la Sabana.
- Montañez, G., & Delgado, O. (1998). Espacio, territorio y región: conceptos básicos para un proyecto nacional. *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía*, 7(1-2), 120–134. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/rcg/article/view/70838>
- Moore, H. (1991). *Antropología y feminismo*. Ediciones Cátedra.
- Municipio San Pedro de los Milagros. (2012). *Plan de Desarrollo Municipal de San Pedro de los Milagros 2012-2015*.
- Municipio San Pedro de los Milagros. (2020). *Plan de Desarrollo Municipal de San Pedro de los Milagros 2020-2023*.
- Murgueitio, R. (1999). *Reconversión ambiental y social de la ganadería bovina en Colombia*. [http://bibliotecadigital.agronet.gov.co/bitstream/11348/6710/1/20061127114225_Reconvers ion%20ambiental%20social%20de%20ganaderia%20en%20Colombia.pdf](http://bibliotecadigital.agronet.gov.co/bitstream/11348/6710/1/20061127114225_Reconvers%20ambiental%20social%20de%20ganaderia%20en%20Colombia.pdf)
- Narotzky, S. (1996). Haciendo visibles las cargas desiguales. Una aproximación antropológica. *Quadern CAPS*, 24. 15-20.
- Ortner, S. (1979). ¿Es la mujer con respecto al hombre lo que la naturaleza con respecto a la cultura? En Harris, O. y Young, K. (Comps.) *Antropología y feminismo*. Anagrama.
- Patiño, B. (1985). *Riqueza, pobreza y diferenciación social en Antioquia del siglo XVIII*. Universidad de Antioquia.
- Patiño, B. (2011). *Riqueza, pobreza y diferenciación social en Antioquia del siglo XVIII*. Universidad de Antioquia.
- Polanco, J. (2009). Compensaciones económicas ante conflictos de uso del suelo. *Cuadernos de Economía*, 28(50), 279-316.
- Porto-Gonçalves, C. W. (2009). De Saberes y de Territorios: diversidad y emancipación a partir de la experiencia latino-americana. *Polis* (Santiago), 8(22). 121-136. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/ceconomia/article/view/10793>
- Poveda, G. (1987). *Ingenieros inmigrantes y minería en la Antioquia del Siglo XIX*. <https://repositorio.acefyn.org.co/handle/001/1573>
- Redacción El Tiempo. (11 de marzo de 1997). *Asesinan a tres hermanos en San Pedro*. <https://bit.ly/3x5X7U6>
- Rodríguez, W. (2014). Relaciones campo-ciudad y la construcción de alternativas al desarrollo en Latinoamérica. En Hidalgo, F. et al. (Eds.), *Agriculturas campesinas en Latinoamérica: propuestas y desafíos* (pp. 199-215) Editorial IAEN.
- San Pedro de los Milagros. (2016.) *Plan Agropecuario Municipal 2016-2019*. <https://www.sanpedrodelosmilagros-antioquia.gov.co>

- Scott, J. (1996) El género: Una categoría útil para el análisis histórico. En Lamas, M. (Comp.) *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 265-302). Programa Universitario de Estudios de Género.
- Shiva, V. (2004). La mirada del ecofeminismo. *Polis, Revista Latinoamericana*, 3(9). <https://www.redalyc.org/pdf/305/30500908.pdf>
- Ther Ríos, F. (2012). Antropología del territorio, *Polis*, 11(32), 493-510. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-65682012000200023>
- Tobón, J. (1997). *Entorno agroecológico y socioeconómico de la ganadería del altiplano norte de Antioquia* [Informe Técnico N°2, Corpoica]. https://repository.agrosavia.co/bitstream/handle/20.500.12324/12245/40129_24708.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Tocancipá-Falla, J. (2013). ¿Quiénes son los campesinos colombianos hoy? *Universidad, Ciencia y Desarrollo*, 8(3), 1-12. <https://bit.ly/38zkQ6C>
- Toro, N.Q., & Zuluaga, J. E. (2021). *Etnografía y espacio: Tránsitos conceptuales y desafíos del hacer*. Fondo Editorial FCSH.
- Torres, A. (2002). *Movimientos sociales y organización popular*. UNAD.
- Touraine, A. (1994). *Crítica de la modernidad*. FCE.
- Unidad de Restitución de Tierras [URT]. (2018). *Documento de análisis de contexto. Municipios de Belmira, Don Matías, Entreríos y San Pedro de los Milagros*. URT.
- Valdés, X. (2015). Feminización del empleo y trabajo precario en las agriculturas latinoamericanas globalizadas. *Cuadernos de Antropología Social*, (41), 39-54. <https://www.redalyc.org/pdf/1809/180942587003.pdf>
- Vargas, A. (1987). La economía campesina: consideraciones teóricas. *Cuadernos de Economía*, 8(10), 93–123. <https://bit.ly/3PThuvZ>
- Vargas, V. (2008). *Feminismos en América Latina. Su aporte a la política y a la democracia*. Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales.
- Villarreal, N. (2004). *Sectores campesinos, mujeres rurales y estado en Colombia* [Tesis de doctorado, Universidad Autónoma de Barcelona]. <https://bit.ly/3GF0rtx>
- Yáñez, C. (1997). Identidad, aproximaciones al concepto. *Revista Colombiana de Sociología*, 3(2). <https://revistas.unal.edu.co/index.php/recs/article/view/8698>
- Young, K. (1997). El potencial transformador en las necesidades prácticas: empoderamiento colectivo y el proceso de planificación. En León, M. (comp.) *Poder y empoderamiento de las mujeres*. Tercer Mundo Editores.

Anexos

Formato de consentimiento de las participantes en la investigación y copia de sus cartas

Consentimiento informado para participantes de la investigación

Esta carta es un formato que confirma la aprobación de un grupo de mujeres de la vereda San Juan de San Pedro de los Milagros para participar en entrevistas y actividades en grupo para la investigación en torno de la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras realizada por Sonia Estela Sierra Echeverry, dentro de la Maestría de Antropología de la Universidad de Antioquia.

Yo _____ doy cuenta de que Sonia Estela Sierra Echeverry me hizo una entrevista para su investigación sobre la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras de la vereda San Juan, y que autoricé el uso de la información. Fui informada de que se hizo con fines académicos, de que hubo grabación y toma de fotografías. La investigadora me informó además que el contenido de esta entrevista forma parte del resultado final de la investigación para la maestría de Antropología y que no tendrá otra finalidad ni uso.

Entiendo una vez finalizado el estudio, la investigadora nos dará a conocer los resultados.

Firma y fecha

Consentimiento informado para participantes de la investigación

Esta carta es un formato que confirma la aprobación de un grupo de mujeres de la vereda San Juan de San Pedro de los Milagros para participar en entrevistas y actividades en grupo para la investigación en torno de la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras realizada por Sonia Estela Sierra Echeverry, dentro de la Maestría de Antropología de la Universidad de Antioquia.

Yo Tatiana Anshka Tamayo Ojeda doy cuenta de que Sonia Estela Sierra Echeverry me hizo una entrevista para su investigación sobre la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras de la vereda San Juan, y que autoricé el uso de la información. Fui informada de que se hizo con fines académicos, de que hubo grabación y toma de fotografías. La investigadora me informó además que el contenido de esta entrevista forma parte del resultado final de la investigación para la maestría de Antropología y que no tendrá otra finalidad ni uso.

Entiendo una vez finalizado el estudio, la investigadora nos dará a conocer los resultados.

Firma y fecha

Tatiana Tamayo Ojeda

Consentimiento informado para participantes de la investigación

Esta carta es un formato que confirma la aprobación de un grupo de mujeres de la vereda San Juan de San Pedro de los Milagros para participar en entrevistas y actividades en grupo para la investigación en torno de la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras realizada por Sonia Estela Sierra Echeverry, dentro de la Maestría de Antropología de la Universidad de Antioquia.

Yo Nilda Trinidad Torres J doy cuenta de que Sonia Estela Sierra Echeverry me hizo una entrevista para su investigación sobre la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras de la vereda San Juan, y que autoricé el uso de la información. Fui informada de que se hizo con fines académicos, de que hubo grabación y toma de fotografías. La investigadora me informó además que el contenido de esta entrevista forma parte del resultado final de la investigación para la maestría de Antropología y que no tendrá otra finalidad ni uso.

Entiendo una vez finalizado el estudio, la investigadora nos dará a conocer los resultados.

Firma y fecha

Nilda Trinidad Torres J
43365.105.

Consentimiento informado para participantes de la investigación

Esta carta es un formato que confirma la aprobación de un grupo de mujeres de la vereda San Juan de San Pedro de los Milagros para participar en entrevistas y actividades en grupo para la investigación en torno de la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras realizada por Sonia Estela Sierra Echeverry, dentro de la Maestría de Antropología de la Universidad de Antioquia.

Yo Ligia del Socorro Bonilla doy cuenta de que Sonia Estela Sierra Echeverry me hizo una entrevista para su investigación sobre la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras de la vereda San Juan, y que autoricé el uso de la información. Fui informada de que se hizo con fines académicos, de que hubo grabación y toma de fotografías. La investigadora me informó además que el contenido de esta entrevista forma parte del resultado final de la investigación para la maestría de Antropología y que no tendrá otra finalidad ni uso.

Entiendo una vez finalizado el estudio, la investigadora nos dará a conocer los resultados.

Firma y fecha

Ligia del S. Bonilla
22-05-2013

Consentimiento informado para participantes de la investigación

Esta carta es un formato que confirma la aprobación de un grupo de mujeres de la vereda San Juan de San Pedro de los Milagros para participar en entrevistas y actividades en grupo para la investigación en torno de la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras realizada por Sonia Estela Sierra Echeverry, dentro de la Maestría de Antropología de la Universidad de Antioquia.

Yo Elvira del carmen Medina doy cuenta de que Sonia Estela Sierra Echeverry me hizo una entrevista para su investigación sobre la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras de la vereda San Juan, y que autoricé el uso de la información. Fui informada de que se hizo con fines académicos, de que hubo grabación y toma de fotografías. La investigadora me informó además que el contenido de esta entrevista forma parte del resultado final de la investigación para la maestría de Antropología y que no tendrá otra finalidad ni uso.

Entiendo una vez finalizado el estudio, la investigadora nos dará a conocer los resultados.

Firma y fecha

Elvira del carmen Medina
CC. 43.361.166.

Consentimiento informado para participantes de la investigación

Esta carta es un formato que confirma la aprobación de un grupo de mujeres de la vereda San Juan de San Pedro de los Milagros para participar en entrevistas y actividades en grupo para la investigación en torno de la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras realizada por Sonia Estela Sierra Echeverry, dentro de la Maestría de Antropología de la Universidad de Antioquia.

Yo Yaqueline Hernández P. doy cuenta de que Sonia Estela Sierra Echeverry me hizo una entrevista para su investigación sobre la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras de la vereda San Juan, y que autoricé el uso de la información. Fui informada de que se hizo con fines académicos, de que hubo grabación y toma de fotografías. La investigadora me informó además que el contenido de esta entrevista forma parte del resultado final de la investigación para la maestría de Antropología y que no tendrá otra finalidad ni uso.

Entiendo una vez finalizado el estudio, la investigadora nos dará a conocer los resultados.

Firma y fecha

Yaqueline Hernández
1'040 322.335.

Consentimiento informado para participantes de la investigación

Esta carta es un formato que confirma la aprobación de un grupo de mujeres de la vereda San Juan de San Pedro de los Milagros para participar en entrevistas y actividades en grupo para la investigación en torno de la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras realizada por Sonia Estela Sierra Echeverry, dentro de la Maestría de Antropología de la Universidad de Antioquia.

Yo Nubia del Socorro Barrientos doy cuenta de que Sonia Estela Sierra Echeverry me hizo una entrevista para su investigación sobre la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras de la vereda San Juan, y que autoricé el uso de la información. Fui informada de que se hizo con fines académicos, de que hubo grabación y toma de fotografías. La investigadora me informó además que el contenido de esta entrevista forma parte del resultado final de la investigación para la maestría de Antropología y que no tendrá otra finalidad ni uso.

Entiendo una vez finalizado el estudio, la investigadora nos dará a conocer los resultados.

Firma y fecha

Nubia del Socorro Barrientos.
43361306.

Consentimiento informado para participantes de la investigación

Esta carta es un formato que confirma la aprobación de un grupo de mujeres de la vereda San Juan de San Pedro de los Milagros para participar en entrevistas y actividades en grupo para la investigación en torno de la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras realizada por Sonia Estela Sierra Echeverry, dentro de la Maestría de Antropología de la Universidad de Antioquia.

Yo María Reina Peña de U doy cuenta de que Sonia Estela Sierra Echeverry me hizo una entrevista para su investigación sobre la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras de la vereda San Juan, y que autoricé el uso de la información. Fui informada de que se hizo con fines académicos, de que hubo grabación y toma de fotografías. La investigadora me informó además que el contenido de esta entrevista forma parte del resultado final de la investigación para la maestría de Antropología y que no tendrá otra finalidad ni uso.

Entiendo una vez finalizado el estudio, la investigadora nos dará a conocer los resultados.

Firma y fecha

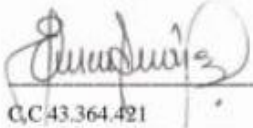
Reina Peña de U
21765751

Consentimiento informado para participantes de la investigación

Esta carta es un formato que confirma la aprobación de un grupo de mujeres de la vereda San Juan de San Pedro de los Milagros para participar en entrevistas y actividades en grupo para la investigación en torno de la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras realizada por Sonia Estela Sierra Echeverry, dentro de la Maestría de Antropología de la Universidad de Antioquia.

Yo ERICA MARÍA SUÁREZ PÉREZ doy cuenta de que Sonia Estela Sierra Echeverry me hizo una entrevista para su investigación sobre la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras de la vereda San Juan, y que autoricé el uso de la información. Fui informada de que se hizo con fines académicos, de que hubo grabación y toma de fotografías. La investigadora me informó además que el contenido de esta entrevista forma parte del resultado final de la investigación para la maestría de Antropología y que no tendrá otra finalidad ni uso. Entiendo una vez finalizado el estudio, la investigadora nos dará a conocer los resultados.

Firma y fecha



C.C.43.364.421

Consentimiento informado para participantes de la investigación

Esta carta es un formato que confirma la aprobación de un grupo de mujeres de la vereda San Juan de San Pedro de los Milagros para participar en entrevistas y actividades en grupo para la investigación en torno de la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras realizada por Sonia Estela Sierra Echeverry, dentro de la Maestría de Antropología de la Universidad de Antioquia.

Yo Victoria Eugenia Valbuena Z. doy cuenta de que Sonia Estela Sierra Echeverry me hizo una entrevista para su investigación sobre la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras de la vereda San Juan, y que autoricé el uso de la información. Fui informada de que se hizo con fines académicos, de que hubo grabación y toma de fotografías. La investigadora me informó además que el contenido de esta entrevista forma parte del resultado final de la investigación para la maestría de Antropología y que no tendrá otra finalidad ni uso.

Entiendo una vez finalizado el estudio, la investigadora nos dará a conocer los resultados.

Firma y fecha

Victoria E. Valbuena c.c. 43360891.
23-4-2024.

Consentimiento informado para participantes de la investigación

Esta carta es un formato que confirma la aprobación de un grupo de mujeres de la vereda San Juan de San Pedro de los Milagros para participar en entrevistas y actividades en grupo para la investigación en torno de la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras realizada por Sonia Estela Sierra Echeverry, dentro de la Maestría de Antropología de la Universidad de Antioquia.

Yo Astrid Magnolia Londoño M. doy cuenta de que Sonia Estela Sierra Echeverry me hizo una entrevista para su investigación sobre la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras de la vereda San Juan, y que autoricé el uso de la información. Fui informada de que se hizo con fines académicos, de que hubo grabación y toma de fotografías. La investigadora me informó además que el contenido de esta entrevista forma parte del resultado final de la investigación para la maestría de Antropología y que no tendrá otra finalidad ni uso.

Entiendo una vez finalizado el estudio, la investigadora nos dará a conocer los resultados.

Firma y fecha

Astrid Magnolia Londoño Martínez
43-363274

Consentimiento informado para participantes de la investigación

Esta carta es un formato que confirma la aprobación de un grupo de mujeres de la vereda San Juan de San Pedro de los Milagros para participar en entrevistas y actividades en grupo para la investigación en torno de la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras realizada por Sonia Estela Sierra Echeverry, dentro de la Maestría de Antropología de la Universidad de Antioquia.

Yo Martha Sofía Medina de Z. doy cuenta de que Sonia Estela Sierra Echeverry me hizo una entrevista para su investigación sobre la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras de la vereda San Juan, y que autoricé el uso de la información. Fui informada de que se hizo con fines académicos, de que hubo grabación y toma de fotografías. La investigadora me informó además que el contenido de esta entrevista forma parte del resultado final de la investigación para la maestría de Antropología y que no tendrá otra finalidad ni uso.

Entiendo una vez finalizado el estudio, la investigadora nos dará a conocer los resultados.

Firma y fecha

Martha Sofía Medina de Z.
22/05/2015

Consentimiento informado para participantes de la investigación

Esta carta es un formato que confirma la aprobación de un grupo de mujeres de la vereda San Juan de San Pedro de los Milagros para participar en entrevistas y actividades en grupo para la investigación en torno de la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras realizada por Sonia Estela Sierra Echeverry, dentro de la Maestría de Antropología de la Universidad de Antioquia.

Yo Dora Elsi Perez Medina doy cuenta de que Sonia Estela Sierra Echeverry me hizo una entrevista para su investigación sobre la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras de la vereda San Juan, y que autoricé el uso de la información. Fui informada de que se hizo con fines académicos, de que hubo grabación y toma de fotografías. La investigadora me informó además que el contenido de esta entrevista forma parte del resultado final de la investigación para la maestría de Antropología y que no tendrá otra finalidad ni uso.

Entiendo una vez finalizado el estudio, la investigadora nos dará a conocer los resultados.

Firma y fecha

Dora Elsi Perez Medina
43360234

Consentimiento informado para participantes de la investigación

Esta carta es un formato que confirma la aprobación de un grupo de mujeres de la vereda San Juan de San Pedro de los Milagros para participar en entrevistas y actividades en grupo para la investigación en torno de la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras realizada por Sonia Estela Sierra Echeverry, dentro de la Maestría de Antropología de la Universidad de Antioquia.

Yo Paula Andres Hernández doy cuenta de que Sonia Estela Sierra Echeverry me hizo una entrevista para su investigación sobre la Asociación de Mujeres Campesinas y Negras de la vereda San Juan, y que autoricé el uso de la información. Fui informada de que se hizo con fines académicos, de que hubo grabación y toma de fotografías. La investigadora me informó además que el contenido de esta entrevista forma parte del resultado final de la investigación para la maestría de Antropología y que no tendrá otra finalidad ni uso.

Entiendo una vez finalizado el estudio, la investigadora nos dará a conocer los resultados.

Firma y fecha

Paula Andres Hernández
1040321089